

EPISODIOS  
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA  
**Segunda parte.**

---

**MORELOS**

Novela histórica

**POR ALBERTO LOMBARDO**

---

**MEXICO**

**IMP., LIT. Y ENCUADERNACION DE I. PAZ**  
(2.ª del Relux, 4.) calle Norte 7, núm. 127.

1893



# INDICE

## SEGUNDA PARTE.

	Páginas.
Capítulo Primero.—El Veladero.....	3
„ Segundo.—Primera campaña de Morelos.....	32
„ Tercero.—La Junta de Zitácuaro.....	50
„ Cuarto.—Conspiración en México. El Valle de Toluca.....	74
„ Quinto.—El Sitio de Cuautla...	100
„ Sexto.— Principales acontecimientos hasta la toma de Oaxaca.....	128
„ Septimo.—Acapulco y Chilpancingo.....	156
„ Octavo.—Valladolid y Puruarán.....	187
„ Noveno.—El Máscara Negro...	208
„ Décimo.—Un nuevo insurrecto. Cópore.....	228
„ Undécimo.—Tesmalaca. La muerte del héroe. Conclusión..	250



---

# MORELOS

NOVELA HISTÓRICA POR ALBERTO LOMBARDO.

## CAPITULO PRIMERO. (1)

EL VELADERO.

### I.

¿Conocen vdes., lectores, el país donde crecen el plátano y el cocotero? ¿dónde la frondosa vegetación forma un techo impenetrable en las noches á la luz difusa de la atmósfera? ¿el país de la verde alfombra sobre la que el viento ama jugar? ¿el país de los animales

---

(1) Este capítulo está tomado en parte del artículo publicado por el Sr. Ignacio M. Altamirano bajo el título de "Morelos en el Veladero."

salvajes que amedrentan á ganados y á pastores? ¿la comarca de maderas ricas, de perfumes que embriagan, de pájaros que elevan sus cantos al cielo, y de hombres, hijos de aquellas selvas, que no tienen más ley que su machete al lado? Tales son las inmediaciones de Acapulco. En ellas, á principios de 1811, se hallaba acampado un ejército. La ciudad se distinguía á lo lejos; el mar extendíase hacia la izquierda, con ese oleaje manso y juguetón de las habias cerradas; los bosques y montañas llenaban los otros lugares del paisaje, y sobre una de tantas eminencias aparecía un conjunto de pequeñas tiendas de campaña. Una roca colocada cerca de ellas enarbolaba una bandera negra, con una calavera en el centro, y esta inscripción en letras blancas: "Paso á la Eternidad."

¿Quién mandaba aquel ejército? ¿para qué se había reunido allí? Lo mandaba un hombre de complexión robusta y de color moreno; de ojos negros, limpios, rasgados y brillantes; de mirada profunda é imponente; de cejas pobladas y unidas; de enérgica expresión. A la hora del combate los ojos de aquel caudillo relampagueaban siniestros, y su voz adquiría inflexión tonante para animar á las tropas. La prosperidad no le ensobrecía, ni el infortunio quebrantaba jamás su altiva y digna entereza.

Este hombre había nacido en el bajo pueblo. Su niñez trascurrió en medio de privaciones. Su juventud la consumió en un trabajo corporal y rudo, para proveer á la subsistencia de su madre, á la que siempre consagró infinita ternura. Había recorrido varias veces, dedicado á la arriería, el camino que va de Acapulco á México. A los treinta años entró al sacerdocio, haciendo previamente algunos estudios en Valladolid, bajo la dirección del cura Hidalgo. Sirvió los curatos de Churumuco y la Huacana, y fué después nombrado para el de Nucupétaro y su anexo Carácuaro.

Hemos visto á este individuo asistir en Querétaro á una conferencia con su antiguo maestro; lo hemos vuelto á encontrar en Acámbaro después de la entrevista que tuvo en Indaparapeo con Hidalgo, en la que recibió el nombramiento de jefe de la insurrección en el Sur. Vuelto á su curato, había armado allí algunos hombres; atravesó el Mexcala; se le unió en Coahuayutla Don Rafael Valdivinos; engrosó en Zacatula su pequeño ejército con cincuenta soldados; y recorriendo la costa con dirección al Sudeste, había caído rápidamente sobre Petatlán y Tecpan, de cuyo último punto hizo huir al capitán de las milicias reales, Don Juan Antonio Fuentes.

En Tecpan se incorporaron á sus filas los

tres hermanos Galeana con 700 hombres y un pequeño cañón llamado "El Niño." La división insurgente había marchado entonces al Veladero, posición que domina á Acapulco, y después de una victoria obtenida contra los realistas, se había establecido fuertemente en aquel lugar. Varios jefes españoles intentaron desalojarla de allí: primero, Fuentes con la guarnición del castillo; después París con fuerzas de Oaxaca; por último Cosío con tropas de México. Pero Morelos, que así se llamaba aquel general, rechazó constantemente todos los ataques, y por una serie de triunfos llegó á hacerse temible á las autoridades coloniales de Nueva-España. Era, como dice un historiador, la pequeña nube que se iba extendiendo por el horizonte, la cual debía descargar pronto una tempestad terrible y violenta.

## II.

Amanecía el dos de Mayo de 1811.

Los españoles, queriendo celebrar el aniversario del combate del pueblo de Madrid contra los franceses, comenzaron á hacer fuego sobre el campo insurgente, desde que la luz arrojó sus primeras claridades.

Cerca de la tienda de Morelos, un hombre.

después de encender lumbre, había colocado sobre ella un jarro con chocolate.

En la mala costumbre que aquel individuo tenía de hablar solo, pronto los lectores reconocerán á Damián.

—Muy temprano, decía, se ha levantado el jefe á recorrer el campamento..... Decididamente estaba yo mejor en la sacristía de Dolores, que con esta nueva clase de vida á que me han dedicado los Sres. Curas. Todo el día setiene el alma en un hilo, estando uno expuesto á que lo cazen como á un venado. Y siquiera el Sr. Cura Hidalgo me tenía alguna consideración. "Damián, me dijo al salir de Guadalajara, puedes irte á las últimas filas: al fin no eres soldado." Pero este Sr. Morelos se ha empeñado en que todos hemos de ser valientes..... Y la ocurrencia que ha tenido de venir á colocar su tienda aquí, donde está uno combatido por tierra y por agua..... cuando no son las fortificaciones del castillo, son las lanchas cañoneras... ¡Pobre mi Sr. Cura Hidalgo! ¡Quién sabe que suerte habrá corrido! No he vuelto á saber de él, desde que lo dejé en Calderón.....

El silbido de varias balas interrumpió á Damián en su soliloquio. Una de ellas fué á romper el jarro, derramando el chocolate que se preparaba para Morelos.

—¡Condenados! exclamó el ex-sacristán;

han comenzado la función desde muy temprano. Voy á buscar otro sitio donde pueda estar tranquilo.

Pero en ese momento llegaron Morelos y Avila, y el primero mandó á Damián llevara pronto un antejojo.

Luego que el criado hubo cumplido la orden, Morelos dirigió la vista hacia el mar.

—Me parece, dijo, que asoman por el pié de la cuesta las lanchas cañoneras..... Sí, ellas son, no hay duda..... están ahora bordeando..... Tal vez quieran dar unas mañanitas á D. Juan José, para vengarse de la tunda de ayer..... Puede que allí vaya Recacho. .... como ahí no hay peligro.

—En efecto, contestó Avila, no hay peligro para nadie; ni aun para los nuestros. Eso es gastar la pólvora en infiernitos.

—El tío Galeana, repuso Morelos, verá esas valentías desayunandose con su apetito de costumbre.

—¿Y en las Cruces, Señor? preguntó Avila.

—En las Cruces, respondió Morelos desviando el antejojo hacia la izquierda, ni una alma. El miedo del oidor ha contagiado á Fuentes y á Régules.—Vamos; entremos á la tienda.

Y así lo hicieron los dos interlocutores, poniéndose á escribir.

## III.

Un ayudante se presentó anunciando al capitán Pablo Galeana.

—Que pase, dijo Morelos.

Galeana manifestó que su tío lo enviaba á pedir permiso para entrar al campo con los amigos de Michapa.

—Que lleguen norabuena.

Y precediendo banda de música, se vió desfilar un grupo de tropas. D. Hermenegildo Galeana y los Bravo bajaron de los caballos, y fueron á saludar al general en jefe.

—Señor, expuso Galeana, aquí tiene vd. á nuestros amigos Don Leonardo y Don Miguel Bravo.

—Sean vdes. bien venidos, señores.

Y Morelos abrazó con verdadero afecto á los recién llegados.

—Este muchacho, expresó D. Leonardo, es mi hijo Nicolás, quien viene también á ponerse á las órdenes de vd.

Don Nicolás Bravo quiso extender los brazos para saludar al caudillo de la independencia; pero Don Leonardo se interpuso, diciendo:

—No, hijo mio: tu debes besar la mano del padre de la Patria, y pedirle su bendición.

—Te consagro á lá Patria, manifestó Morelos: sé su apoyo y su ornamento.

—Lo procuraré, señor.

—¿Y Don Víctor? añadió el general en jefe.

—Víctor, repuso Don Leonardo, ha tenido que quedarse por allí, para cuidar de la gente y estar á la mira de Guevara y de Juan Chiquito, encargados de vigilarnos y perseguirnos, como vd. sabe.

—¿Y esta en Michapa todavía?

—No señor, donde puede: unas veces estará en Michapa, otras en Amojileca, quizá vaya á Chichihualco de noche; en fin tiene que andar errante. Pero no hay cuidado. Conoce bien el terreno, y nuestra gente es fiel á toda prueba.

—¿Y como han podido vdes. llegar hasta aquí con tan pocas fuerzas?

—Hemos venido por la Sierra, caminando á veces de noche. Ayer muy tarde llegamos á la Brea, y madrugamos para estar aquí á buena hora.

—Bueno, replicó Morelos, todo ha salido perfectamente. Pero vdes. han andado mucho, deben estar fatigados, y necesitan reposar un poco y tomar alimento. Ya Galeana se encargara de alejar á vdes. Por de pronto me acompañaran al desayuno. — ¡Eh! Damián: trae pronto los chocolates.

Y mientras Damián quitaba los papeles de la mesa y preparaba todo para el desayuno,

los Bravo formaron un grupo algo alejado de Morelos, y Don Leonardo dijo á su hermano:

—¿Que te parece, Miguel, el Sr. Morelos?

—Digo, contestó el interpelado, que si antes amaba yo la independencía, hoy la quiero más al conocer á este caudillo. ¡Qué hombre! Su mirada es un sol que ilumina el alma. ¿No lo crees así?

—Tan lo creo, repuso Don Leonardo, que estoy dispuesto á acompañarlo hasta la muerte.

—Y yo, señor padre, agregó Don Nicolás, seguiré á vd. en ese camino hasta vencer ó morir.

—Vamos señores, gritó Morelos; sírvanse vdes. pasar.

El caudillo y los jefes se reunieron alrededor de una estrecha mesa, comenzando una animada conversación sobre los asuntos públicos de aquel tiempo.

—¿Qué saben vdes. de Hidalgo? preguntó Morelos.

—Nada, después de lo de Calderón; respondió D. Leonardo Bravo.

—Estoy inquieto por él, insistió Morelos. Hidalgo es hombre de talento, pero de corazón demasiado bueno: cree que todos obran lealmente. En Querétaro estuvo á punto de ser víctima de dos traidores, y es raza que con la mala suerte se multiplica.

—¡Qué desgracia la de Calderón! exclamó Bravo ¡perderse allí cien mil hombres!

—Nunca he tenido confianza en esas grandes masas sin disciplina, replicó Morelos: prefiero pocos, pero escogidos. Por eso venido á encerrarme á estas montañas, para dar una organización rigurosamente militar á nuestras tropas, é infundirles, al mismo tiempo que el amor á la independendencia, el espíritu guerrero, sin el cual los ejércitos son impotentes y no saben triunfar. Y hasta ahora parece que voy consiguiendo mi objeto. Las cattervas de labriegos que han seguido desde la costa nuestras banderas, forman hoy batallones y regimientos regulares. Los combates los van adiestrando en el manejo de las armas y en las maniobras de la batalla. Una sola acción, la del Egido, ha bastado á todos para comprender que el valor se duplica con la educación militar, y desde entonces los días de descanso han sido días de instrucción, los campamentos campos de maniobras, y las batallas ensayos de nuestra pericia. Siempre recordaremos estos bosques y estas montañas, como la escuela en que hemos aprendido, combatiendo, el arte de la guerra.—Pero, á propósito de lo que estábamos hablando, ahí tienen vdes. un soldado de Calderón.

Y Morelos señaló á Damián, quien quitaba

de la mesa en aquel momento las tazas del chocolate.

—¿Estuvo en la batalla? preguntó Don Leonardo Bravo.

—Acompañó á Hidalgo desde Dolores, contestó el General en Jefe. Vamos, Damián, cuenta á los señores algo de lo que pasó.

—Pues la verdad Señor General, respondió el criado, no lo podré decir á V. E., porque me fui desde los primeros tiros.

Morelos se puso en pié, rojo de cólera.

—¡Miserable! exclamó, ¡y te atreves á confesarlo en mi presencia! Faltas á todas tus obligaciones para con la Patria, á la gratitud que debes á tu amo, ¿y no te causa vergüenza? ¡Cobarde! yo te enseñaré á conducirte.... Señor Oficial de guardia, gritó con voz fuerte.

El oficial se presentó.

—Que lleven á este hombre á las avanzadas, que lo coloquen en el punto de mayor peligro, y si da un paso atrás que lo maten.

—¡San Francisco mi patrón me acompañe! exclamó Damián al ser conducido entre soldados. Hoy es el último día de mi vida. No hay duda, me matan. ¡Ah! Señora de los Desamparados; si de esta salgo con bien, te ofrezco dos rosarios y tres vía-crucis.

—Buen susto ha recibido, dijo Bravo.

—He aquí el error de Hidalgo, añadió Morelos. Con gente de esta clase no podía triun-

far. Ya lo verán ustedes luego que se haya acostumbrado al fuego: va á ser un excelente soldado. Los venados y las liebres de estos bosques dan fe de su habilidad en el tiro.

#### IV.

Los Bravo habíanse retirado á descansar y Morelos se ocupaba en despachar su correspondencia, cuando le avisaron que una señorita que acababa de llegar de México deseaba hablarle.

En efecto, á corta distancia de la tienda distinguíase, en elegante traje de montar, una joven deslumbrante, como esas visiones inefables concedidas al sueño, y de mirada pura, como el recuerdo del primer amor.

Morelos dió orden de que pasara.

—Sr. General, dijo la desconocida, sorprenderá á vd. mi presencia. Pero si recuerda que, además de General, es vd. sacerdote, no extrañará mi determinación. Debe vd. comprender la fuerza de las pasiones humanas. Estoy enamorada de un insurgente.

—¿Se halla acaso en mi campamento?

—¡Pluguiera á Dios que así fuese! Se encuentra entre los españoles, prisionero de ellos:

va á ser sacrificado sin remedio, con el cura Hidalgo á quien acompañaba.

—¡Con el cura Hidalgo!

—Sí, con el Generalísimo. Es uno de sus mejores amigos. Comenzó á trabajar por la independencia desde Querétaro: al darse el grito de libertad en Dolores, fué á reunirse con Hidalgo: lo acompañó en la serie de sus triunfos desde Granaditas hasta las Cruces: allí se opuso á que el ejército se retirara, pero la opinión contraria prevaleció. Después sobrevino el desastre de Calderón..... Pero ¿á qué me extendo más? tal vez vd. lo conoce: es el coronel Enrique Martínez.

—¡El coronel Martínez! En efecto lo conozco mucho: lo vi la última vez Acámbaro. Pero refiérame vd. como ha caído prisionero.

—Acabo de decir que acompañaba á Hidalgo.

—Mas yo no sé que el Generalísimo se encuentre preso.

—¡Como! ¿no sabe vd.? Tome vd., señor, estas gacetas que traigo de la capital. Los periódicos españoles generalmente no dicen la verdad; pero puedo asegurarle que esta noticia es cierta. ¡Ah! por desgracia, ella me ha hecho saber la mayor desventura que podía herirme.....

Y Elvira arrojó unos periódicos sobre la

mesa de Morelos, cayendo abatida en un sillón.

Morelos se apoderó inmediatamente de los papeles, y comenzó á recorrerlos con avidez.

He aquí lo que contenían:

“Gaceta extraordinaria del Gobierno de México del martes 9 de Abril de 1811.—Por extraordinario que acaba de llegar á esta capital, ha recibido el Exmo. señor Virey el oficio siguiente, del Señor brigadier Don Félix María Calleja, general en jefe del ejército del Rey contra los insurgentes.—Exmo. Sr. Ahora que son las cinco y media de la tarde recibo del teniente coronel Don Josef Manuel de Ochoa el siguiente oficio.—Las interesantes y plausibles noticias que en oficios 25 del corriente, dirigidos de la villa de Monclova y firmados por los señores gobernadores Don Simón de Herrera y Don Manuel Salcedo con los demás vocales de que se compone la junta de seguridad de dicha villa, contienen las que copio.—Es muy conveniente me facilite vd. 500 hombres para conducir las presas de 204 insurgentes que aprisionó el capitán Bustamante con los caudales del Señor obispo y algunas bestias; y que con seguridad se conduzcan también los generales prisioneros Hidalgo, Allende, Abasolo, Aldama, Zapata, Ximenez, Lanzagorta, Aranda, Portugal etc., etc., que se han aprisionado en Acatita de Ba-

ján, con todos los atajos que conducian el oro, reales y plata, y muchos prisioneros que se han hecho con toda su artillería, y son mas de 200 hombres de coroneles á baxo, á mas de los que tomó el capitán Bustamante. En tal concepto he facilitado los 500 hombres de auxilio que se me piden, al cargo del teniente Don Facundo Melgares, y con el resto de mi ejército emprendo mi marcha hoy para la hacienda de Pastos, con dirección á la reconquista del Saltillo: lo que participo á V. S. para su inteligencia y satisfacción. Dios guarde á V. S. muchos años - Campo de la Noria con dirección al Saltillo, 28 de Marzo de 1811.

Josef Manuel de Ochoa. Señor brigadier Don Félix María Calleja.

-- No hay duda, exclamo Morelos: han sido hechos prisioneros el Generalísimo Señor Hidalgo y sus compañeros de Dolores. El Gobierno Español debe estar satisfecho. Tiene en su poder á los primeros caudillos de la independencia..... Pero aquí se encuentran más extensos pormenores.

Y continuó leyendo:

"Carta de Monclova del 25 de Marzo de 1811. - Ilmo. Sr. Dr. Don Primo Feliciano Marin. - Desde la llegada á esta de los señores gobernadores y demás oficiales de Bejar empezó Don Ignacio Elizondo á juntar tropas y amigos, lo que verificó auxiliado de los

soldados de estos presidios y vecinos de esta capital. En este intermedio levantó la voz el padre Zambrana con el vecindario y tropas de Bajar, lo que acabó de animar á la gente. Las cosas estaban en tan buena disposición que ya venia en marcha la mayor parte de ejército que estaba en el Saltillo, por lo que inmediatamente se cercó el camino con tropas, y se les puso un lazo, con el cual se agarró todo el ejército, sin mas que un herido en los nuestros, y en los suyos cosa de cuarenta muertos, entre ellos el hijo de Allende, por haberle disparado su padre á mi padrino Elizondo tres pelotazos desde el coche. Todo el ejército se componia de cosa de 1,500, de los cuales son como 60 de plana mayor, y de los cabezas el cura Hidalgo, que hacia cosa de 15 días habia renunciado el cargo de Generalísimo en Allende; y esta feliz batalla fué el 21 del que rige."

—Feliz batalla (dijo Morelos hablando consigo mismo) llama este gran pícaro á semejante traición tan vil y odiosa. Así pues, nuestros caudillos han caido en un lazo que les tendió el traidor Elizondo, ayudado del clérigo Zambrana y del mismo vecindario de Monclova. Esto no ha sido mas que una horrenda traición.

Y poco después, agregó:

—Ya comienza el Gobierno Español á po-

ner en juego este medio, que es el más terrible, aunque también el más despreciable.

—¿Ha concluido vd. señor? preguntó Elvira

—Perdone vd., señorita, contestó Morelos: la gravedad de las noticias me ha impresionado de tal modo, que he llegado á desatender á vd. por un momento. ¿Qué desea vd. de mí?

—He hecho en México todo lo posible para salvar la vida de Enrique: nada he podido obtener. El virey está resuelto á decapitar á todos los jefes. El Gobierno Español no da cuartel.

—Ni nosotros se lo pedimos, ni se lo daremos tampoco; exclamó Morelos con ira.

—He aquí la palabra que yo esperaba, replicó Elvira. Tiene vd. en su poder varios prisioneros. Escriba vd. al virey, que si fusila á Martinez, vd. hará lo mismo con los principales.

—¡Ah! por Hidalgo daría yo todos los que tengo.

—Desgraciadamente Hidalgo no se salvaría ni aun ofreciendo un ejército. Pero Enrique es menos conocido. No lo fusilarán, si saben que su muerte cuesta á ellos sacrificios.

Morelos reflexionó un momento, y después dijo á Elvira.

—Está bien, señorita; haré lo que vd. desee.

Y agitando una campanilla, dió orden se le llamara á su secretario.

El secretario entró, y fué encargado de poner inmediatamente la comunicación á Venegas.

Morelos volvió á apoderarse de los periódicos. No quería creer en el desastre que estaba allí consignado.

Mientras tanto Elvira hacía sus observaciones.

—Es el hombre que se necesita, decía entre sí. De mirada de águila, de carácter de hierro. Si el hubiera estado en las Cruces, no habría retrocedido ante la toma de la capital. Bien me dijo Enrique desde el principio: su corazón perderá á Hidalgo.

Minutos después la comunicación para el V. rey estaba concluida y firmada, y Morelos la entregó á Elvira.

—Tome vd., señorita, dijo; y quiera el cielo que estas líneas sean á vd. provechosas.

—Tengo fe en el resultado, contestó Elvira. Mas de cualquiera manera que sea, nunca olvidaré este favor. Permítame vd., señor, besar su mano, y que me despidas saludándolo, no sólo como al promotor de la independencia, sino como aquel que ha devuelto alguna tranquilidad á mi corazón.

Y quiso arrodillarse y besarle la mano; pero Morelos la detuvo diciéndole:

—Una sola cosa exijo de vd. En cuanto el coronel Martínez sea dueño de sus acciones, dígame que lo espero en mi campamento.

Elvira salió.

En la puerta de la tienda la esperaba un joven de 15 años.

Era su hermano adoptivo Francisco Lirarte.

Llamaron á los mozos, que se hallaban con los caballos á alguna distancia, y tomaron inmediatamente el camino de México.

## V.

Morelos continuó en la tienda, paseándose agitado, y sumergido en reflexiones profundas.

De improviso se detuvo y llamó á un ayudante.

—Avisé vd. á los jefes que á las tres tenemos junta de guerra.

A la hora indicada se reunieron en la tienda del General en Jefe los dos Bravo, los tres Galeana, Avila, Valdovinos, Ayala y algunos otros.

El capitán D. Vicente Guerrero esperaba

en una tienda inmediata, para suministrar informes.

Abrióse la sesión, y Morelos tomó la palabra:

—Señores, dijo: tengo que comunicar á vds. una desgracia muy grande que ha ocurrido, pero que debemos recibir con frente serena, como hemos recibido la noticia de los reveses de Aculco y de Calderón. El Generalísimo, Sr. Hidalgo, y sus compañeros han caído en poder del enemigo, víctimas de una infame traición. Tal es la guerra: una cadena en que alternativamente ponen sus eslabones la Fortuna y la Desgracia: nadie puede prever sus azares, y lo prudente es arrostrarlos con la resolución de ser víctimas. Yo me siento hoy más animado que nunca, y mi amor á la libertad se exalta con el deseo de vengar á nuestro venerado caudillo, y de probar al Gobierno Español que las traiciones, las derrotas y los cadalsos, lejos de intimidarnos, nos dan mayores bríos. Deseo, pues, avanzar hacia el centro y hacerlo pronto; hoy mismo, si es posible. Es necesario reanimar con nuestra aparición en las comarcas más próximas á México el espíritu de los que tienen simpatías por nuestra causa, el cual debe encontrarse abatido por este infortunio. Es menester probar á la Nación que la muerte de un caudillo no acaba con los principios que pro-

clamó, ni con el pueblo que los defiende. Es preciso hacerle ver que aunque la estrella de la insurrección palidece en el Norte, todavía sigue brillando en el Sur. Es indispensable interrumpir la alegría que hoy enloquece á nuestros enemigos con nuestro grito de guerra lanzado en medio de ellos, para que sepan que si muere un insurgente hay mil para vengarlo.

—Estamos todos dispuestos, dijo Galeana, poniéndose en pié.

—Sí, todos; gritaron los demás jefes, levantándose con entusiasmo.

—No esperaba menos de la decisión de vds, agregó Morelos. Pero antes será conveniente concertar la manera, y conocer poco más ó menos el itinerario que debemos seguir. Importa mucho para nuestro plan que nuestra marcha sea rápida, segura y victoriosa desde que salgamos del Veladero, como ha sido hasta aquí, y que una serie de triunfos nos conduzca á las orillas de México. Es indudable que el Virey va á mandarnos á Calleja, que es su gran General, y que ha sido su desempeño en el Interior. Tengo deseos de que nos encontremos con él. Mas para lograrlo, necesitamos quitar los obstáculos del camino, sin abandonar por eso lo conquistado, porque sería una lástima. Tenemos aquí un pequeño ejército, valiente y aguerrido. Si lo

dejamos sitiando á Acapulco, las fuerzas con que emprendamos nuestra marcha serán pocas. Si lo llevamos todo, perdemos la Costa Grande, dejamos libre al enemigo de Acapulco, comprometemos á nuestros amigos y nos cortamos toda retirada. ¿Qué debemos hacer? Esto es lo que ruego á vds. me indiquen, para ilustrarme con su opinión.

—Señor, dijo D. Hermenegildo Gómez, en mi concepto todo puede lograrse. No hay necesidad de perder ninguna de las ventajas que hemos obtenido hasta aquí: tenemos gente para todo. El grueso de nuestras tropas puede quedarse en nuestros campamentos sitiando á Acapulco y apoyando á la costa, en comunicación siempre con Zacatula, ofreciéndonos una retirada que no necesitamos, pero que es prudente conservar. Una parte pequeña de estas tropas basta para emprender la nueva campaña; mi regimiento de Guadalupe, por ejemplo: él es suficiente para el apoyo que necesitamos, y los pueblos vendrán á formar otro ejército, como el que se formó en la costa. Eso para dirigirnos al encuentro de Calleja: que lo que es para Guevara y los demás que nos estorben, creo que nos bastamos. Además los Sres. Bravo nos ayudarán.

—Señor, manifestó Don Leonardo Bravo poniéndose en pié. Aprovecho esta primera y sole.mne ocasión para dar gracias á nuestro

respetable general, en nombre mio y de mis hermanos Miguel y Victor, por la honra que nos ha hecho nombrándonos coroneles, y dándonos así un rango que nuestros valientes compañeros han alcanzado á fuerza de valor y heroicas hazañas. Nosotros ofrecemos hacernos dignos de tal distinción á fuerza de sacrificios, aun el de la vida en aras de la Patria. Ahora, en cuanto al auxilio de que habla el Sr. coronel Galeana, puede contar con él nuestro general. Hemos conservado relaciones constantes con nuestra gente de Chichihualco, de Chilpancingo, de Amojileca, de Mazatlán, de las cuadrillas de la Sierra y de Tlacotepec; y á lo sumo en tres días podremos presentar mil hombres armados en su mayor parte, bien montados y equipados. Nuestra gente no espera más que una orden para levantarse.

—Me es satisfactorio, replicó Morelos, conocer la opinión del coronel Galeana, que ya esperaba, y que es también la mia. En cuanto á las tropas de que habla el Sr. coronel Bravo, siendo originarias de tierras templadas, nos van á ser muy útiles por allá. Ahora, deme vdes. su parecer respecto á la marcha. ¿Cual camino será prudente elegir?

—Opino, respondió Don Miguel Bravo, por que escojamos el camino de la Sierra, el mismo que hemos traído nosotros, yendo de aquí

á la Brea, y de la Brea siguiendo el sendero de la montaña. Es áspero, difícil, especialmente para el paso de los cañones; pero es más directo, y sobre todo más oculto. Seguir el camino real por Dos-Arroyos, el Peregrino y el Papagayo, hasta salir por Mazatlán sobre Chilpancingo, no ofrece peligro de enemigo alguno; pero este camino se halla lleno de haciendas, entre las que están las de los Gaevárra y los Leyva, que son contrarios, y naturalmente sus dependientes enviarán á Tixtla noticias pormenorizadas de nuestra aproximación, y eso haría que se preparasen ó que buyeran, impidiéndonos así apoderarnos de sus armas. Si vamos por el camino de la Sierra no nos sentirá nadie, y cuando acuerden estaremos sobre ellos.

—Aceptado, dijo Morelos. Escojemos el camino de la Sierra. Además, no llevaremos sino dos cañones de á cuatro y "El Niño" que pueden cargarse en mulas.

—Señor, expresó Avila levantándose, tal vez sea contrario á las leyes militares solicitar servicio; pero debe disimularse el entusiasmo. Yo pido marchar con mi batallón ó solo.

—Y nosotros pedimos lo mismo, añadieron Valdovinos y Ayala.

—Señor coronel Avila, señores, contestó Morelos, en eso es preciso dejarme con entera

libertad: todo se dispondrá teniendo en cuenta el bien de la Nación: en donde quiera hay peligro y hay gloria. Vd., Sr Don Julián, debe quedarse representándome en el Veladero. Tal vez sea lo de más riesgo.

—Como vd. lo ordene, manifestó Avila con respeto.

—Necesitamos saber, agregó Morelos, con que auxilios podemos contar además de los de Chilpancingo. Que llamen al capitán Guerrero.

Guerrero se presentó.

—Señor capitán, le dijo Morelos; vd. que es de Tixtla y que conoce bien aquellos pueblos se servirá decirnos si debemos contar allí con algunos partidarios.

—Señor, respondió Guerrero, me da vergüenza confesarlo, pero en mi tierra todos son contrarios. Los únicos insurgentes que había allí somos los que estamos en este campamento: no conozco otros. El pueblo de Tixtla no tiene la culpa, sino los pocos ricos que hay allí, y sobre todo el cura Don Miguel Mayol, quien predica contra nosotros todos los días.

—Ya sé, ya sé que ese famoso cura me pinta como al demonio: se ha empeñado en confundirme con las visiones que le produce el catalán. Y no es el único; también Rodríguez Bello me presenta de igual modo en Chilapa. Ya los desengañaremos.

Y luego que se hubo retirado Guerrero, continuó Morelos.

— Ahora, para que todo quede arreglado de una vez, designaremos la fuerza que ha de marchar. Aliste vd., coronel Galeana, su regimiento de Guadalupe para hoy á las seis de la tarde; que las compañías que hay en la Sabana se hallen dispuestas á incorporarse á las fuerzas que salgan de aquí, á fin de continuar por los Organos hasta Texca; y que se preparen los tres cañones de que he hablado, con su parque respectivo. Señores: ha concluido la junta.

Los jefes se despidieron, y fué cada uno á dar sus determinaciones.

## VI.

Damián volvió á la tienda de campaña con una disposición de espíritu muy diversa de la que había tenido cuando lo arrancaron de allí.

— ¡Valiente tunda he llevado! hablaba á sí mismo. Balas por todos lados. Me deben haber arrancado parte de esta oreja, porque por aquí oí muchas. No, (agregó viendo su sombrero agujerado) todas quedaron en el sombrero. Pues lo que es ahí pueden pegar cuantas quieran... .. Después de todo ¡qué ton-

tería es ser cobarde! Si las balas vistas de cerca no dan miedo: caían en la arena junto á mí, y me parecían piedras pequeñas. Ahora sí, señores realistas: vdes. me han dado mi beneficio frente á Acapulco; pero yo voy á dirigir contra vdes. los tiros que asestaba á las liebres de estos breñales..... Ante todo es preciso pensar en comer, porque las emociones abren terriblemente el apetito..... ¡Santo Dios! los jefes, dijo al distinguir á lo lejos á Bravo y Galeana: me voy, no se les vaya á ocurrir darme alguna comisión cuando estoy con el estómago vacío.

Mas á pesar de semejante precaución no pudo terminar su comida tranquilamente, pues recibió orden de Morelos de preparar todo inmediatamente para la marcha.

## VII.

—Pero ¡qué inmensa desgracia! decía Avila á Morelos. ¡Haber caido el Generalísimo en un lazo tan infame!

—Qué quiere vd., contestó el General en Jefe; la traición tiene eso de terrible, que es silenciosa. Se espera á los leones y á los tigres: pero no se siente á las culebras que se arrastran en la sombra. La traición nos ha de

hacer todavía mucho mal; mas no hay remedio contra ella. Sería preciso desconfiar de la humanidad entera, y tal cosa es imposible. Ese Elizondo..... no pagará ni con la vida: su nombre debe ser maldito para todo mexicano..... Ahora comprendo por qué fueron tantos repiques y salvas en Acapulco hace cuatro días. Es que recibieron la noticia casi al mismo tiempo que nosotros. Su correo tuvo que dar vuelta por la Costa Chica, para evitar nuestros campamentos.

—¿Y cree vd., Señor, que quiten la vida al Sr. Hidalgo y á los demás?

—¡Ob! en eso no hay duda. El Gobierno Español no perdona, ni perdonará jamás á los insurgentes. Es implacable. Matará al jefe y al soldado. Es un gobierno de sangre. Comienzan los cadalsos: mañana morirán el Sr. Hidalgo y sus compañeros; después moriremos nosotros; tal vez todos los que emprendemos aquí la lucha. Pero eso sí, la independencia se hará; esto se halla decretado por el cielo. Nuestra Patria será libre.

En aquel instante anunciaron á Morelos que las tropas estaban dispuestas para ponerse en camino.

Resonaba á lo lejos el sonido de los tambores.

Eran las seis de la tarde.

Morelos y Avila salieron de la tienda de campaña.

Los cañones de Acapulco hacían oír sus últimos disparos.

—Son las salvas que anuncian nuestras victorias próximas, exclamó Morelos con entusiasmo.

Y mandó que le acercaran su caballo.

—Adios coronel, dijo á Avila antes de partir. Ya sabe vd. que dejándolo en el "Paso á la Eternidad," hago de cuenta que me quedo yo mismo.

—Señor, respondió Avila conmovido; si por de-gracia llegase á vd. la noticia de que el Veladero ha caído en poder del enemigo, puede vd. rezar por mi alma, porque es seguro que yo seré entonces el que ha pasado á la eternidad.

Y sin poder por más tiempo contener su emoción, se arrojó en brazos de Morelos. Este lo estrechó fuertemente, y á pesar de la rigidez de su carácter, alejóse de aquel sitio con los ojos humedecidos por las lágrimas.

## CAPITULO SEGUNDO.

## PRIMERA CAMPAÑA DE MORELOS.

## VIII.

El camino que se extiende de Acapulco á Chilpancingo atraviesa una comarca de clima algo molesto y cálido, pero de vegetación lujosa y exuberante. La naturaleza ha concedido una sonrisa benévola á esos terrenos afortunados del Sur de México, los cuales vistos desde lo alto de las montañas que los dominan, hechizan el espíritu y proporcionan constantemente á la mirada deliciosos encantos. Allí las siluetas de los elevados picos se dibujan sobre un oceano de verdor, cuyas suaves ondulaciones imitan el manso cleaje de los mares en calma: los vientos lejanos agitan la verde alfombra llevando en sus alas el perfume de los árboles en flor y haciendo respirar con delicia sus soplos balsámicos. Sobre las rocas ó en los valles las flores, esas sultanas de los pájaros, esas vírgenes por las cuales hacen oír su melodía y sus armoniosos trinos, levántanse sonrojadas ante los tiernos

acordes de sus amantes; y respetadas por las escarchas y por los hielos, al abrigo de los inviernos de las tierras más altas, bendecidas por los céfiros y por las estaciones, envían hacia el cielo el incienso de su reconocimiento, ofreciendo á ese cielo que les sonríe el homenaje de sus colores más encantadores y de sus suspiros más dulces. Allí se encuentran sombras propicias al amor, grutas que invitan al reposo, cabañas rodeadas de árboles refrescantes..... ¡Cosa extraña! esa tierra que la naturaleza parecía haber destinado á la tranquilidad, el hombre iba á convertirla en campo de combate; las pezuñas de los caballos iban á aplastar aquellas flores que no reclamaban cultivo, y que en su mudo lenguaje parecían pedir tan sólo que se las dejase crecer. Ese país en donde todo respiraba paz, la guerra iba á escogerlo para sitio de su feroz dominación: los campos iban á ser talados, las casas iban á ser presa de la destrucción y de las llamas. Y es que los habitantes de aquellas ricas comarcas preferían, como dice Tácito, las tempestades de la libertad á la tranquilidad de la servidumbre, habiendo enraizado fuertemente en sus espíritus las ideas grandiosas concebidas por Hidalgo.

¡Tierra de valientes que no pueden caer en olvido! El Sur ofreció en sus montañas y cavernas una patria á la libertad y un asilo á la

gloria. ¡Aproxímate generación actual, y escucha! Esos campos son los ilustrados por las heroicas hazañas de Morelos; aquel es el lugar donde sucumbió Galeana; en torno de esas olas azules que bañan el pié del castillo de Acapulco, multitud de patriotas han caído ante el plomo mortífero de las bocas de fuego. Descúbrete ante esos lugares ilustrados por la historia, y aprende á admirar la conducta de tus guerreros. Perecieron en la lucha dejando un nombre temido que la tiranía no puede oír sin espanto; y así, mientras que reyes, ocultos en el polvo del olvido, no han dejado después de ellos mas que una pirámide sin nombre, los héroes de 1811, aun cuando no tengan columnas sobre su sepulcro, han encontrado un monumento más grandioso en las altas montañas de su país natál. Ahí tu musa debe mostrar al extranjero los nombres de los que no pueden morir; y ahí, en ese osuario de grandes hombres, en las cenizas de tus gloriosos antepasados, debes encontrar una chispa de su antigua llama, y un reflejo de ese patriotismo ardiente que les hizo sacrificar la vida en aras de la salvación común.

## IX.

**Un grupo como de trescientos soldados de**

caballería llegaba á la hacienda de Chichibualco la mañana del 21 de Mayo de 1811.

El dueño de la finca debía sin duda tener alguna noticia de la aproximación de aquella tropa, porque á pesar de tener también gente armada á sus órdenes, lejos de tomar disposiciones hostiles, esperó tranquilamente en la puerta de la hacienda á los que se distinguían en el camino.

Los jefes de la expedición dejaron sus caballos, y uno de ellos se arrojó en los brazos del que aguardaba en el zahuán.

—Victor, le dijo.

—Leonardo, contestó el nombrado.

—Te presento al coronel Galeana, manifestó el primero, indicando á la persona que lo seguía.

—Bienvenido sea vd., Señor Coronel. Aquí estamos todos á su disposición.

—Muchas gracias, compañero; respondió Galeana.

—¡Compañero! no tengo todavía ese alto honor.

—Su hermano de vd. le trae el despacho expedido por el Sr. Morelos.

—El Sr. Morelos me honra demasiado. ¿Dónde lo han dejado vdes.?

—En la Brea, resistiendo á Fuentes que nos persigue desde que salimos del Voladero.

Tiene urgente necesidad de víveres para la fuerza.

—Se los mandaremos pronto, respondió Don Víctor Bravo; pero no es cosa que podamos hacer en este momento. Manden vdes. que desensille la tropa, comeremos, y arreglaremos después todo lo necesario.—Pásemos á las habitaciones.

Y entraron á la casa de la hacienda, donde Galeana dió orden para que pudiesen descansar los soldados.

—Se quieren bañar los muchachos, dijo uno de los oficiales.

—Deje vd. que lo hagan, agregó Galeana; pero que tengan sus armas prevenidas y al lado.

Aquella fué una disposición prudente, pues se aproximaba á la finca el comandante Garrote, furibundo realista, á quien el Gobierno Español habia confiado el mando militar en la extensa zona que cruza el Mexcala.

Garrote habia mandado levantar en todas las poblaciones compañías de forzados, á los que bautizó con el pomposo título de *patriotas*, solicitando á los Bravo para que en Chilpancingo se pusieran á la cabeza de tal organización. Las convicciones de esta familia, favorables á la independencia, la hicieron declinar una comisión semejante, y la negativa irritó de tal manera á Garrote, que resuelto á ha-

cerla pagar cara, determinó ir á aprehender á los Bravo. Mas supo que tenían á sus órdenes alguna gente de su hacienda y de los alrededores, y entonces el comandante español se apresuró á reunir fuerzas en Tixtla, y con ellas había salido con dirección á Chichihualco.

Hora y media despues de haber llegado á aquella finca Galeana, la avanzada avisó que tropas enemigas estaban á la vista.

Galeana acudió inmediatamente al lugar del peligro; pero sns soldados aun se bañaban, y el rio estaba situado á alguna distancia.—Resistan vdes. en la hacienda, dijo á los Bravo, mientras yo voy por mi fuerza.—Y partió en seguida al galope de su caballo.

Los Bravo dieron desde luego sus disposiciones. Su gente era leal y valiente. Don Leonardo confió el mando de la izquierda á Don Víctor, y el de la derecha á su hijo Nicolás.

Mientras tanto Galeana corria precipitadamente en dirección al rio. Cuando llegó á aquel lugar, se oían ya las primeras descargas.—A las armas, muchachos, gritó: ni un momento de detención.—Los soldados salen desnudos, y no tienen tiempo sino para tomar sus carabinas. Así corren al lugar del combate, llenos de entusiasmo. Galeana los anima con el gesto y con la voz.

Ya Garrote había comenzado el ataque, ya

sus columnas marchaban en buen orden sobre las fortificaciones de la hacienda, cuando de repente se oyen tiros á retaguardia. Las tropas de Galeana formadas de negros de la costa, con el cuerpo relumbroso por el baño y por el sol, arrójanse con furia contra los auxiliares de Tixtla.—*Son los diablos que salen del infierno*, gritan algunos de estos. El pánico se comunica. Y como en aquel instante los Bravo salen de sus improvisadas trincheras, el desorden llega á su colmo, y Garrote tiene apenas tiempo para escapar á una de caballo, quedando el terreno cubierto de fusiles que se abandonan, de municiones y de pertrechos, y de realistas que se desbandan por todas partes.

La victoria fué completa. En la tarde de ese mismo día, un correo se aprestaba para ir al campamento de Morelos. •

—En vez de víveres, dijo Galeana á los Bravo, le mandamos la noticia de nuestro triunfo. Estoy seguro de que la prefiere, y que dentro de dos días lo tenemos entre nosotros.

## X.

Morelos, en efecto, dejando una corta fuerza que entretuviera á Fuentes, vino á reunir-

se con Galeana y los Bravo, á los que estrechó entre sus brazos, felicitándolos por las ventajas obtenidas.

— Es preciso no perder tiempo, dijo. Esta misma tarde á Chilpancingo. Allí armaremos alguna gente con los fusiles arrancados á Garrote, y desde luego sobre Tixtla, á no dar lugar á que el enemigo se reponga.

Esta determinación se cumplió puntualmente, y el 26 de Mayo las fuerzas insurgentes se hallaban frente á Tixtla.

Garrote se había fortificado en aquella plaza.

Morelos alistó su artillería, y comenzó á abrir la brecha.

El soplo del cañón dió alas á los globos silbadores de la muerte: á cada instante, fragmentos se desprendían de las murallas conmovidas por las balas. Mas de lo alto de las fortificaciones, en medio de nubes de humo y polvo, un fuego terrible y bien sostenido contestaba á las intimaciones de los independientes.

Las baterías de los sitiados enviaban una lluvia continua de proyectiles; sus cañones calentados hacían constantemente resonar sus detonaciones. Aquí y allá alguna casa era incendiada, algun edificio venía abajo al volcánico aliento del plomo incandescente: las llamas se escapaban en largas columnas rojizas,

ó dispersadas en innumerables meteoros iban á extinguir en los cielos sus terrestres estrellas. Torrentes de humo se añadían á las nubes, acabando por formar una vasta atmósfera de azufre, que apenas dejaba pasar los rayos del sol.

Seis horas hacía que el fuego duraba cuando Morelos distinguió, entre el humo de la pelea, á un sarjento que combatía en primera fila.

—Sarjento Damián, le dijo: ¿ves los cinco artilleros que sirven esa pieza? cázalos uno á uno.

Cinco detonaciones se oyeron, al cabo de las cuales el cañón quedó en silencio. Aquel instante lo aprovechó el General en Jefe.—A la trinchera, soldado; ya no hay enemigo.—Y los soldados se introdujeron por la tronera, entre gritos y alaridos de triunfo.

Garrote mandó reconcentrar sus fuerzas en la plaza, y quiso organizar allí una nueva resistencia; pero su intento se hizo imposible. Sus tropas amedrentadas buscaron el refugio de la parroquia, y se precipitaron dentro de la iglesia. Allí las siguieron los soldados insurgentes. Mas en la puerta del templo encuentran al cura Mayol alzando en sus manos la hostia consagrada.—¿Se atreverán vdes. á profanar la casa de Dios? les dice.—Ante tal espectáculo las tropas de Morelos caen de hi-

nojos en torno del sacerdote; Damián es de los más fervorosos, y no bastándole estar de rodillas, se da golpes de pecho y se prosterna y besa la tierra. Morelos llega al galope de su caballo.—Sr. Cura, dice á Mayol, ¿es acaso la misión de vd. defender el realismo? Si nosotros fuéramos los vencidos, ¿habría vd. mostrado la hostia? No profane las cosas santas. Retírese, y no me obligue á que tome contra vd. providencias de otro género.—Con estas enérgicas palabras, Mayol se retira confuso. Morelos hace sacar de la iglesia los prisioneros y el armamento. Un número considerable de fusiles y municiones, más varios cañones abandonados en las trincheras, son el fruto de la victoria.

Morelos dejó en Tixtla á Galeana y á los Bravo, regresando él á Chilpancingo.

## XI.

En el mismo tiempo Fuentes había avanzado de la Brea, y sabiendo los malos sucesos de Garrote, fué á situarse á Chilapa.

Chilapa era la población más importante de aquél rumbo, distando solo cuatro leguas de Tixtla.

Fuentes llevaba como consejero al oidor

Recacho, aquel mismo que viéndose cercado en la Barca, se había salvado de las fuerzas de Godinez, haciendo que el cura saliera con la custodia en un coche, y siguiéndolo él con su ejército en procesión.

Tal ardid le había dado entre los españoles fama de hombre de ingenio. Fuentes le había concedido toda su confianza.—Invente vd., Señor Oidor, para vencer á Morelos, algún estratagemata como el de Jalisco, le dijo.

—Como el de Jalisco, no; contestó Recacho. Es preciso darle forma diversa. Morelos no es hombre que se detiene ante una custodia, y lo que pasó en Tixtla con el cura Mayol debe darnos la indicación de su caracter.

—Pues bien algun otro medio, replicó Fuentes. Vd. es hombre de recursos y de inventiva.

—Necesito tiempo para pensar.

—Con tal que no sea muy largo....

Y Recacho quedó encargado de proponer un completo plan de campaña.

Un mes pasó meditándolo, al cabo del cual se presentó una mañana á su amigo, el comandante de la fuerza española.

—¿Tiene vd. toreros en el ejército? le dijo.

—¡Toreros! exclamó Fuentes.

—Sí; los necesito para el plan de campaña.

—Pero es que no se trata de matar toros, sino de derrotar á Morelos.

—Lo uno está ligado con lo otro.

—¿Quiere vd. acaso que se capee al cura & que se le ponga alguna banderilla?

—No, porque si nos embiste quien sabe como salgamos. Mi propósito es otro. Pero ya que vd. necesita que se le exponga por completo el designio, comienzo por pedirle cesemos un poco en las bromas y hablemos con seriedad.

—Escucho á vd.

—El 15 de Agosto próximo hay una gran función en Chilpancingo. Con soldados nuestros que hayan ejercido el oficio de toreros improvisamos una cuadrilla, y la despachamos, con instrucciones de que llegue á aquella ciudad por el camino de México y sin que dé lugar á sospechas. Morelos es muy aficionado á las corridas: con toda seguridad la cuadrilla se contrata. Muchos de los jefes y soldados que hay Tixtla concurrirán á la diversión, y mientras ellos ven toros, nosotros, atacando con violencia, nos apoderaremos de la plaza, derrotando á las fuerzas que hayan quedado allí.

—El plan no me parece malo; pero ¿y si Morelos no contrata á la cuadrilla ó no va á los toros?

—Nada hemos perdido entonces. Pero tengo seguridad de lo contrario. Morelos es apasionado de las lides taurinas: es un entretenimiento que le recuerda la guerra.

—Bueno, agregó Fuentes; tengo en el ejército un cabo que fué espada de alternativa en España. Lo mandaremos llamar, y que él escoja su gente.

—¿Y en cuanto á vestidos? dijo el oidor.

—El cura nos proporcionará raso del que está destinado á los santos de la parroquia.

Este proyecto comenzó á tener buen éxito.

La cuadrilla fué contratada; Morelos asistió á la plaza de toros; y estando en ella recibió un extraordinario que habían despachado violentamente Galeana y los Bravo, avisando haber sido atacados con furia por todas las fuerzas de Chilapa; pero que estaban resueltos á defenderse hasta morir.

Morelos salió del lugar donde se hallaba, y dictó acto continuo órdenes para que sus tropas marcharan en auxilio de Tixtla.

Un fuerte aguacero que cayó en la noche inutilizó una parte de las municiones de Fuentes.

Al día siguiente las fuerzas españolas volvieron á hacer un enérgico esfuerzo para vencer á Galeana; pero cuando más empeñadas estaban en el combate, apareció Morelos por el rumbo de Cuauhtlapa. Los soldados de Fuentes oyeron un alegre repique en las torres ocupadas por los defensores de la población, y antes de saber la causa de tal regocijo, tronó á sus espaldas la artillería de los inde-

pendientes, desconcertando con sus certeras punterías las compactas filas realistas. Fuentes procuró formar cuadro; pero antes de lograrlo, saltaron de las trineheras Bravo y Galeana, acuchillando todo lo que encontraron á su paso. El jefe español tuvo que abandonar el campo, siguiéndolo sus destrozados batallones.

Entonces la caballería de Galeana persiguió á los fugitivos, y vencedores y vencidos entraron mezclados en Chilapa. La resistencia allí no fué por lo mismo posible, continuando huyendo la división española. Morelos apoderóse de un considerable material de guerra, é hizo cuatrocientos prisioneros.

—¿Qué se dispone respecto de los presos? le preguntaron en la noche.

Los voy á enviar como rehenes á Tecpan y á Zacatula. No seré yo el que ensangrienté la lucha; pero si el Gobierno Español mata á los nuestros, se hará preciso pagarle en la misma moneda. Unicamente serán fusilados desde luego los dos traidores de que nos hemos apoderado; Gago, el que nos entregó en Acapulco, y Toribio Navarro que recibió dinero para reclutar gente y después se pasó al enemigo.

La mañana siguiente aparecieron dos cadáveres colgados en los árboles de la plaza.

Era la manera como anunciaba Morelos

que no perdonaría los engaños ni las traiciones.

## XII.

En Chilapa encontró el caudillo insurgente recursos para vestir á sus tropas. Era dicha ciudad en aquel tiempo un centro industrial de alguna importancia: fabricóse desde luego una considerable cantidad de manta, y aun pudieron conseguirse algunas piezas de casimir y de paño que, aunque de mala clase, sirvieron no obstante para dar cierto aspecto militar á aquel ejército improvisado, y para abrigo en el invierno ó cuando se hiciera la campaña en tierra fría.

No había, sin embargo, sastres que se encargaran del vestuario, y tuvo que considerarse como el más inteligente á Damián, quien había ejercido ese oficio antes de servir la sacristía de Dolores, y en ella había sido comisionado especialmente por Hidalgo para vestir todos los años á un San José.

Desgraciadamente esta última ocupación había dejado profundas huellas en el gusto del ex-sacristán. Consideraba lo más elevado de la estética el vestido del santo, lo verde con lo amarillo. Estos dos colores fueron por lo

mismo los preferidos para el uniforme del ejército, y el regimiento de Galeana, que fué el primero cuyo vestido quedó terminado, pudo lucir sus pantalones y chaquetines de fondo verde con vivos amarillos, cual si la vegetación de aquellos bosques se hubiera de repente adherido al cuerpo de los soldados.

Los otros batallones se hurlaron del nuevo traje: el regimiento de Guadalupe perdió su nombre, y fué conocido en adelante con el apodo de *los pericos*. Varios jefes representaron para que á sus tropas no se les vistiera de igual modo, y el mismo Galeana perdió la calma ante las continuas bromas, y fué quejoso á ver á Morelos.

—A ese maldito sacristán, dijo, se le ha ocurrido vestir á mis soldados con el traje de San José.

—Mejor, contestó Morelos riéndose: vencieron en Chichihualco porque los juzgaron diablos, y ahora volverán á hacerlo porque los van á creer santos.

### XIII.

Elvira mientras tanto había regresado á México.

Una mañana encontró Venegas en la mesa

de su despacho una comunicación con letra desconocida en el sobre: "A Don Francisco Javier de Venegas," sin agregar el título de Virey de Nueva España, y sin que precediera el calificativo *Excelentísimo*.

¿Quién era el irrespetuoso que se atrevía á dirigirle un papel semejante?

Venegas rompió la cubierta con mano nerviosa.

"Si el coronel Enrique Martínez, prisionero en Chihuahua, es pasado por las armas, serán fusilados inmediatamente cien de los oficiales españoles que tengo en mi poder.—**MORELOS.**"

—¿Quién ha traído este pliego? dijo el Virey dando un golpe sobre la mesa. ¿Habrán insurgentes en mi mismo palacio? Señor Secretario..... gritó.

Pero en el momento de ir á agitar la campanilla de plata que tenía al frente, reflexionó que tal vez el que había llevado aquella esquila le hacía, sin saberlo, un servicio.

En efecto, entre los prisioneros hechos por Morelos frente á Acapulco se encontraba el capitán Quintana.

El capitán Quintana era hijo natural de Venegas.

—¿Y si á él le toca ser fusilado? El Virey se estremeció ante esa idea.

—¡Las mujeres! volvió á exclamar. Esa

jóven es la que me arranca el indulto de Martínez y la que seduce á mi servidumbre: mas ahora es ella la que me va á ser útil. Tengo su secreto: el me servirá para que mi hijo quede libre, saliendo yo de la inquietud que me abrumba.

Y llamando otra vez al Secretario, le dijo:

—Dirija vd. inmediatamente un oficio reservado á Salcedo, á fin de que el Coronel Enrique Martínez no sea condenado á muerte, sino que me lo envíen preso á esta ciudad.

—Señor Virey, replicó el Secretario; me permito recordar á V. E. que el Coronel Martínez fué el que mató en Calderón al Conde de la Cadena; y está recomendado especialmente por el General Calleja.

—El General Calleja mandará en su casa, replicó Venegas; mas en Nueva España sólo mando yo que represento al rey, y ejerzo su autoridad.

Esta respuesta indicaba la mutua posición de los dos jefes españoles. Entre Venegas y Calleja las circunstancias iban cavando un abismo, en cuyo fondo distinguíanse los celos y el odio concentrado. El Secretario hizo una inclinación de cabeza, y se retiró confuso á cumplir lo que se le prevenía.

## CAPITULO TERCERO.

## LA JUNTA DE ZITÁCUARO.

## XIV.

Hemos dejado á D. Ignacio Rayón en el Saltillo, preparandose á seguir á Allende en su marcha hacia la frontera americana.

Los acontecimientos de Acatita de Baján lo hicieron cambiar de derrotero.

Con la captura de los principales jefes la situación quedaba á su cargo. El había estado dispuesto á obedecer; pero no juzgaba conveniente ir á los confines del territorio, sino por el contrario penetrar con atrevimiento en el centro mismo del virreinato. Discípulo de Hidalgo, creía que la independenciam debía hacerla el pueblo; y no era el medio de obtenerla abandonar las ciudades, sino ir en medio de ellas á tremolar con mano robusta la bandera de la insurrección. En el momento en que él era el jefe, debía obrar según sus particulares convicciones, y no pasivamente como

un subalterno. Estos fueron los motivos que tuvo para preparar inmediatamente su marcha hacia la Intendencia de Valladolid, de donde era nativo, y donde contaba con simpatías y buenas amistades.

La empresa, no obstante, presentaba serios obstáculos. Había que atravesar, con el enemigo á retaguardia, llanuras despobladas y áridas donde el agua hacía falta. Ninguna consideración fué sin embargo suficiente para desanimarlo, y el 26 de Marzo de 1811 salió del Saltillo en dirección á Zacatecas.

El jefe realista Ochoa lo seguía. Cansado de esta persecución continua, Rayón hace alto con el ejército en el puerto de Piñones. Sus tropas están formadas en buen orden al pié de varios cerros; los flancos están apoyados por baterías hábilmente dispuestas. Militan á sus órdenes Don José Antonio Torres, vencedor en Guadalajara, Don Víctor Rosales, Villalongín, célebre después por una hazaña en la que es hoy Morelia, Don Juan Pablo Anaya, y los dos hermanos de Rayón Don José María y Don Francisco.

Ochoa quedó escarmentado: tuvo que retirarse dejando el suelo cubierto con cuatrocientos cadáveres. Pero más temible que Ochoa es el desierto. Allí no hay sino charcos cenagosos y corrompidos, y la posesión de cualquier manantial se disputa á mano arma-

da; allí no se encuentran alojamientos, ni víveres, ni pasturas..... Rayón llega á Pozo Hondo con sus fuerzas notablemente disminuidas; mas esto no le causa desaliento, y manda desde luego á Sotomayor que sorprenda el Fresnillo, y á Rosales y á Anaya que reconozcan el estado de defensa de Zacatecas.

Un brillante triunfo de Torres le entrega al fin esta última plaza. Rayón entra en ella sin desórdenes ni atropellos, respetando vidas y propiedades, con un sistema político exento de persecuciones. Los españoles permanecen tranquilos en sus casas; se ofrece á los empleados que continuaran en sus puestos si se adhirieron al nuevo régimen: se convoca á una junta á todas las corporaciones de la ciudad, y se les manifiestan ideas sobre la formación de un Congreso que represente los derechos de Fernando VII, y gobierne en nombre del monarca mientras esté prisionero en Francia.

Calleja se acercaba con su ejército por el camino de San Luis Potosí, y Rayón se vió obligado á abandonar Zacatecas. Perseguido por Emparan, sostiene una acción desgraciada en el Maguey, y después de este descalabro se dirige al pueblo de la Piedad, donde esperaba hallar á la mayor parte de sus dispersos. Sus oficiales habían tomado diversas direcciones; más no por eso se abatió su actividad.

Parte para Zamora, y organiza una tropa de cuatrocientos hombres que pone al mando de Torres. Asaltado éste por fuerzas superiores, lo salva el oportuno auxilio de Rayón. Reunidas las secciones de Rayón, Torres, Muñiz y Navarrete, amagan á Valladolid. Por último, en Tiripitio Rayón distribuye las fuerzas y divide las comandancias entre los principales jefes, y él, acompañado de una escolta, se dirige á Zitácuaro, donde los independientes acaban de obtener una espléndida victoria.

Tales fueron los primeros servicios de aquel nuevo caudillo, que no flaqueó en los momentos más angustiosos del levantamiento por la independencia; que en medio de la derrota y de la muerte alzó la desgarrada bandera que se le entregaba, resuelto á defenderla de un poder triunfante, á quién solo faltaba un último esfuerzo. Con un puñado de hombres emprendió una retirada de ciento cincuenta leguas por un territorio enemigo absolutamente escaso de agua y de víveres, y la terminó apoderándose de una de las principales ciudades, bien fortificada y defendida por una aguerrida guarnición. Sin infundirle desaliento la derrota del Maguey, acometió en Michoacán nuevas operaciones, yendo después á encerrarse en los muros de Zitácuaro, á fin de completar las fortificaciones de aquella plaza, é intentar establecer allí un gobierno que regularizara

la revolución y fuese el centro directivo de los posteriores trabajos.

## XV.

A algunas leguas de Tenancingo, en lo que hoy es Estado de México, se halla un pequeño pueblo, notable en 1811 por la decisión que mostró hacia la causa de la independencia.

Este pueblo era el cuartel general de un joven y audaz guerrillero, que había tenido en constante inquietud á la guarnición de Toluca, y que extendía á veces sus excursiones hasta las puertas mismas de México.

El jefe realista Torre se hallaba desesperado con aquel incansable enemigo.

Llamábase ese guerrillero Jorge Rubí. Era un joven de ojos azules, nacido en Campeche, é hijo de uno de los marinos de aquel puerto, Arrullado al soplo impetuoso de los vientos, hijo de la tempestad por el cuerpo y por el alma, sus ojos se habían abierto sobre la espuma del Oceano: desde entonces había visto el abismo como su habitación, como el gigante confidente de su pensamiento soñador, como el compañero de su soledad, como el Men-

tor de su juventud. Sin inquietarse por nada, abandonándose á las decisiones del acaso, pronto para esperar pero no menos firme para sufrir, había experimentado todos los sentimientos exceptos el temor y la desesperación. Bajo el cielo de la Arabia habría sido el nómada más atrevido á quien se hubiera visto hollar las arenas abrasadoras; en las costas de Chile habría sido un orgulloso cacique; en las montañas de la Hélada un griego rebelde.... Pero ¿á qué agregar más comparaciones? En realidad no era más que un joven en la flor de su edad; un marino convertido en guerrillero; Jorge el de cabellos rubios; libre como la espuma del mar, y amante de la mujer más hermosa que había en aquellos contornos.

Ella se llamaba Jacinta; mujer ya por sus formas, aunque niña por los años; bella, amante, precóz, con ojos que eran un lenguaje y un encanto, con formas parecidas á las de Venus Afrodita, y voluptuosa como la primera aproximación del sueño. Su sangre, hija de un sol ardoroso, coloraba su seno, y daba á su cutis de un moreno claro un tinte trasparente, semejante al rojo vivo con que brilla el coral á través de las olas y que atrae al buzo hacia su gruta purpurea. Su alma era apasionada y bondadosa; sus sentimientos no se apoyaban sobre la experiencia, esa piedra de toque que descolora todos los objetos: ella no temía ningún

mal, porque casi no conocia ninguno; sus lágrimas habían pasado como pasa un viento ligero sobre la superficie de un lago, del cual arruga el espejo sin destruirlo. Podría llegar tiempo en que un temblor de tierra echara abajo la gruta de la náyade, y cambiase las aguas vivas en masa inerte, en húmedo pantano. Mas si el destino le tenía reservada tal suerte, ella no la imaginaba; y lo presente le parecía tan hermoso, que poco tomaba en cuenta lo pasado y lo porvenir.

Los dos enamorados se paseaban en un bosque próximo á Tecualoya. El amor que vuelve toda cosa simpática y bella, la juventud que hace del aire un arco-iris, añadían sus encantos á los de aquella vegetación formada de palmeros y de plátanos, desde los cuales los pájaros cantaban dulcemente sus adioses á la tarde, y á cuyo través se distinguía al sol yendo perezosamente á ocultarse en el horizonte. La hora del crepúsculo había llegado melancólica y suave, dando paso poco á poco á las claridades nacientes de las estrellas, y la joven pareja, participando de la calma de la naturaleza, tomaba lentamente el camino del pueblo. Veían á los árboles sombríos inclinar sus ramas para entregarse al reposo, al ave de rapiña dirigir su vuelo circular hacia las rocas donde estaba edificado su nido, y al firmamento azul desplegarse ante ellos, cual si fuere un

lago inmenso de paz ofrecido á los habitantes del universo.

De repente escucharon á lo lejos el galopar de un caballo. Jorge llevó instintivamente la mano á sus armas. Mas ningún grito de guerra vino á turbar la tranquilidad de aquellos lugares. El que llegaba era por el contrario un amigo.—Jorge gritó desde alguna distancia.—¿Quién me llama? exclamó Jorge viendo hacia el lado de donde la voz venía.—Yo: traigo un mensaje urgente de Don Benedicto.

—¿Qué dice el jefe?

—Que Torre marcha con todas sus fuerzas sobre Zitácuaro, y que urge le des auxilio inmediato.

—Voy á dar mis determinaciones.

—Por más aprisa que caminos ya no podrás llegar á la plaza. Pero si te será posible atacar al enemigo por su retaguardia, cortarle todas las comunicaciones, embarazar los caminos con obstáculos para que no reciba socorros. De resistir se encarga Don Benedicto.

—¿Tiene confianza en que no le tomarán Zitácuaro?

—Así lo cree; y espera que vdes., en caso de un descalabró de Torre, no lo dejarán salir de aquellos cerros. Necesitamos apoderarnos de ese enemigo sanguinario y cruel que ha incendiado poblaciones y hecho perecer miles de los nuestros.

—Mis tropas quizá no sean suficientes para ese fin.

—Están á tu disposición todas las guerrillas. Dirige órdenes á Canseco, á Sanchez, á Albarrán, á todos los que se hallen por estos rumbos.

—Está bien: vamos al pueblo, y allí me entregarás las comunicaciones.

Y todos juntos se dirigieron á Tecualoya, donde Jorge dejó á Jacinta en la puerta de su habitación, imprimiendo sobre su boca un beso ardiente de despedida. Después fué á prepararse para la marcha: al amanecer del día siguiente hallábase en camino.

Sabía ya que Don Benedicto Lopez se había fortificado en Zitácuaro, y que Torre había emprendido su marcha sobre aquella población, teniendo su infantería á las órdenes de Mora.

Algunos días más adelante recibió más favorables noticias.

Mora había avanzado contra las posiciones de los independientes, sosteniendo Lopez la carga con firmeza; y al ver vacilar la fuerza de Mora, la había atacado á su vez con resolución, derrotándola en pocos momentos.

Mora había perecido: los pocos fugitivos escapados á la matanza habíanse puesto al abrigo de una batería, algo distante del campo de batalla, la cual Torre mandaba en persona.

En vano había procurado Torre dar una segunda carga: la tropa rendida de fatiga, y aterrorizada por la tenáz resistencia que acababa de encontrar, sólo había pensado en la retirada.

Habíase emprendido esta, en gran desorden, por el cañón ó puerto de San Miguel.

Allí se colocó Rubí con sus guerrillas emboscadas, obstruyendo la entrada del puerto con grandes montones de piedras.

Los realistas quisieron forzar el paso: pero apenas comenzaban á intentarlo, fueron á su espalda acometidos por las fuerzas salidas de Zitácuaro.

Un inmenso desorden se introdujo; se pensó únicamente en la fuga; se abandonaron las armas y los cañones. Torre, acompañado del cura Arévalo, siguió estrechas veredas, logrando llegar hasta cerca de la hacienda de Lanreles.

Mas allí había colocado Rubí otra de sus guerrillas.

Obligado Torre á retroceder, fué hecho prisionero por Lopez; y la gente de este, poseida de furor, hizo pedazos á aquel malvado, ávido de sangre, que había asolado é incendiado poblaciones enteras, y matado á cuantos cayeron en sus manos.

Entonces sabiendo Rayón en Tusantla la victoria obtenida por Lopez, y en vista de las

ventajas que pudiera ofrecer Zitácuaro, salió á principios de Junio con dirección á ese lugar.

## XVI.

Lopez se puso desde luego á las órdenes de Rayón, y ambos jefes añadieron las defensas del arte á las naturales de Zitácuaro, abriendo una zanja de cinco varas de ancho alrededor de la población, la que se inundaba segun convenia, y construyendo detrás un parapeto con doble estacada y con baterías colocadas en los lugares accesibles de la línea.

Estos trabajos no fueron inútiles, pues poco tiempo después presentóse Lamparan al frente de una división escogida, con objeto de apoderarse de la plaza, y fué á su vez rechazado con graves pérdidas.

A las disposiciones militares agregó Rayón las políticas. Quiso que hubiera un centro de autoridad del que todos los jefes dependiesen, que pudiera dirigir uniforme y acertadamente todos los movimientos, y que rigiera el país á nombre de Fernando VII.

Con este fin erigió una junta de gobierno que se denominó: *Suprema Junta Nacional Americana*

Componían esta Junta Rayón, Liceaga y el cura de Tusanla D. José Sixto Berduzco.

La Junta se puso en comunicación con todos los partidarios de la independencia, trató de organizar las fuerzas diseminadas en la vasta extensión del territorio, y tomó empeño en atenuar los horrores de aquella guerra de exterminio.

No ocultándose la necesidad de propagar el convencimiento en las masas y de difundir la idea de independencia, se fundaron en Zitácuaro dos periódicos, en los que las plumas de Rayón, de Quintana Roo, y algo más adelante la del Dr. Cos, dilucidaron las cuestiones políticas y sociales ignoradas hasta aquel tiempo por la mayor parte de los habitantes de la América Latina.

El Virey comprendió la trascendencia que pudiera alcanzar la erección de un centro directivo al que obedeciesen las diversas partidas que se alzaban en armas por todos los rumbos del reino, y desde luego se apercibió á dirigir una nueva campaña sobre Zitácuaro, poniendo al frente de esta nueva expedición á Calleja.

Mas antes, Morelos había sido nombrado cuarto vocal de la Junta.

—¿Qué dice vd., Señor, sobre el gobierno establecido en Zitácuaro? le preguntó un día D. Leonardo Bravo.

—El que haya un centro de autoridad es conveniente; pero debe quitarse á la revolución la máscara del nombre de Fernando VII, nombre que sólo por circunstancias políticas especiales invocó Hidalgo en Dolores.

—¿Y en ese caso, en nombre de quién se ha de gobernar?

—En nombre de la Nación, que es la dueña de sus destinos. Es preciso ir quitando antiguas preocupaciones, y hacer conocer á todos sus derechos. El gobierno no es una propiedad: hay que trasladar la autoridad del Rey al pueblo.

—Pero eso es lo que las Cortes están haciendo en España.

—Las Cortes se ocuparán en mejorar la suerte de los españoles; pero á nosotros no nos han de tomar mucho en cuenta. Por otra parte ¿quién nos garantiza que el Rey, al cesar su cautiverio, ratifique lo que la Asamblea Legislativa está haciendo en su ausencia?

—Entonces ¿qué debemos hacer?

—Constituirnos con entera independencia de España y bajo un gobierno que sea la emanación del voto público. Estas eran las ideas de Hidalgo, de las que varias veces hablamos en Valladolid, aunque á ellas mezclaba cuestiones económicas importantes, que yo no toco mucho, por la multitud de intereses que bieren. Pero Rayón, de las grandes concep-

ciones de Hidalgo, no ha tomado más que la corteza, el antifáz con que se cubrió el padre de la Patria para condescender con los sentimientos de las masas populares. Hoy las ideas han avanzado, y ese antifáz podemos arrojarlo por tierra: no debemos mencionar al Rey Fernando, sino decir que lo que realmente deseamos es la independencia de México, y el establecimiento de un gobierno basado sobre la voluntad del mayor número.

Por lo anterior se ve que Morelos no tenía en mucho aprecio la organización ideada por Rayón. El no quería conservar con la Junta sino relaciones de cortesía y de buen camarada. Otros jefes independientes tomaron aún en menor consideración las disposiciones de Zitácuaro. Albino García, al participarse la instalación de la Junta y que sus miembros tomaban el título de Alteza, contestó lacónicamente: *"Para mí no hay más alteza que la de un cerro ni otra junta que la de dos ríos."*

## XVII.

Una de las determinaciones de la Junta que más había disgustado á Morelos era que el nuevo gobierno acababa de enviarle á Tabares con el grado de brigadier. Si á los que

prestaban grandes servicios, como Galeana y los Bravo, economizaba Morelos los honores y los empleos militares, no podía aceptar que un hombre de pocos antecedentes fuera á sobreponerse á los más valientes campeones. No quiso, por lo mismo, admitir al enviado en su ejército.

Tabares, disgustado, salió para el Veladero, y allí, con una orden supuesta, logró que Avila le entregara el mando de las tropas. Puso preso á Don Ignacio Ayala, intendente nombrado por Morelos, y trató de organizar una guerra de castas.

Morelos, al saber estas noticias, llamó en seguida á Don Leonardo Bravo, para dejarlo encargado del mando de las fuerzas, y él, con solo su escolta, salió violentamente en dirección á Acapulco.

Llegó al Veladero cuando nadie lo esperaba.

Los soldados prorrumpieron en unánimes vivas y aclamaciones.

—Como te va, Damián, dijo un sarjento al criado del General en Jefe. ¿Vienes aquí á recibir otra lección para hacerte valiente?

—¿Crees que acaso la necesito, imbécil? Valiente siempre lo he sido; pero yo no lo sabía, y esa iguorancia me expuso á mil peligros. Ahora sí, ya lo sé. ¿No has oido decir que soy el vencedor de Tixtla?

El sarjento contestó con una sonrisa de incredulidad.

—Mira animal, añadió el sirviente, te voy á dar una prueba de mi valor. Venimos aquí á aprehender á Tabares y á Mayo. Dame unos cuantos soldados, y yo me encargo de la empresa. Tu vienes conmigo á ser testigo.

—Pero ¿quién responde de lo que suceda?

—Te digo que me dejo colgar si no te hacen subteniente. Con que despáchate y dame la fuerza que te pido.

Morelos no observó la desaparición de Damián. Se quedó, pues, bien sorprendido, cuando al dar orden para que se asegurase á los jefes rebeldes, supo que estaban ya presos por el criado.

Mandó llamar á é-te inmediatamente.

—Sarjento Damián, le dijo, por haber procedido sin mi orden merecías que te ahorcara; pero como has hecho á la Patria un gran servicio, te indulto, y te concedo además la recompensa que sea de tu agrado.

—Excelentísimo Señor, contestó Damián, pido un vestido nuevo para un San Antonio, á quien acostumbro encomendarme siempre que estoy en algún peligro.

—Concedido el vestido nuevo, y además te nombro subteniente.

—Que ese grado sea para mi compañero Camargo, Excelentísimo Señor. Yo, siendo

oficial, tendría que dejar de ser mozo de V. E., y el no separarme de su Señoría lo considero la recompensa más estimable.

—Ven á mis brazos Damián, dijo conmovido Morelos; eres valiente y fiel. De hoy en adelante no serás mi doméstico, sino la persona de mis confianzas, como lo fuiste de Hidalgo. Por de pronto te encargo la guarda de los prisioneros; pero que no te los vayan á quitar, como te quitaron á Rul y á García Cende.

—Pierda su Señoría cuidado. Un solo hombre es capaz de hacerlo, el coronel Martinez, quien supe después fué el que me cintareó en Ixtlahuaca; pero el coronel Martinez está muy fejos, quizá en el otro mundo. V. E. puede dormir tranquilo.

Morelos, restablecido el orden frente á Acapulco y repuesto Avila en el mando, se dirigió á Chilapa.

Los prisioneros fueron allí entregados á Bravo.

Damián vió que los hicieron entrar en un cuarto.

De ahí, nadie los vió salir.

Cuentan que los degollaron secretamente.

## XVIII.

Apenas había terminado Morelos su feliz expedición al Veladero, cuando pensó en con-

tinuar su incursión á los alrededores de Mexico y de Puebla, incursión que habían detenido primero las tropas de Fuentes y después la insurrección de Tabares y Mayo.

Don Leonardo Bravo tenía ya todas las fuerzas prevenidas. Morelos formó pronto su plan de campaña. El ejército caminaría unido hasta Tlapa: allí se dividiría en tres secciones. La primera, á las órdenes de Trujano y de Don Miguel Bravo, marcharía á situarse á los confines de Oaxaca, conteniendo las tropas enemigas que por aquel rumbo pudieran presentarse. La segunda y principal, con los dos jefes de mayor confianza Don Leonardo Bravo y Galeana, se encargaría de batir á García Rios que estaba en Taxco, y de no dejar ningún otro enemigo á retaguardia. Por último Morelos, con sólo su escolta y ochocientos indios mal armados, seguiría á Chiautla, donde un rico propietario de aquellos contornos, Don Mateo Musitu, se jactaba de poder derrotar al caudillo de la independencia, habiendo dado á uno de sus cañones el nombre de *Mata Morelos*.

Las disposiciones del general en jefe se cumplieron puntualmente, y divididas las fuerzas, Morelos con las que le quedaban avanzó hacia Chiautla. Musitu se había fortificado en el convento de San Agustín de aquella ciudad. Presentáronse los independientes,

y comenzó el ataque contra el edificio. Los realistas hicieron una salida; pero pronto se vieron forzados á refugiarse tras los muros de su improvisada fortaleza. Allí los siguen las fuerzas insurgentes, trabándose terrible y encarnizado combate: derrotados los defensores en el patio y corredores bajos, toman posición en la escalera sosteniendo desde allí un fuego mortífero; mas los asaltantes hacen un furioso empuje, forzan los atrincheramientos formados en la parte superior, y entran triunfantes: Musitu es fusilado sobre las allanadas trincheras, y sus soldados huyen despavoridos por los oscuros claustros del convento.

Este afortunado hecho de armas abrió á Morelos las puertas de Izucar, donde sus habitantes lo recibieron bajo arcos de triunfo. Allí se le presentó el cura de Jantetelco, D. Mariano Matamoros, pidiéndole servir en sus filas, á lo que accedió Morelos, adivinando en el nuevo auxiliar uno de los hombres más esforzados que habían de luchar por la libertad de su patria.

Soto Maceda, con una columna de aguerridos soldados, había salido de Puebla. Morelos se fortificó en el perímetro de la plaza principal de Izucar. Al cabo de cinco horas de recio combate, Soto-Maceda es herido mortalmente, y su segundo cree necesario emprender la retirada. Alcanzado en *La Galarza* por

las fuerzas independientes, renovóse la lucha entre las sombras de la noche, y deshechos los realistas, muertos sus principales jefes y perdidos sus cañones, huyeron en dirección á Atlixco, llevando al moribundo Soto-Macada, y dejando en poder de los vencedores gran número de prisioneros.

La toma de Puebla era posible. Pero Morelos no había recibido aún noticia de las operaciones de Galeana y Bravo. Estos han derrotado á las fuerzas españolas en Huitzuco y en Tepacuacuilco, y se hallan en aquellos momentos sobre Taxco. Morelos se dirige hacia ese lugar. Cuando llega, Bravo y Galeana han hecho ya capitular á García Ríos; pero éste, después de la capitulación, ha seguido haciendo fuego. Morelos da orden de que se le fusile sin demora castigando también con este acto las execrables maldades que aquel jefe español había cometido bajo el pretexto de reprimir á los partidarios de la independencia.

El plan de Morelos habíase desarrollado admirablemente. El camino para México y Puebla estaba abierto, pues Calleja, con el único ejército capaz de detener al caudillo insurgente, se encontraba entonces frente á Zitácuaro. Con solo un mes que Rayón resistiese en aquella plaza, la causa de la libertad estaría triunfante. Pero aun no había salido

Morelos de Taxco, cuando recibió una funesta noticia. Zitácuaro no había podido resistir; en un solo día había caído bajo el esfuerzo de Calleja. Morelos tuvo que modificar todos sus proyectos; se vió obligado á detenerse en su marcha victoriosa..... Las circunstancias, mas fuertes que su voluntad, habíanse interpuesto en su senda, viniendo á echar por tierra el hermoso ideal que él se había formado sobre el próximo establecimiento de la independencia de la colonia.

## XIX.

¿Cómo y de que manera había caído Zitácuaro en un solo día?

La marcha de Calleja fué estorbada por obstáculos de toda clase: zanjas, árboles derribados y gruesos peñascos aglomerados en la estrecha senda, guerrillas ocultas en los espesos boques y poseionadas de una serranía áspera y salvaje..... esfuerzos desesperados se hicieron para contener el avance. Mas al fin el general español acampó delante de la plaza, y sin perder un instante, adelantóse con su estado mayor y algunos escuadrones, para reconocer el estado de las defensas.

La tarde estaba triste; un cielo gris comu-

nicaba á todos los objetos un tinte opaco y siniestro: las cabezas de Torre, Mora y algunos otros oficiales hechos prisioneros en las anteriores expediciones aparecían puestas en escarpas alrededor de la población. Calleja sentía, quizá por primera vez en su vida, una impresión pavorosa y lúgubre..... De improviso su semblante se anima, dirige la vista hacia el firmamento, levanta el brazo y dice al teniente coronel Echagaray que se halla á su lado:—Echagaray ¿ve vd. la palma?—¿La palma?—Sí; el augurio de nuestra victoria. Vea vd. esa nube; tiene la figura de una palma; es el anuncio de nuestro próximo triunfo, como lo fué la cruz del de Constantino. Los soldados se agrupan y prorumpen en vivas; llega el padre Diaz Calvillo, quién interpreta la señal como un gran milagro de la Virgen de los Remedios protectora de los españoles, y el ataque sobre la plaza queda resuelto para el día siguiente. La noticia del portentoso suceso se comunica á las tropas, é infunde gran confianza en el resultado de la expedición.

El 2 de Enero de 1812 las columnas realistas se lanzan al asalto protegidas por los fuegos de sus baterías: los cañones de la plaza contestan con vigor. Grandes destrozos causan en las tropas del rey las bien dirigidas descargas de los reductos; pero aquellas avanzan más y más. Don Ramón Rayón hace

prodigios de valor: una bala de cañón abre por el pecho el caballo que monta, y él es arrojado á alguna distancia, recibiendo tan fuerte golpe que lo tienen por muerto y de sus resultas pierde un ojo. La defensa es en todas partes tenaz, y se sostiene durante cuatro horas. Mas al fin los independentes ceden y tienen que abandonar la población, dejando su artillería y un material considerable de guerra.

Pero también dejó Don Ignacio Rayón de intento sobre su mesa la representación que secretamente habían dirigido los miembros del Consulado de México al de Cadiz, pidiendo tropas españolas para la conservación del dominio europeo. Ese papel demostró á los oficiales americanos que seguían á Calleja la desconfianza con que eran vistos, causando en ellos grande impresión.

Calleja mandó fusilar á todos los prisioneros que cayeron en su poder, y después publicó un bando salvaje. Todos los vecinos de Zitácuaro, sin distinción de sexo ni de edad, debían salir dentro del término de seis dias, para que la villa fuese reducida á cenizas; las tierras de propiedad común y particular se aplicaban á la Real Hacienda; la cabecera del Distrito se trasladaba á Maravatío; se prohibía volver á edificar en el lugar donde se hallaba la población rebelde.

Este decreto bárbaro recibió cumplida ejecución. Antes de salir las tropas españolas se les concedió licencia para saquear todas las casas, y después siniestros resplandores se alzaron por varios puntos del horizonte, y las llamas convirtieron á Zitácuaro en negro montón de cenizas. Además de Zitácuaro, Calleja mandó quemar los pueblos de los contornos: San Mateo, San Bartolo, San Andrés, Santa María, San Francisco, San Juan, San Miguel Huantepec, Ziracuato y Nayarit. El general realista, desde una altura inmediata, contemplaba el espectáculo. El, que era aficionado á citas históricas, debía recordar á Nerón, con los fulgores del incendio de Roma reflejándose sobre su rostro: pero Nerón, con su alma de artista, había empuñado una lira: Calleja, por el contrario, empuñaba la espada, y disponíase á seguir derramando á torrentes la sangre de los que combatían por la emancipación política de su patria.

## CAPITULO CUARTO.

CONSPIRACIÓN EN MÉXICO.—EL VALLE  
DE TOLUCA.

## XX.

Un suntuoso baile tenía lugar en el palacio virreinal de México la noche del 20 de Diciembre de 1811, con motivo de algunas noticias favorables recibidas de España. El brillo de las grandes arañas de cristal y el fulgor más pálido aun de las lámparas de plata, reflejándose sobre la tapicería de las paredes, aparecían sobre la vasta oscuridad de aquellos salones sombríos, una masa deslumbradora de luz artificial, que daba á los objetos un realce admirador. Allí tratando de borrar el pasado, después de largas horas empleadas en el tocador para dar á la cara el tinte de la juventud y después de muchas miradas dirigidas al espejo, la mujer marchitada por la edad se lanzaba con todo el orgullo del adorno á hacer olvidar sus años, fiándose en aquella luz indulgente y engañadora. Allí la juventud iba á gastar su frescura verdadera en la at-

mósfera malsana de una multitud inflamada por el ardor del placer. La música, el banquete, las copas espumosas, las guirnaldas, las flores, el perfume de las rosas, los ojos brillantes, las alhajas resplandecientes, los brazos de alabastro, las cabelleras de ébano, los senos sobrepasando en blancura al plumaje del cisne, los vestidos ligeros y flotantes como esas tenues nubes que se interponen entre el cielo y nuestras miradas, los pies de sílfide cuya graciosa pequeñez deja adivinar la simetría secreta de un bello cuerpo que termina tan bien; toda la ilusión de este cuadro deslumbrador, todos los encantos reales y fingidos de la naturaleza y del arte, se agolpaban ante el espectador hasta dar vértigos, haciendo que se embriagara la vista, como la del Arabe del desierto cuando un espejismo engañoso presenta á su sed la onda límpida de un lago imaginario. Un individuo, sin embargo, como de 35 á 40 años, no fijaba su atención en aquellos encantos, y se paseaba triste y taciturno, cual si la común lobre-guez de aquellos lugares se hubiese adherido para siempre á su alma melancólica.

Este individuo era un teniente-coronel del ejército español, jefe del Estado Mayor del Virey. Llamábase Gabriel Llamas.

Dejando á las dos de la mañana los salones de baile, se dirigió á las habitaciones del ala

izquierda del palacio, destinadas entonces para los ayudantes de Venegas. Iba á descansar; la fiesta lo había fatigado: era brillante, y no obstante le había dejado una impresión de tristeza: un peso doloroso había sentido sobre su corazón, aun en medio del torbellino embriagador del baile. Había intentado, con la ayuda de una alegría fingida, sacudir esta impresión: todo había sido inútil. Por eso se alejaba de la fiesta, aun antes de que llegara á su punto culminante, é iba á pedir á la cama pensamientos más tranquilos ó el olvido.— Antonio, gritó al criado al entrar á su habitación; toma mi capa, y enciende la vela.

—¿Quiere el señor algún refrigerio?

—Ninguno, excepto el sueño, y ese no puede mandarse traer. Espero obtenerlo, á pesar de la agitación en que me hallo.

Pero el teniente-coronel se engañó en su esperanza, y tuvo pronto que dejar la cama y abrir el balcón de su alcoba, asomándose á él. ¡Qué contraste lo que tenía á la vista con el lugar que acababa de dejar! La luna avanzaba calmada y magestuosa en lo alto de los cielos, esclareciendo con su luz sutil los muros de los edificios. Todo era dulce y apacible: ningún sonido rudo se hacía oír; y armonizándose con la noche, todo lo que se movía resbalaba en el viento como un espíritu aéreo. Los acordes de una guitarra que un

amante pulsaba bajo los balcones de su novia; el chillido ligero de una vidriera que se abría con precaución, dejando ver una mano joven, delicada y blanca, como la luz de la luna con la que se confundía; la claridad fosforescente de alguna estrella errante; el centelleo rápido de la luz de los coches que atravesaban las boca-calles; una que otra sombra que se proyectaba aquí y allá sobre las aceras; las almenas de alguna casa ó el campanario de algún templo: hé aquí todo lo que llegaba á la vista ó al oído en aquella ciudad dormida, capital del Virreinato. La calmada hora del silencio disiparía tal vez la agitación de Llamas, y con el socorro de su saludable y benéfica influencia el teniente-coronel iba sin duda á volver á extenderse sobre su lecho.

Pero el criado abrió la puerta, y le dijo con sobresalto.

—Señor; un hombre que, según dice, viene por negocios urgentes, pide el favor de ser introducido cerca de vd.

—¿Ha dicho su nombre?

—Se lo he preguntado, pero parece que no quiere decirlo mas que á vd. Su cara está oculta bajo la capa; sin embargo, su voz y sus movimientos no me son desconocidos.

—Hay algo de extraño en la hora que ese hombre ha escogido para verme y en la manera como se presenta: no obstante, no puede

haber gran peligro, si tu llamas á algunos de tus compañeros y te colocas con ellos en la pieza inmediata. Haz primero eso que te indico, y después déjalo entrar.

Antonio cumplió la orden, y el desconocido pasó.

—Señor Llamas, dijo este último, no tengo tiempo que perder: vengo á pedirle un favor: no salga vd. mañana de palacio.

—¡Ah! ¿eres tu Morante? ¿qué significa esa amenaza?

—No es amenaza; es un aviso amistoso. No busque vd. la significación, porque no puedo decirla. Únicamente repito: no salga vd. mañana de aquí.

—¡Otra vez! ¿qué quiere decir eso?

—Otra vez manifiesto que no me es posible dar explicaciones. Debo á vd. un servicio; vd. me libertó del presidio en España: ese favor vengo á pagarlo. Es todo lo que puedo decir.

—Pero yo ¿qué tengo que temer? ¿quienes son mis enemigos? Si tengo algunos, ¿por qué estás ligado con ellos ó por qué has esperado hasta este momento para advertirme?

—No puedo responder. ¿Saldrá vd. á pesar de este aviso?

—No me rendiré á amenazas de que ignoro la causa. Además tengo mañana que acompañar al Virey: iré en su coche al paseo de Bucareli.

—Allí menos que á ninguna otra parte.

—Nadie podrá impedírmelo.

—En ese caso, hará vd. bien antes si se encomienda á Dios.

Y Morante iba á retirarse.

Pero Llamas le cerró el paso.

—No es solamente mi seguridad personal la que me obliga á detenerte. Por tus últimas palabras comprendo que se trata de un complot contra la paz del Estado. Dí todo lo que sepas.

—No me es posible. He dicho ya demasiado.

—¿Quieres perderte?

—Mi honor está comprometido.

—No hay honor en una sociedad de bandidos.

—No lo son los que conspiran. Y aunque lo fueran, mi hijo está entre ellos. Sería capaz de matarme él mismo, si supiera que yo hacía revelaciones.

—Por última vez ¿quieres hablar?

—He dicho que me es imposible.

—¡Hola Antonio! gritó Llamas: prende á este hombre, asegúrale, mientras voy á avisar al Virey lo que ocurre.

Los criados se arrojaron sobre Morante, quien luchó con ellos desesperadamente.

Mientras tanto Llamas se presentaba agi-

ta lo en los salones de baile, y llamaba aparte á Venegas.

—Una conspiración, Señor, dijo: tengo en mi cuarto á uno de los comprometidos; mas no quiere descubrir nada.

Venegas estaba demasiado contento en el baile para salir de él. Llamó al oidor Yañez, y le encargó que pusiera todo en claro, y tomase las providencias que fueran oportunas.

Yañez salió con Llamas á la habitación de este último.

—¿Insiste vd. en no hablar? dijeron al prisionero.

—Soy español y lo confesaría todo; pero mi hijo está de por medio.

—Le garantizamos la vida.

—Conozco su carácter: es capaz de matarme si digo una palabra.

—Pues entonces al calabozo de abajo, y que se llame luego al verdugo para el tormento.

Los últimos ecos de la música se mezclaron á los gritos agudos del torturado. Por último reveló todo: los conjurados trataban de apoderarse del Virey, para entregarlo al guerrillero insurgente Jorge Rubí, quien esperaba en el Monte de las Cruces. El golpe estaba preparado para el día siguiente, cuando Venegas fuese al paseo de Bucareli.

Se ordenaron inmediatamente multitud de prisiones.

Y dictadas cuantas determinaciones de precaución y rigor fueron posibles, Yañez y Llamas se presentaron, con aire triunfal, á dar cuenta de su comisión al Virey.

El baile acababa en aquellos momentos. Venegas deseaba descansar. El largo relato que le hicieron de las torturas á que había sido preciso someter al preso, era poco apropiado para la terminación de una fiesta. El Virey, con mal humor visible, trató de despedirse de sus interlocutores.

Pero Llamas tenía una idea fija desde el principio de la noche.

—Señor, dijo cuando Yañez se hubo retirado, la noticia que dí de esta conspiración creo que merece una recompensa.

—Pida vd. lo que quiera, contestó Venegas.

—Estoy apasionado de una jóven; de aquella que, vestida de luto, vino á ver á vd. en el mes de Abril, y á la cual he vuelto después á ver en la casa de las Sritas. García Conde.

—Perc eso dígaselo vd. á ella, no á mí.

—Lo digo á V. E., replicó Llamas visiblemente contrariado, porque esa jóven no me corresponde, porque está enamorada de un insurgente, y porque he resuelto que sea mía de grado ó por fuerza.

—¿Quiere vd. acaso robarla, y que yo sea su cómplice? Eso no es posible.

—Recuerde V. E. el servicio que acabo de prestar.

—Lo recuerdo tanto que por eso no doy á vd. una respuesta dura. Únicamente le digo: no tiene vd. necesidad de la fuerza. Es vd. joven, se halla en buena posición, puede aspirar á la mano de cualquier señorita. Haga vd. uso de esas ventajas.

—Lo haré, Señor; pero si, como temo, ese camino común que ya he empezado á recorrer no me conduce á la felicidad, estoy resuelto á ir á ella por cualquier otro; y en ese caso, V. E. me permitirá que le venga á recordar mis servicios.

Y haciendo una inclinación de cabeza, el teniente-coronel se retiró.

Venegas quedó pensativo.

—¡Ah!, dijo entre sí, ¿se trata de la Srta. Elvira Villanueva? pero no..... á esa jóven la necesito y tengo que guardarle miramientos. Es el único medio que me queda para libertar á mi hijo prisionero: ella ejerce influencia sobre todos aquellos á quienes se acerca, y á sus súplicas y á las de su amante no podrá resistir Morelos.

## XXI.

La conspiración descubierta en México había llamado la atención del Virey sobre el

guerrillero Jorge Rubí, y órdenes para perseguirlo sin descanso fueron enviadas á Porlier, quien había sucedido á Torre en el mando de las fuerzas que operaban en el Valle de Toluca.

Rubí, después de su malograda expedición á las Cruces, habíase refugiado en el Cerro de Tenango. La resistencia allí no fué posible, y tuvo que retirarse á su cuartel-general de Teacualoya, donde se hallaba protegido por una barranca y por varias piezas de artillería que había obtenido de las quitadas á Torre frente á Zitácuaro.

Porlier se dirigió hacia aquel lugar. Debido á la bravura del capitán Calderón y del teniente de navío Michelena, las tropas españolas se hallaban victoriosas al terminar la tarde. Rubí se encontraba en una situación altamente comprometida. La mayor parte de sus fuerzas había abandonado el campo, el caballo que montaba acababa de ser muerto, y él, á pié, con unos cuantos soldados véase imposibilitado de impedir que la contienda le fuese adversa.

Su ojo ejercitado pronto descubrió el cerro inmediato como el lugar más á propósito para una defensa desesperada. A él mandó á los suyos ocurriesen con prontitud. Las rocas eran escapadas; ningún sendero estaba practicado allí; cada paso les ofrecía un baluarte

y situados sobre los vértices más inaccesibles, podrían continuar el combate en lugares donde las águilas tenían costumbre de colocar sus nidos. Dueño de la altura, Rubí reunió á sus soldados, y los exhortó á luchar hasta morir. "La causa que defendían, les dijo, santificaba su valor; arriba de sus cabezas la gloria brillaba intensa entre las nubes de la muerte; la Patria reconocida les sonreía, al través de sus lágrimas, entonando un-himno de alabanza; los ojos de una nación se fijarían sobre sus tumbas; los héroes envidiarían sus monumentos. Era preciso hacer frente al peligro, impasibles, como los fragmentos de roca donde se hallaban colocados y sobre los cuales apoyaban los cañones de sus fusiles."

Las tropas de Porlier se aproximaron: iban bien armadas, decididas á hacer todo lo que el deber exigiría de ellas, y sin inquietarse del peligro, como sucede con el viento al arrastrar las hojas, el cual sigue su carrera sin volver hacia atrás. Y sin embargo, hubieran preferido por enemigos á hombres menos valientes; sentían que aquellos que tanta intrepidez mostraban fuesen víctimas de su obstinación. Les gritaron para que se rindieran: por única respuesta los vieron apuntar con sus armas, las cuales brillaron á los últimos rayos del sol. Nueva intimación; también sin resultado. Por tercera vez les ofrecieron la

vida en voz más alta que la primera: tan sólo el eco de la roca repitió los sonidos de su última palabra. Entonces la luz de los mosquetes brilló, sus cañones lanzaron llamas, el humo se elevó entre aquellas tropas y sus adversarios, mientras las balas iban á tocar, pero en vano, las peñas sonoras y caían aplastadas. Los independientes, á su vez, hicieron oír la única respuesta que podía esperarse de ellos. Después de la descarga contraria y al aproximarse los asaltantes, Rubí dió la voz de fuego; y antes que el eco hubiese repetido esa palabra, varios hombres cayeron en las filas españolas, mientras otros muchos siguieron escalando el flanco áspero de la montaña.

Los partidarios del rey caían destrozados sobre los peñascos; pero los que sobrevivían eran aún numerosos y acabaron por dominar completamente á los sitia los, quienes demasiado lejos todavía para que los capturasen, mas con suma dificultad para escapar, vieron su destino no depender mas que de un hilo, como el tiburón que ha tragado el cebo de los pescadores. Por último el combate terminó; todo se hallaba fugitivo, cautivo ó muerto: Rubí, en un movimiento de rabia, buscaba una roca bastante alta desde donde precipitarse y acabar de una vez.....

De repente vió salir á una mujer cerca de un grupo de malezas. "Por aquí, Jorge, sí-

gueme" le gritó, y se sumergió en las profundidades de una cueva oculta entre las breñas. Rubí reconoció la voz de Jacinta. Viendo á los enemigos demasiado cerca y oyendo ya sus voces amenazadoras, el guerrero incansable entró á su vez en la caverna. La oscuridad, por fortuna, era ya completa, pues la noche había arrojado sus negros mantos sobre aquel escenario de mortandad. Los realistas no supieron, por lo mismo, por donde había desaparecido el campeón insurgente: buscaronlo por todas partes; aguardaron algún tiempo que volviera á presentarse; finalmente la superstición los obligó á no continuar más tiempo en sus pesquisas.—Es sin duda algún ser infernal, dijeron, para quien el abismo se ha abierto.—Todos estuvieron de acuerdo en que su estatura era más alta que la de un mortal, y en que su cara y sus ojos llevaban la marca sombría del otro mundo.

Mientras tanto Jacinta había tomado á Rubí del brazo, y habíalo conducido con violencia hacia las más oscuras profundidades de la gruta. Cuando hubieron caminado algún tiempo, y se cercioraron de que los enemigos no los seguían, Jacinta sacó de su seno una antorcha de pino, y tomando un perbernal y algunas briznas de madera seca, y sirviendose del cuchillo de Rubí, hizo saltar una chispa con la que encendió la tea é iluminó la gruta.

Era ésta alta y vasta, presentando una bóveda gótica de formación natural: el arquitecto de la naturaleza había elevado las arcadas; un temblor de tierra había sin duda erigido el arquitepe; el arbotante había quizá sido desprendido del flanco de alguna montaña. Los arcos esculpidos, los bajo-relieves, la nave, parecían ser la obra de una deidad misteriosa. Concediendo un poco á la imaginación, se podían ver, haciendo gestos en el aire, á figuras fantásticas; y el ojo podía detenerse á observar una mitra ó el crucifijo de alguna capilla. Así era como la naturaleza, jugando con las estaláctitas, había logrado edificar en aquel punto una iglesia subterránea.

Jacinta volvió á tomar á su amante por la mano, y agitando bajo la bóveda la tea encendida, le hizo visitar su nueva morada, mostrándole todas las sinuosidades y rodeos secretos. Mas no se limitó á eso: con anticipación había preparado mucho para dulcificar la suerte de Rubí. Allí estaba una gruesa estera en que poder dormir; aceite de sándalo para resguardarse de la humedad; por alimentos, cocos, plátanos y otras frutas de aquellos contornos; por mesa, una gran piedra situada en el centro; vasijas llenas de agua fresca de los arroyos cercanos, y una provisión considerable de hachones de brea y de *ocote* para conservar una luz perpetua. Ella, bella

como la noche, esparcía sobre todo aquello el encanto de su presencia y esclarecía su mundo subterráneo. Desde que la lucha por la independencia había comenzado, previó llegaría día en que la fuerza faltara, y estableció para Rubí un refugio contra la venganza de sus enemigos. Cada mañana había transportado con precaución y reserva todo lo que podía ser útil ó amenizar y embellecer su habitación de cristal, y ahora ostentaba con satisfacción ante el dueño de su alma el resultado de sus trabajos.

Viendo que Rubí la contemplaba con sorpresa y agradecimiento, oprimió contra su corazón apasionado este amante salvado por ella, y prodigándole sus más dulces caricias, le contó una antigua historia de amor (porque el amor es viejo como la eternidad, aunque rejuvenece en cada nuevo ser que nace). “Le dijo que un joven guerrero azteca, muchos años antes de la conquista, divirtiéndose un día en cazar fieras, descubrió aquella cueva persiguiendo á un leopardo; que más adelante, entre los horrores de una guerra sangrienta, abrigó allí á una joven cautiva, á una enemiga adorada, hija de un cacique adversario de tribu; que al continuar la guerra, condujo á los principales de su nación al lugar donde los matorrales cubren con su sombra verduzca la entrada de la caverna, penetrando después en

ella, según todas las apariencias para no volver; y cuando sus compañeros, asombrados é inmóviles, creían que había sido tragado por la tierra, y se preparaban llenos de tristeza á regresar á sus hogares, de improviso lo vieron salir acompañado de una Diosa..... tal al menos les pareció, en su temor respetuoso, la joven que acompañaba al guerrero orgulloso de su adorada: entonces, la bella pareja fué conducida en triunfo á la ciudad vecina, al ruido de aclamaciones y de instrumentos armónicos." Difícil sería describir las embriagadoras caricias que en aquella oculta retirada siguieron á esta relación. Para Rubí y Jacinta en aquella mansión todo era amor. Afuera los vientos soplaban impetuosos, y su veloz carrera algo resonaba en la gruta; pero ellos no daban más atención á ese mugido que si hubieran estado privados de vida. Sus corazones eran toda su armonía, formada de murmullos entrecortados de amor y de suspiros más entrecortados aun.....

Todo tiene, sin embargo, un término en la vida: y después de varias horas consagradas al vértigo de la pasión, Rubí se acordó de la Patria, y de sus soldados desbandados, y de los nuevos esfuerzos que habría que hacer para vengar su derrota última. Arrancándose de los brazos de su amada, y poniéndose en pié con presteza, le dijo:—Es preciso volver por

donde hemos venido: tengo que aprovechar la oscuridad de la noche para ponerme fuera del alcance de los realistas, y caminar hasta encontrar y reunir mi tropa dispersa.—¿Quieres abandonarme? contestó Jacinta con sentimiento ¿no puedes tener un instante de tranquilidad y de reposo? Una larga discusión siguió á estas palabras; pero Jacinta tenía costumbre de obedecer á los deseos de Rubí: la voluntad de éste, dominante é imperiosa, acabó por sobreponerse á las tiernas observaciones de su compañera. No obstante, Jacinta insistió en no regresar por donde habían entrado: el terreno estaba cubierto de fuerzas españolas, y Porlier tenía el hábito feróz de fusilar sin demora á todo insurgente que caía en su poder. La gruta tenía otra salida á doce ó quince leguas de distancia: sería preciso caminar toda la noche; pero saldrían á lugares exentos de enemigos, á lugares donde brillaba el sol de la libertad.

Tomaron los dos enamorados una buena provisión de hachones, y se pusieron en camino. Las maravillas naturales que habían contemplado eran casi nada en comparación de la serie no interrumpida de espaciosos salones que atravesaron, salones cubiertos de las cristalizaciones más lujosas y brillantes. Ya era una catedral la que aparecía á su vista; ya era la lucha de dos titanes; ya las altas columnas

de un palacio, cuyos pisos superiores se borraban entre las sombras de la caverna. Pero ni Jacinta ni Rubí se detuvieron ante aquella asombrosa sucesión de dibujos trazados por la mano maestra de la naturaleza. Su intento era salir pronto y aprovechar el combustible que llevaban, cuya falta los dejaría sumergidos en las oscuridades de la cueva.

Llegaron por fin al término de su viaje; pisaron el umbral de la otra entrada de aquella espaciosa galería subterránea. Era ya de día, y el sol había avanzado bastante en el horizonte: alumbraba nuevos campos, nuevas alturas; un pueblo se distinguía á alguna distancia. En él se hallaba un regimiento de caballería: Rubí se informó con precaución á quien pertenecían aquellas fuerzas: la respuesta que obtuvo fué que aquellos soldados estaban á las órdenes del coronel Galeana.

—Estoy entre los míos, dijo á Jacinta; salvado por tu amor. Mi corazón te pertenece. Mas la Patria exige nuevos sacrificios: es necesario separarnos, para que yo vuelva al combate.

—¡Ingrato! se limitó á responder Jacinta con las lágrimas en los ojos.

Rubí la volvió á estrechar entre sus brazos; intentó consolarla..... Pero al fin tuvo que tomar la dirección del pueblo cercano. Jacinta se quedó contemplándolo hasta perderlo de

vista: después encendió de nuevo su antorcha, y con las señales del más acerbo sufrimiento sobre su rostro, volvió á atravesar los pórticos de entrada de la gruta, desapareciendo, cual si fuese el genio del dolor, entre las tortuosas sinuosidades de aquella mansión misteriosa y lóbrega.

## XXII.

—Coronel Galeana, dijo Rubí al llegar á la población y encontrar al jefe que mandaba la tropa estacionada allí.

—Amigo Rubí, contestó Galeana estrechando al recién-llegado entre sus brazos. ¿Que le ha pasado? ¿Donde está el caballo? ¿donde están los soldados? ¿donde esos valientes que tan bizarramente se han batido frente á Zitácuaro?

—Esos valientes, que tanto se distinguieron frente á Zitácuaro, me abandonaron ayer ante el enemigo, cuando me habían matado el caballo y no tenía sino unos cuantos hombres á mi alrededor. Contar á vd. como he podido salvarme sería asunto largo. Por ahora lo que urge es volver á reunir mi tropa, y llevarla otra vez á la lucha, y enseñarla á cumplir con su obligación. Mas para esto necesito algunos

auxilios. Supongo me los proporcionará vd., amigo Galeana.

—Con mucho gusto. Pero antes nos es indispensable la orden del General en Jefe que está en Taxco. Yo no soy como vd. que á nadie se halla sujeto: reconozco la autoridad de Morelos (es un grande hombre á quien tendré mucho gusto que vd. conozca). Voy á darle mi mejor caballo, y hoy mismo podrá vd. hablar con nuestro renombrado caudillo.

Rubí tomó el camino de Taxco, y en la noche de ese mismo día se presentó á Morelos. Refirióle con exactitud todo lo que le había acontecido, é insistió en la petición de auxilio que ya tenía hecha ante Galeana.

—El asunto no es tan sencillo como vd. cree, manifestó Morelos. Porlier tiene fuerzas considerables en el Valle de Toluca: Galeana no sería bastante: tendría yo que moverme con todas mis tropas, y esto cuando á algunas leguas de Porlier se halla Calleja con un ejército victorioso en Zitácuaro, y con elementos de guerra tres veces superiores á los que tengo á mi disposición.

—Calleja no se moverá en auxilio de Porlier.

—¿Como puede vd. asegurarlo?

—Tengo aquí correspondencia interceptada que lo hace presumir. Porlier es de toda la confianza del Virey. La rivalidad entre Ca-

lleja y Venegas es cada día más pronunciada. Calleja dejará derrotar á todos los jefes que no sean exclusivamente obra suya. Trabaja en España por reemplazar á Venegas, y es natural que trate de hacer creer que la victoria sólo á él le pertenece.

—En todo caso, dijo Morelos, es negocio digno de meditarlo, y de consultarlo con la almohada.

Al día siguiente Rubí volvió á presentarse á Morelos; pero entonces éste había ya tomado su resolución, y entregó á Rubí un pliego dirigido á Galeana, previniéndole se pusiera incontinenti en camino rumbo á Tecualoya. Morelos se aprestaba á seguirlo.

Rubí se despidió muy agradecido, y volvió hacia el campamento de Galeana.

Para este denodado jefe ir á un combate era ir á una fiesta. Alistó desde luego su tropa, y se puso en movimiento.

En el camino encontró Rubí á la mayor parte de sus soldados dispersos, á quienes reprochó su cobardía, y les dijo iba á enseñarles á cumplir con su deber. Pidió á Galeana, como un singular favor, marchar á la vanguardia; y al llegar á Tecualoya se adelantó á la barranca, situada á alguna distancia del pueblo, para ser el primero que tuviera el gusto de saludar á los españoles.

—Amigo Rubí, le dijo Galeana; con sus

soldados acobardados no va vik á poder resistir. Quédese mejor conmigo en el pueblo, adonde voy á fortificarme.

Pero Rubí tenía frenesí por vengar su descalabro. Atacó con ímpetu á Porlier; mas volvieron Calderón y Michelena á atravesar la barranca, y los soldados de Rubí volvieron á huir, no obstante las maldiciones y los juramentos de su jefe. Afortunadamente la fuga se detuvo en el pueblo inmediato, el cual Galeana había ya cubierto de trincheras.

—¿No se lo dije, manifestó Galeana á Rubí. Ahora verá como aquí nada nos hacen aunque carguen con todas sus fuerzas.

Y en efecto, á pocos momentos se presentaron Calderón y Michelena; pero fueron recibidos con una lluvia de balas. Galeana acudía á todos los puntos, y afrontaba la muerte con calma en los sitios de mayor peligro. Al cabo de algún tiempo gritó á Rubí:

—Coronel; ahora es tiempo de saltar los parapetos, y de apoderarnos de las piezas.

Y aquellos dos valientes, seguidos de algunos soldados, compitieron en intrepidez, volviendo al perímetro fortificado con los cañones que estaban más próximos, después de haber dado muerte á los artilleros que los servían.

El golpe desconcertó de tal suerte á Porlier que ordenó desde luego la retirada, y á su

paso por la barranca abandonó las piezas que antes había quitado á los independientes.

Morelos venía á toda prisa, habiendo oído desde varias leguas el cañono sostenido por Galeana. Cuando llegó, el triunfo era completo; Porlier se retiraba hacia Tenancingo.—A seguirlo, dijo Morelos; á no darle momento de reposo: que vuelva á Toluca con su ejército destrozado.

Las fuerzas se pusieron luego en marcha. Porlier se había fortificado en Tenancingo, y allí resistió el asalto é hizo vigorosas salidas. Mas creciendo en furia el combate y no interrumpiéndolo la oscuridad, á las once de la noche incendió el jefe español las principales casas del pueblo, y abandonó Tenancingo con los restos de su división, dejando en poder de los independientes toda su artillería, el cadáver de Michelena, un gran número de prisioneros y considerable cantidad de pertrechos de guerra. Bravo marchó en persecución de los realistas; pero sin avanzar mucho, á causa de la fatiga de sus caballos. Porlier entró á Toluca en completa derrota, y conduciendo gran número de heridos.

—Amigo, dijo al día siguiente Galeana á Rubí, ya le encerramos al enemigo en Toluca: por cuenta de vd. queda el no dejarlo salir. Nosotros marchamos para Cuernavaca.

—¿Para Cuernavaca?

—Sí; parece que la intención del Jefe es ir á Puebla.

—Pues ahora si aseguro que Calleja les saldrá al paso.

—Le resistiremos en Cuautla, que está fortificando Don Leonardo Bravo.

—Le deseo feliz viaje, coronel; y nunca olvidaré que vdes. me han devuelto las dos cosas que más aprecio, mis soldados y mis cañones.

—Yo también deseo á vd. felicidades.

Y aquellos dos animosos jefes se estrecharon afectuosamente entre los brazos. Presumían tal vez, vistos los azares de la guerra, que jamás volverían á reunirse.

### XXIII.

Venegas recibió con mal humor la noticia de la derrota de Porlier. Dirigió enérgica nota á Calleja, reprochándolo por no haber dado auxilio. Pero el Virey olvidaba el poder que en tiempo de revolución tiene un general victorioso. Calleja contestó altivamente haciendo dimisión del mando, y aunque Venegas quiso reemplazarlo con el brigadier Irisarri, se opuso á ello la opinión casi unánime de los españoles de la colonia, y el Virey tuvo que ceder,

suplicando á su subordinado continuara al frente del ejército. Mas aun; tuvo que preparar en México una recepción brillante á su rival afortunado.

Mientras se alzaban en la capital arcos de flores para recibir al ejército del centro, llegó á la ciudad, custodiado por una numerosa escolta, el coronel Enrique Martínez, prisionero enviado de Chihuahua. Las graves atenciones y los muchos disgustos que tuvo Venegas en aquellos días, no fueron suficientes para hacerle olvidar una resolución que con anterioridad había formado; y á la tarde siguiente á la llegada de Martínez, el Virey se presentó en la casa de la Srta. Elvira Villanueva.

Elvira recibió á Venegas con dignidad y cortesía. En su rostro se marcaban las huellas del dolor: se la veía pensativa, con sus grandes ojos algo decaídos de su antiguo brillo, semejante al lirio inclinado sobre un zarzal de rosas que el sol moribundo atraviesa con su luz. . . .

Pasaron las primeras frases generalmente banales de toda conversación que comienza, y pocos momentos después descubrió el Virey el verdadero objeto de su visita. Se interesaba por el capitán Quintana, prisionero en Zacatula: estaba dispuesto á conceder la libertad á Martínez, si se obtenía la del capitán re-

ferido; pero como un cange se hallaba fuera de sus principios, pues no quería tratar de manera alguna con los insurgentes, y además temía los juicios desfavorables que sobre esto podrían formar los españoles de la colonia, proponía dejar que Martínez se evadiera secretamente, mediante la promesa que le haría Elvira de conseguir con Morelos la libertad de Quintana. Estas proposiciones fueron hechas con multitud de preámbulos y rodeos, que habían honor al talento diplomático de Venegas.

— Señor, contestó Elvira: conozco á Enrique, y no sé si aceptaría su libertad bajo esas condiciones. Pero todo puede arreglarse de otra manera: voy á hacer toda clase de esfuerzos para que Martínez pueda huir de la prisión, y agregó que espero lograrlo, no obstante cualquier vigilancia á que se le sujete, pues generalmente no hay imposible para las mujeres que aman. Si eso se realiza, esté vd. seguro que el capitán Quintana vendrá á México, como vinieron en tiempo de Hidalgo los coroneles Conde de Casa Rul y García Conde. Morelos estima mucho á Enrique, y no rehusará acceder á una súplica suya.

El Virey tuvo que conformarse con esta respuesta, y queriendo variar de asunto, habló á Elvira de las confidencias que Llamas le había hecho.

—El Sr. Llamas, replicó Elvira, pierde su tiempo: ya se lo ha indicado varias veces. Deseando que no insista más, aun he llegado á revelarles que amo á otra persona. Es una respuesta dura; pero á la cual me ha obligado con su tenacidad.

—¿De suerte que no quiere vd. ser de los nuestros? dijo el Virrey sonriéndose.

—Si lo fuera, Señor Virrey, no obtendría vd. lo que con tanto afán procura; repuso Elvira en el mismo tono.

Venegas se despidió, llevando de aquella conversación una impresión agradable, y por Elvira un sentimiento de simpatía profunda.

Y es que en la vida, cualesquiera que sean las circunstancias, la belleza ejerce dominio. No se puede dirigir la vista al sol sin admirarlo, ni se puede contemplar á una mujer hermosa sin sentirse atraído hacia ella.

## CAPITULO QUINTO.

### EL SITIO DE CUAUTLA.

#### XXIV.

Cuantla en el año de 1812 sufrió el sople de la tempestad y de la guerra, quedando sin

embargo en pié, como una fortaleza levantada por las manos de *La Libertad*. Su pequeño conjunto de casas desafió durante setenta días el fuego constante de los cañones enemigos. Si la sangre derramada junto á sus improvisados muros saltara de repente de la tierra que la absorbió, se enrojecería el río que corre en sus orillas; y con los huesos de los que murieron entonces podría formarse una pirámide ó una montaña.

El 13 de Febrero del año referido Calleja salió de México con el ejército del centro, acampando el 17 en Pasulco; el 18 hizo un reconocimiento en la loma de Coahuixtla, y quedó señalado para el día siguiente el asalto de la plaza.

Al frente de Cuautla se distinguía el brillo de seis mil fusiles: en todo lo que la vista podía alcanzar, el acero brillaba á lo largo de las líneas belicosas del ejército español. Allí estaban los mejores soldados sostenedores de la autoridad real; los que habían vencido en mil combates; los ceñidos con los laureles de Aculco y Calderón y con los más frescos aun de Zitácuaro. Oviedo se hallaba al frente de los patriotas de San Luis; el Conde de Casa Rul mandaba el batallón de Guanajuato; los granaderos y el regimiento de la corona imitaban en su actitud guerrera el porte de las legiones napoleónicas, y los escuadrones de Za-

mora. San Carlos, Tulancingo, España, Armi-jo y Morán, hacían caracolear sus caballos impacientes del freno, y ostentaban con orgullo el encendido color escarlata de las banderolas de sus lanzas.

Después de amanecer se dió la señal de combate, y aquel ejército se puso en movimiento. Una nube de humo envolvió pronto á la plaza de San Diego, nube que rasgaban como lenguas de fuego las descargas de la artillería española. Mas defendía aquel punto el bravo Galeana: sus soldados eran los mejores con que contaba Morelos; eran aquellos mismos negros de la costa que en Chichihualco habían parecido diablos á la tropa de Garrote, y que se hallaban también envanecidos por una larga serie de triunfos. El choque, por lo mismo, fué terrible: se peleó cuerpo á cuerpo: los combatientes, no pudiendo disparar sus fusiles, servíanse de ellos para golpearse con rabia. Al fin los realistas no lograron ocupar las trincheras, y se retiraron un momento, dejando entre los muertos á sus dos mejores coroneles, Oviedo y el Conde de Casa Rul.

Calleja, que venía en un coche á retaguardia, no podía creer las noticias que se le comunicaban. El se hallaba acostumbrado á vencer. Toma su caballo, y manda que se repita el ataque horadándose las paredes divisorias de las casas que forman ambas líneas de

la calle, para marchar cubiertos hasta la fuerte posición de San Diego. Los soldados del Rey entran en las miserables chozas matando á los habitantes pacíficos refugiados en ellas, no perdonando en su ciega rabia ni á las mujeres ni á los niños. Mas allí también encuentran á Galeana y á su sobrino Don Pablo que les salen al paso. El famoso cañón llamado "El Niño" y las granadas de mano enviadas á gran prisa por Morelos desde la plaza de Santo Domingo, producen destrozos en los asaltantes. Un joven de doce años, llamado Narciso Mendoza, ha seguido sirviendo la artillería de la trinchera, y ametralla á los grupos que corren á ocuparla. Todo nuevo esfuerzo es inútil. A las tres de la tarde escasea el parque entre los realistas; sus ataques han sido rechazados; varios de sus jefes superiores yacen tendidos en los alrededores de San Diego, y la sangre de cuatrocientos muertos y de mayor número de heridos tiñe la calle Real y los destruidos edificios que la circundan.

Calleja tiene entonces que ordenar la retirada: sus escarmentados batallones van á situarse á la Hacienda de Santa Inés. El general español se halla poseído de ira: destituye al coronel Jalón porque le dijeron se había ocultado tras una tapia, y toda la tarde se le ve pasearse con el semblante descompuesto,

los puños cerrados, y sus ojos arrojando relámpagos.

Vino la noche cubriendo con su negro crepón aquella escena de muerte. Calleja tuvo que retirarse á su habitación; pero le fué imposible dormir. Sentía en su cabeza un calor febricitante, su corazón latía con una rapidez convulsiva, y en vano daba vueltas en su lecho llamando al reposo: sus pensamientos se oprimían en su espíritu cual olas agitadas. Al fin se levantó y salió al campo donde millares de hombres dormían extendidos sobre la tierra: nada tenían para apoyar su cabeza, más numerosos eran sus peligros, más penosos sus trabajos, y sin embargo disfrutaban tranquilamente del sueño, mientras él erraba en su vigilia dolorosa, teniendo envidia á aquellos á quienes su vista contemplaba.

Sintió su alma descargarse un poco ante la frescura de la noche. Era la una de la mañana. El aire algo frío hería su rostro con el soplo balsámico recogido entre aquellos campos de caña: al frente se hallaba la pequeña villa contra cuyos fuertes conventos se habían estrellado aquel día los aguerridos batallones del ejército, distinguiéndose los campanarios á la luz de la luna, cual si fuesen centinelas gigantescos encargados de la defensa: más allá, la vista de Calleja descubría la loma de Coahuixtla, donde el día anterior próximo ha-

bía estado á caer prisionero Morelos. ¡Cuanta diferencia en veinticuatro horas! la tarde del 18, el caudillo insurgente se había visto rodeado de enemigos, salvándose por la abnegación de su escolta y por el temerario arrojó de Galeana, y ahora se encontraba victorioso en Cuautla, victorioso de las mejores tropas de Nueva-España, victorioso del que siempre había triunfado y que por sus señalados servicios esperaba pronto el mando superior de la colonia.

La cúspide de los volcanes distinguíase á lo lejos, coronada de una nieve inmutable y eterna que habían raspado mil estíos, y que no se fundía como el hombre ante la mano del tiempo. Aquel velo blanco saludaba la mirada del general español desde sus almenas rocallosas; velo al parecer ligero y frágil, pero el cual continúa brillando mientras la torre viene abajo y el árbol se rompe. En uno de esos volcanes la nieve tiene la forma de una mujer tendida, cubierta con un blanco sudario: se diría que es un paño mortuorio arrojado sobre la Libertad, al ser sepultada en una tierra amada, donde su genio profético ha hablado varias veces por la voz de los grandes hombres. A la derecha é izquierda de Calleja extendíanse los campos de Buenavista, en los que pronto iría á colocar su tienda de campaña,

y las famosas lomas de Zacatepec que luego ilustrarían las hazañas de Matamoros.

Calleja tomó la dirección de Cuautla; pero presto tuvo que variar de camino. A cada paso su pié tropezaba con cadáveres, cuyos miembros devoraban perros hambrientos. Un grupo de estos animales percibió á alguna distancia, los cuales roían perezosamente los huesos de los muertos, y apenas podían levantarse del lugar del festín, ¡tan ampliamente habían reparado un largo ayuno á expensas de aquellos que habían caído y que les servían esa noche de banquetes! Los buitres igualmente habían acudido allí, batiendo sus alas y picoteando los cuartos de caballo, mientras que un lobo venido de las montañas inmediatas tenía á alguna distancia, retenido por la presencia de los perros, y apenas se atrevía á tomar parte en aquel gran convite de carne humana.

La ferocidad de Calleja habríase excitado, si todos cuerpos allí destrozados hubieran sido de insurgentes; pero eran de sus oficiales más distinguidos, de sus continuos acompañantes, de aquellos á quienes el día anterior había estrechado la mano y animado para el combate, excitándoles su pundonor, su vanidad ó su ambición. Si el jefe ibérico hubiera sido capaz de un remordimiento, tiempo era aquel oportuno

tuno para tenerlo. Mas lo que quiso fué quitar de su vista un espectáculo repugnante, y cambiando de rumbo, tomó la dirección de los campos de Buenavista.

Hizo un largo paseo: tenía necesidad de él su espíritu agitado. Por último, rendido de fatiga, sentóse sobre una piedra, y pasó la mano sobre su frente en actitud de un hombre sumergido en una meditación profunda. Bajó la cabeza sobre su pecho ardiente, agitado y oprimido; sus dedos erraron convulsivamente sobre sus sienes, como la mano que se pasea sobre el teclado sonoro para preludiar el aire que quiere encontrar. Mientras estaba así absorto en su negra tristeza, ha escuchado un gemido. ¿Es el viento el que ha exhalado esa voz plañidera que ha llegado hasta él? Ve las yerbas, y no hay en ellas ningún movimiento; dirige la vista á los árboles, y ni una hoja se balancea. ¿De donde puede provenir ese ruido que subitamente lo ha interrumpido en sus reflexiones? Vuelve la cabeza hacia la izquierda, y sus ojos no se engañan: allí se halla sentada una mujer.

Calleja se estremece con un terror más grande que si un enemigo estuviera á su lado.—¡Santo Dios! ¡que veo! exclama. Su mano temblorosa no puede hacer la señal de la cruz. Dirige la vista hacia el espectro. Es una mujer bella, de talle gracioso: los colores

de la rosa están aún sobre sus mejillas; pero mezclados á tintes menos vivos: no hay encanto en sus labios, de los que ha desaparecido la sonrisa que anima su encarnado: el océano en calma tiene menos azul que sus grandes ojos; pero se hallan inmóviles como las frías olas: un vestido ligero deja á descubierto el seno resplandeciente: por entre la negra cabellera, que cae sobre los hombros, se perciben los brazos desnudos, blancos y redondeados; pero las manos son tan palidas y transparentes, que levantadas hacia el cielo, al través de ellas se habría podido contemplar la luna.

—He abandonado mi reposo, dijo aquella aparición, para venir á ver al que amo más en el mundo, á fin de que sea feliz. Soy la diosa de la guerra, el genio de la destrucción, como quieras llamarme. Por tí centenares de víctimas se sacrifician continuamente en mis altares. Vengo á animarte, á decirte que no desistas de tu propósito, cuando tan cerca estás de obtener resultado.

—¿Obtener resultado! ¿tratas acaso de burlarte, aparición misteriosa? ¿No sabes que me hallo en derrota? ¿Qué mis mejores batallones están hechos pedazos? ¿Qué los jefes de mi mayor confianza han muerto? y esto en momentos en que Venegas espía mis acciones, para comentarlas desfavorablemente y arrojar sobre mí el desprestigio. Los celos y la envi-

dia son terribles. Estoy perdido, perdido sin remedio; y jamás podré obtener el bastón de Virey, que en mis sueños calenturientos, creía tener ya en mis manos.

—No exajeres: tus batallones destrozados son todavía capaces de grandes esfuerzos, é imponen al enemigo. ¿Ves aquellas luces en Cuantla? son las de la habitacion de Morelos. En estos momentos discute con sus jefes si será oportuno atacarte. El intrépido Galeana sostiene la afirmativa; pero se oyen pareceres más prudentes que retendrán al General en Jefe: tus soldados son aún mucho más numerosos que los de ellos; tu artillería es superior. Que se lleven de todas partes víveres á la plaza y que se continúe allí la resistencia, es la opinión que domina.

—Y esa opinión es la mejor: no puedo dar un nuevo asalto sin sufrir un nuevo descalabro.

—Pero circunvalarás la villa, y la reducirás por hambre.

—No tengo para ello tropas suficientes.

—Mandarás llamar las de Llano, quién no ha podido tomar á Izucar, y se hallará encantado de que tú lo saques del compromiso.

—Venegas no me secundará en mis determinaciones; me economizará pertrechos y recursos; me pondrá en la imposibilidad de llevar á cabo el asedio.

—El Virey, aunque poco amigo tuyo, es al fin español, y conoce además su propia conveniencia. El triunfo de Morelos sería la pérdida de la colonia: tú eres el único que lo defiende para llegar á México, y si tú quedaras destruido, Morelos no retrocedería como lo hizo Hidalgo. Los recursos todos del virreinato van á estar á tu disposición. Venegas disolverá tu ejército, te impedirá que obtengas nuevos triunfos.... pero eso será después que hayas tomado á Cuautla.

—Va á llegar á la estación de aguas, y mis soldados se enfermarán en este clima á que no se hallan habituados.

—Antes que eso suceda has tenido tiempo para tomar la plaza: los que la defienden no podrán acopiar provisiones ni aun para dos meses.

—Los insurgentes que se encuentran en otros puntos harán toda clase de esfuerzos para introducir víveres.

—Hay tropas que pueden oponerse á todos ellos. En fin, hombre sin fe, ¿no crees en la protección del cielo? mira la palma que distinguiste en Zitácnaro; allí está, en esa nube que va á opacar la luna: ella te anuncia la victoria.

Calleja levantó los ojos al cielo; pero no vió la nube de que se le hablaba: lejos de eso, la

luz de la luna cayó de lleno sobre su rostro. Cuando volvió la vista para continuar la conversación interrumpida, la joven misteriosa no se hallaba en su sitio. ¿Había desaparecido bajo tierra ó se había desvanecido en el aire? Pronto sintió Calleja una mano sobre su hombro: aunque la impresión fuese ligera, le produjo un estrechimiento súbito hasta en la médula de los huesos, estremecimiento que le heló el corazón, y lo puso en la imposibilidad de moverse. Jamás el contacto de una mano había llevado á su alma el sentimiento de terror que experimentó entonces, al sentir sus venas enfriarse bajo el contacto de aquellos dedos delgados, largos y blancos. El calor ardiente de su frente desapareció; su corazón quedó mudo y como petrificado. Cayó sobre su espalda, y al caer pudo contemplar de cerca el rostro del fantasma: era blanco y pálido, no iluminado por el rayo de la inteligencia; con labios teniendo la calma y la inmovilidad de la muerte; sin aliento ni respiración, como si el curso de la sangre estuviera suspendido en las arterias. Aunque los ojos brillasen, los párpados estaban inmóviles; y su mirada era vaga y fija, como la de un sonámbulo marchando en su sueño inquieto, ó como las figuras de una tapicería, las cuales, al vacillante resplandor de una lámpara que se apaga, parecen animarse y que van á descender de

los muros sombríos desde donde sus imágenes nos amenazan.

Calleja quedó sin sentido. Cuando volvió en sí, la noche había pasado; la aurora se desprendía, ligera y brillante, de su manto de vapores: se oían á lo lejos las trompetas y tambores del ejército, los relinchos de los caballos y el ruido confuso de la multitud que empezaba á ponerse en movimiento. El general realista regresó pensativo á Santa Inés. ¿Lo que le había pasado era realidad ó sueño? ¿se había quedado dormido sobre la piedra y había sufrido allí una horrible pesadilla? En todo caso lo que había visto le indicaba lo que tenía que efectuar. Tomó sin vacilación la pluma, y puso al Virey el siguiente oficio:

“Cuautla debe quedar demolida como Zitácuaro, y si es posible, sepultados los facciosos en su recinto. Para esto necesito infantería, cañones, víveres, pertrechos y tiempo. V. E. resolverá lo que deba ejecutar, en concepto de que en el entretanto me mantendré en las inmediaciones más próximas en que halle subsistencias.

Calleja, al escribir lo anterior, había tenido presente el *Delenda est Carthago* del viejo romano. Venegas le contestó mandándole la división de Llano, la artillería de Perote, y todos los recursos en hombres, víveres, municiones y dinero que encerraba la capital de

Nueva-España. Nunca una comunicación ha tenido mejor resultado, y Calleja podía estar satisfecho de haber seguido las indicaciones del fantasma, exornándolas con una reminiscencia histórica, á las cuales era muy aficionado.

## XXV.

Quince días después de los sucesos que acabamos de referir, Damián dormía profundamente en Cautla.

Sonaba que San Pedro estaba sentado en la puerta del cielo, con sus llaves un poco emmohecidas, y con la cerradura algo resistente por lo poco que se había usado desde hacía algún tiempo. Veía salir de esa puerta á un ser de luz poderoso y bello, radiante de gloria como un pabellón que flota victorioso después de una batalla de la cual el imperio del mundo ha sido el precio. Era el arcángel Miguel, ante el cual los querubines y los santos se inclinaban, que salía á debatir con Satanás un gran proceso. A pocos instantes presentábase el espíritu del mal, con alas parecidas á nubes encerrando el rayo, con frente semejando el mar agitado por la tormenta, con pensamientos feroces é impenetrables que grababan

sobre su faz una eterna cólera, y con mirada que oscurecía el espacio.

De repente se oyó una detonación que ensordeció á Damián, y todos los objetos de su habitación volaron por el aire hechos pedazos. Damián, que se juzgaba en el otro mundo, creyó de pronto que alguna astucia de Satanás había logrado derribar la puerta del cielo; pero, abriendo los ojos, pudo cerciorarse de que se hallaba en su alcoba de la ciudad de Cuantla, aunque había desaparecido todo lo que le rodeaba, y únicamente estaban en su sitio él y su colchón tendidos sobre el entarimado.

Pronto sintió un gran olor de pólvora, y distinguió pedazos de hierro esparcidos en varios lugares del cuarto. Tomó uno de ellos, aun caliente, y reconoció el casco de una granada. El alma le volvió al cuerpo cuando comprendió que se trataba tan solo de un peligro terrestre. La figura de Lucifer, en el sueño, lo había impresionado de tal modo, que prefería entenderse con los cañones de Calleja.

Recogió los cascos de granada, y refirió á Morelos lo que le había ocurrido. Eran los momentos en que las municiones comenzaban á escasear en Cuantla, y al general en jefe se le ocurrió inmediatamente la idea de utilizar los proyectiles enemigos, ofreciendo una gra-

tificación á todo aquel que, á ejemplo de Damián, recogiese las bombas, las balas ó las granadas que constantemente llovían sobre la población.

Este mandato superior despertó desde luego los instintos financieros del antiguo sacristán. Organizó un ejército de muchachos, á quienes enseñó á arrojarse al suelo y pegarse á tierra en el momento en que un proyectil estallaba, apoderándose después de sus fragmentos. La tesorería del ejército tuvo que desembolsar una buena cantidad; mas, en compensación, el hierro y el plomo mandados por los españoles, les eran sin demora devueltos.

Aquel ejército formado por Damián progresó en breve tiempo: abundaba allí el dinero, que con frecuencia se ha dicho, es el nervio de la guerra. Pero el diablo, que en todo se mezcla, introdujo su cola en aquel asunto, y el porvenir que Damián tenía de llegar á ser millonario cayó, como un castillo de naipes, ante la indisciplina de sus soldados.

Entre los jefes de partida que había creído necesario nombrar el ex-sacristán se encontraba un sobrino de Morelos; muchacho de once á doce años, emprendedor, arrojado, y muy consentido por su tío, lo que le daba gran ascendiente entre sus compañeros. Una noche, mientras todo estaba tranquilo en

Cuatla, se oye un gran estruendo de fusilería y cañonazos en el campo español: los tambores y clarines resuenan cerca de las murallas, se lanzan gritos. . . . los centinelas de las fortificaciones permanecen sin embargo impasibles, no importándoles un bledo el ruido que se escucha á su frente. Son los muchachos que han salido á desvelar á Calleja, y que provistos de tambores y trompetas, y haciendo oír en varias direcciones los sonidos marciales del ataque, han hecho creer á las tropas realistas que los defensores del pueblo los asaltan por todos vientos.

Otro día aquel pequeño ejército carga á pedradas contra un dragón enemigo que se acerca á la plaza, y lo toma prisionero. En otra ocasión, improvisa una fiesta casi al frente de las baterías españolas. Todo esto podía pasarlo Morelos: mas remitidos á la prisión algunos muchachos por actos de insubordinación, el sobrino del general, con ayuda de su tropa liliputiense, da de palos al alcaide y pone en libertad á los detenidos.—¿Quién hizo eso? preguntó Morelos con cólera.—El niño, le contestaron. . . . . No se hallaba capaz de ejercer actos de rigor contra su sobrino, y se redujo á ordenar se disolviese el batallón, arrestándose á Damián, jefe de él, para que otra vez tuviera mayor cuidado y acierto en la elección de sus subordinados.

## XXVI.

Mes y medio llevaba Cuautla de estar circunvalada, sufriendo constantemente el fuego de los cañones y morteros, sin que decayese el ánimo de sus defensoras. Calleja dispuso entonces cortar el agua de Juchitengo, que abastecía á la población de ese elemento indispensable de vida, y el batallón de Lovera dió cumplimiento á esta orden, terraplenando en un gran trecho la zanja que servía de lecho al agua, y dando otra dirección á la corriente. Morelos comprendió el inmenso daño que acababa de hacersele, y mandó á Galeana que en la mañana siguiente construyera un fortín, que asegurase para siempre el abastecimiento de la villa.

Los soldados españoles se hallaban formados en círculo alrededor de la toma de agua, reflejándose sobre la onda móvil el brillo de sus armas, cuando de improviso una viva luz que se desprende del bosque contiguo, hace centellear sus rayos oblicuos. Es el fuego de fusilería de las fuerzas independientes. Galeana va á su cabeza, con esa mirada que hace temblar á sus enemigos en el combate; héroe ilustre á quien ha confiado el general en jefe el remedio para la sed ardiente que se

experimenta dentro de la plaza. Los realistas ceden ante su arrojo. Galeana aprovecha el instante para avanzar con su tropa, é inmediatamente levanta, á la vista y bajo los fuegos de sus adversarios, un fortín artillado con tres piezas.

Concluido aquel acto de audacia, al volver Galeana al pueblo, Morelos prepara en su obsequio un pequeño festín, bajo la sombra deliciosa de una tupida enramada. Se quiere que la rosa toque con sus caricias la frente del héroe; se manda traer el poco vino que hay en la población, y los jefes brindan por tres veces en honor de su valiente compañero. Estas fiestas campestres se repiten en lo sucesivo allí mismo: en el terreno próximo al reducto, al alcance de las balas enemigas, se organizan bailes y *jamaicas* á los que concurren jefes y soldados. La música da al viento sus alegres acordes, todo es regocijo y animación, y los disparos de los cañones realistas son recibidos con aclamaciones y vivas á la independencia.

En una de las primeras noches del mes de Abril, Morelos atacó denodadamente el fortín del Calvario, lugar importantísimo para los sitiadores. Calleja tuvo que enviar grandes masas de tropa para sostener aquel punto. Ya antes el caudillo insurgente había recibido la noticia del descalabro sufrido en *Mal País* por Don Miguel Bravo, á quien se había

encargado proveyese á la plaza de los víveres que escaseaban. En vista de tales sucesos, Morelos llamó á uno de sus más ameritados oficiales, el cura Matamoros, y tuvo con él la conversación siguiente:

—Ya ve vd., le dijo, que el hambre, esa sinistra y eterna compañera de la guerra, se hace sentir dentro de Cuautla. Es preciso salir á traer provisiones, y pienso tomar parte personalmente en esta expedición, poniéndome al frente de tropas escogidas.

—Señor, replicó Matamoros, hay absoluta necesidad de que vd. permanezca dentro de la plaza. La confianza no se impone, y todos la tienen únicamente en vd.

—Pero ¿qué vamos á hacer? Sabe vd. que las madres ven con sombría desesperación morir á sus pequeñuelos, porque sus pechos no son ya manantial de vida: el alimento más ingrato se compra á peso de oro; se comen ranas, lagartijas, iguanas, ratones, y hasta trozos de cuero.....

—Un soldado no debe solicitar servicio. Sin embargo, como tal vez sea lo de mayor peligro, si vd. me considera digno de esa comisión importante, yo saldré á traer bastimento.

—Y ¿por donde podrá vd. forzar el círculo de hierro que nos oprime?

—Por el rumbo de Santa Inés.

—¿Necesitará vd. mucha tropa?

—Cien dragones, con el coronel Perdiz.

—Muy bien: voy á expedir las órdenes convenientes. Esta misma noche, si está oscura, procurará vd. arrollar las líneas enemigas.

Y en efecto, en la noche Matamoros rompió el sitio, yendo á reunirse, no lejos de Ocuituco, con las fuerzas que mandaba Don Miguel Bravo.

## XXVII.

La noche sombría reinaba: los soldados insurgentes reunidos por Matamoros en el pueblo de Tlayacac comenzaban á abandonarse á las dulzuras del reposo, y sólo algunas guardias velaban por la seguridad del campamento. En Cuantla los sitiados construían nuevas fortificaciones, cerraban las brechas practicadas por la poderosa artillería de Calleja, fabricaban proyectiles, y se esforzaban en atender á los numerosos heridos que llenaban los hospitales.

De repente una gran claridad se distingue en el horizonte. Son los soldados de Matamoros que anuncian, por medio de una fogata encendida en la altura, que al día siguiente tratarán de introducir el convoy de

viveres que vienen custodiando. Se han reunido provisiones de todos los alrededores, y á la verdad que estos van siendo cada día más indispensables en la villa sitiada. La peste causada por los malos alimentos y por el exceso de bebida, pues el aguardiente es lo único que abunda, ha producido ya fuertes estragos.

Morelos da orden de que se secunden con vigor los trabajos de Matamoros. En la mañana siguiente, á los primeros disparos que se oigan, un cuerpo de dos mil hombres saldrá inmediatamente de la plaza, y atacará con ímpetu los puntos ocupados por las tropas de Llano, próximos al reducto de Zacatepec.

Mientras tanto en el campamento de Tlayacac, cuando avanzando la noche habia ya esparcido sus adormideras vertiendo la necesidad de descanso, dos hombres relusaban sus párpados al sueño, y se entregaban á una conversación animada é interesante:

—¡Qué! decía uno de ellos, ¿podemos indiferentes dejar sucumbir á esos héroes que han triunfado el 19 de Febrero, y que sobre montones de ruinas desafían á todo el poder español? Nuestros brazos deben ir á salvar esos estandartes gloriosos que ondean á lo lejos. Si la suerte se opondrá á nuestro intento, si en ese proyecto atrevido es preciso perder la existencia, por lo menos habremos cumplido con

nuestro deber, y la Patria honrará algún día nuestro sacrificio.

—Coronel Rubí, contestó Matamoros, así me gusta ver á los que me acompañan. El valor reconocido de vds. va á ilustrarse mañana con nuevas proezas; pero que mis jefes y oficiales sepan que yo compartiré con ellos el honor y el peligro. Vd. queda encargado de la vanguardia: ya sabe los puntos que debemos atacar, Amelcingo y Barranca Hedionda. Se encontrará vd. allí con el batallón de Lobera.

—A esos soldados, que vienen orgullosos con sus laureles recogidos en España, es preciso hacerles comprender que aquí sabemos batirnos.

—Ya Guerrero y el padre Sanchez han comenzado á quitarles el brío en Izucar.

—Yo mañana me encargo de probarles que sus victorias no nos infunden temor.

—A la energía de vd., coronel, queda confiado el buen éxito. Si logramos introducir víveres en Cuantla, el asedio se prolongará, vendrá la estación de aguas, y las enfermedades acabarán con el ejército sitiador. De vd. depende la suerte del país. Por ahora vaya á descansar, que bien va á necesitarlo.

Rubí se retiró: su alma se hallaba inflamada de esperanza y entusiasmo. Entró en su tienda de campaña, despojándose allí de sus

vestidos y de sus armas, y recostándose sobre un angosto lecho. El negro cinturón de su sable, colocado cerca de su cabeza, parecía ceñirlo con una banda fúnebre.

Mucho antes de amanecer las tropas estaban ya dispuestas, y Rubí, colocado á su frente, dió la orden de marcha. Protegida por las últimas sombras, la vanguardia salvó pronto la distancia que la separaba del ejército español, presentándose ante el campamento de Llano; pero las avanzadas realistas habían escuchado el avance, y arrojando el grito de alarma, habían conseguido que todos despertaran y se armasen. A la vista del enemigo el valor de los independientes no reconoció límites, y se tornó en furor. Así como de lo alto del cielo el rayo serpenteando parte, resplandece, resuena y cae al mismo tiempo; así los insurgentes destruyen en un solo instante las líneas realistas, y con el sable en la mano persiguen sin descanso á los soldados de Lobera, cuyo jefe considera su batallón perdido por completo. Mas un espía ha comunicado á Calleja el punto por donde iba á verificarse el ataque, y Rubí es pronto detenido en su triunfo por las fuerzas reunidas de todo el ejército sitiador. El, á pesar de eso, no es capaz de intimidarse. Un torrente de fuego y humo se eleva en los aires, remolinea con gran ruido, y cubre con un denso velo lo que ocu-

re entre los contendientes: á ese estrépito horrible, á esas olas de luz que se distinguen, ocurre Matamoros con todas las tropas que lo siguen: los jefes mandados por Morelos vienen también á tomar parte en la lucha. Por todas partes se escucha el ruido de las detonaciones y el choque de los sables; arroyos de sangre tiñen el suelo; y ante aquella general hecatombe, huye espantada la noche sobre su carro de ébano.

Cuatro horas duró el combate, al cabo de las cuales Matamoros se vió obligado á ordenar la retirada. Verificóse ésta en buen orden, volviendo el ejército á cruzar las barrancas de Tlayacac, que había atravesado en la mañana lleno de esperanza. Matamoros caminaba triste y preocupado. No había podido cumplir el encargo de Morelos, y además se había visto forzado á abandonar á su teniente, oyendo aún á lo lejos el fuego nutrido que sostenía con el enemigo.

Rubí, en efecto, había quedado cortado. Ocupado al principio en perseguir á los soldados fugitivos de Lobera, luego que tuvo en su contra todo el ejército sitiador, quiso retroceder á reunirse con Matamoros; pero Calleja previó el movimiento, y había interpuesto entre los dos jefes una gruesa masa de sus mejores tropas. Rubí quedó expuesto por todas partes á peligros innumerables: el tumulto

to confuso de la batalla le hizo creer por algún tiempo que podría escapar á aquella situación difícil, y unirse al general en jefe después de un largo rodeo: cuando este proyecto se hizo irrealizable, quiso romper el círculo de hierro que lo cercaba, y tomar su rumbo conocido de Tecualoya. Pero los españoles lo seguían sin tregua: lo habían visto destrozarse, al frente de sus tropas, al batallón escogido de Lobera, y desde ese momento, pegados á sus pasos, las miradas de los jefes no lo abandonaban. Cansado al fin de esta persecución continua, resuelve hacer un último esfuerzo, y se lanza impetuoso sobre sus adversarios.

Sus soldados habían ya adquirido la costumbre de los combates, y no eran capaces de abandonarlo, como lo habían hecho en otra ocasión, en el ataque mandado por Michelena. Con ellos se dirige veloz sobre los escuadrones que le cierran el paso. Cada golpe dirigido es un golpe seguro; por donde quiera el hierro penetra, dejando una herida. Así como apaciguados los vientos que levantaban las olas, el mar borbota aún, obedeciendo sus ondas agitadas al movimiento que las ha atormentado; así aquellos enemigos fatigados y sangrientos, aunque ya el acero pese á sus manos, se destrozán el uno al otro. Por último, el camino de salvación está abierto; mas Rubí ha recibido sobre su pecho la punta

mortífera: el hierro ávido ha bebido la sangre del guerrero. Apenas puede sostenerse en el caballo; sus rodillas languidecientes son incapaces de detenerlo. Al fin cae, ordenando á sus soldados lo conduzcan hacia Tecualoya, á la habitación de Jacinta.

Cerca de allí saltaba un manantial límpido, que se escapaba de la montaña árida. Los soldados llevan agua para refrescar la herida: después improvisan una camilla con fusiles y con ramas. Al día siguiente, cuando el sol tocaba al occidente lejano y coloraba la tarde con las claridades de la mañana, encuentran sobre el camino una mujer, cuyo seno tembloroso palpita de espanto y de amor. Los detiene, se precipita sobre la cama improvisada que conducen; y cuando percibe esa frente ensangrentada en que la palidez respeta á la belleza, jadeante, perdida, rodea y oprime con sus brazos al objeto de su ternura, lo cubre de besos y de lágrimas, y manda se conduzca al herido á su morada, donde ella va á encargarse de devolverle la vida.

## XXVIII.

La situación de Cuatla era insostenible después de haberse perdido toda esperanza de

proveerla de víveres, con el descalabro sufrido por Matamoros.

Calleja creyó que era llegado el momento de que los sitiados se rindiesen, y pasó á Morelos, por medio de un oficial parlamentario, el bando de indulto concedido por las Cortes de España.

Pero Morelos no pensaba en rendirse, sino en romper el sitio. Devolvió el bando al general realista con estas irónicas palabras escritas en el reverso: "Otorgo igual gracia á Calleja y á los suyos."

El dos de Mayo de 1812, á favor de una oscura noche, emprendió Morelos su salida, llevando Galeana la vanguardia con la mejor infantería. La columna se dirigió en el mayor silencio por la caja del río, rechazó sesenta granaderos que defendían el espaldón que la cruzaba, salió por allí al camino de la Hacienda de Guadalupita, y se dispersó por los diversos pueblos situados en la extensa falda del Popocatepetl.

El ejército español pudo entrar entonces á Cuautla; mas no encontró sino una población de espectros. El hambre y la miseria se veían en todos los semblantes: la peste había añadido sus desastres, y las casas se hallaban llenas de enfermos y con cauíveres quē no había quien sepultara. Los mismos soldados realistas cterneciéronse, y cedieron su rancho

á aquellos infelices, para muchos de los cuales, en el estado de desfallecimiento en que se encontraban, el alimento era veneno, pues luego que lo recibían quedaban muertos.

Así mostró Cuautla su decisión por la causa de la independencia, pudiendo ser colocado el sitio que sufrió entre los dignos de ser recordados por la historia.

## CAPITULO SEXTO.

### PRINCIPALES ACONTECIMIENTOS HASTA LA TOMA DE OAXACA.

Una mañana de estío, cuando el alba en su carro diligente apenas se rodeaba con su velo de plata, en la plaza principal de una pequeña villa de la provincia de Oaxaca, se veía levantado un pequeño altar; y el sacerdote, con un largo vestido resplandeciente de blancura y con la cruz en la mano, se hallaba dispuesto á presidir una procesión, con cuya ceremonia iba á terminar una novena dedicada al *Señor de los Corazones*, imagen que se veneraba en aquel pueblo.

El cura abría la marcha, é iban detrás en dos líneas varios sacerdotes y acólitos, cuya

voz suplicante formaba un doble concierto, que se prolongaba y se perdía á lo lejos. Seguía el jefe militar precediendo á sus soldados: el pueblo venía en seguida y cerraba el cortejo. A los cantos solemnes y piadosos de toda aquella multitud, el clarín de los combates no se atrevía á mezclar su voz. ¡Era á vosotros á quienes en ese momento se dirigía la plegaria, Rey del mundo y del cielo, autor de la luz, Verbo encarnado, Espíritu Santo figurado por lenguas de fuego! ¡á tí, hija de David, madre de Dios! ¡á vosotros, centinelas del cielo, querubines, tronos, virtudes y arcángeles! ¡á vosotros cuyo fervor no conoció límites, apóstoles de la fe, héroes religiosos que esparcistéis vuestra sangre martir! ¡á vosotras, virgenes angélicas, que con la frente coronada de rosas, saboreáis con justicia las dulzuras del eterno Edén!

Así caminaban aquellos guerreros, en orden y desplegando sus filas solemnes. Marchaban por toda la población. Sus cantos hacían resonar los valles inmediatos, las grutas cercanas: se diría que los bosques y las rocas se animaban de repente al ruido de esos acentos, y que, de ecos en ecos, prolongaban con voz enternecida los tonos de aquella oración entusiasta.

Trujano, así se llamaba el jefe militar, se hallaba asediado en aquella plaza por las tro-

pas vireinales. Ihan trascurridos ciento cinco días de sitio, y Huajuapam se sostenía aún: los víveres se habían agotado, las municiones escaseaban..... pero todo lo esperaba el jefe de la protección divina.

Siempre había sido de un carácter eminentemente moral y religioso. Cuando el levantamiento del ilustre Hidalgo en Dolores, era Trujano arriero: su corazón latió ante la idea de la independencia; pero tenía deudas que no pudo satisfacer ni con la venta de todas las mulas y enseres que le pertenecían, y redobló entonces su trabajo, y sólo después de cubiertas sus cuentas creyó poder dedicarse al servicio de la Patria. En pocos meses había adquirido grande influencia y prestigioso nombre en la Mixteca, concurriendo á los ataques de Yanhuitlán, notables, no ya por el valor personal común á todos los insurgentes, sino por la pericia, tino y acierto con que fueron dirigidos.

La procesión había recorrido el pueblo y vuelto al punto de partida. El cura, revestido entonces de los ornamentos propios para la misa, había comenzado ese divino misterio en el que, á la voz de un mortal, la víctima sin tacha desciende y se inola para salvar al mundo. El incienso humeaba junto al crucifijo; las lámparas arrojaban una claridad dudosa, que contrastaba singularmente con las prime-

ras luces de la mañana; los jefes meditaban, sumergidos en un santo recogimiento; más lejos, la multitud de soldados oraba de rodillas. De improviso un grito resuena en el campo enemigo. Alarimado por ese ruido súbito, Trujano corre el primero hacia las fortificaciones; pero se encuentra sin adversario que lo provoque. Son, por el contrario, los españoles los que defienden el acceso de su campo, sufriendo del otro lado de la plaza un ataque impetuoso. Trujano no duda ya del milagro hecho por el *Señor de los Corazones*; manda á sus tropas saltar las murallas y precipitarse sobre el enemigo. Cuando llega al lugar del combate, la tierra tiembla, un globo de humo hace palidecer la luz, los gritos belicosos de los héroes resuenan en medio de la lucha. Se distingue á Galeana arremetiendo con sus intrépidos costeños las posiciones de Caldelas; á Bravo lanzándose furioso sobre las posiciones de Esperón; á Guerrero atacando otro punto importante de la línea. Trujano, á su vez, carga sobre el campamento de Régules. Después de algunas horas de sangrienta pelea, el triunfo se declara al fin por los independientes: Caldelas ha caído atravesado de un lanzazo; Régules y Esperón escapan á uña de caballo. Una hora más tarde, Morelos entra victorioso en Huajuapam, á los gritos entusiasmados de la multitud.

La fiesta vino á turbarla Damián, el ayuda de cámara de Morelos.

No cesaba de decir que la victoria se debía á Nuestra Señora del Carmen.

—Al Señor de los Corazones, replicó uno de los soldados de Trujano.

—No seas animal, insistió Damián. ¿no ves que el triunfo ha sido en Julio, y en este mes no se celebra al Señor de los Corazones.

El soldado, por única respuesta, sacó su sable y acometió á Damián.

Este, á su vez, desenvainó el machete. Varios soldados intervinieron, y llevaron á los contendientes ante Trujano.

Informado el jefe del motivo de la reyerta, condenó á Damián á ser apaleado, por haberse atrevido á disputar el milagro al Señor de los Corazones.

Pero Morelos intervino, y obtuvo la conmutación de la pena. Damián entregaría diez pesos, para que se hiciese una nueva novena, en desagravio, á la imagen del pueblo; iría en peregrinación á la iglesia, entrando en ella de rodilla; y se construiría á su costa un retablo, en el que debía aparecer el ex-sacristán dándose golpes de pecho, y en actitud arrepentida y contrita.

Todo esto tuvo que hacerse sin dilación porque Morelos, después del triunfo en Hua-

juapam, había determinado trasladarse á Tenhuacán.

## XXX.

Mientras tanto que ocurrían los acontecimientos anteriores, Enrique Martínez se hallaba en una de las cárceles de México. Su alma había desafiado al terror durante aquel periodo de incertidumbre en que, prisionero en Chihuahua, cada hora podía atraer la muerte, cada paso que escuchaba podía ser el del hombre encargado de conducirlo al suplicio, y cada sonido que llegaba era tal vez el último que hería su oído. Mas pasados aquellos instantes en que el temor no tuvo dominio alguno sobre su carácter privilegiado, la prisión arrojó sobre su espíritu sombras bien marcadas de tristeza. Y en efecto, verse cargado de cadenas en una cárcel solitaria, languidecer en presa á todos los pensamientos contrarios que vienen á asaltar el ánimo, quedar faz á faz con el propio corazón, contar las horas que trascurren lentas y perezosas sin un amigo que nos oiga y con enemigos dispuestos á amargar las escenas de nuestro drama, verse separado quizá para siempre de la mujer á quien se adora, son torturas más que

mortales que debían sufrir los privados de libertad, y eran las que experimentaba Martínez al verse arrojado sobre las baldosas frías de su calabozo.

Sus pensamientos eran dolorosos y sombríos: no obstante, el mismo orgullo que había guiado su brazo en los combates, lo ayudaba á ocultar lo que pasaba en su interior. Su calma severa indicaba más bien un vencedor que un cautivo. Había llegado á imponerse á sus mismos verdugos, y los severos guardianes que lo custodiaban habían llegado á contemplarlo con terror secreto.

Una noche, en su soledad, le vino á la imaginación una idea sobre la cual no se atrevió á detenerse.—¿Qué habrá pasado á Elvira? Ninguna noticia había llegado hasta él.—¿Habrá sufrido algún atropello, habiendo quedado sola, sin apoyo, después de la muerte de su padre y de la marcha de Leonor para Europa? Pero no: en haber sido libertado de la muerte en Chihuahua ha reconocido la mano de su prometida. Vive; nada le ha pasado; no se olvida de él..... Estas reflexiones lo tranquilizaron un poco, y arrullado por ellas, no tardó en entregarse á las dulzuras del sueño.

Dormía profundamente cuando una mujer, que había penetrado en la prisión, vino á inclinarse hacia su lecho. ¿Era acaso algún ángel del cielo que descendía á consolarlo? No: era

una criatura terrestre, con faciones celestiales. Su blanca mano tenía una lámpara, de la que ocultaba el resplandor, por miedo de que un rayo de luz fuera á caer bruscamente sobre los párpados de esos ojos aun cerrados. Esta belleza de negra cabellera, de mejillas resplandecientes, de talle de hada, de pié pequeño que tocaba la tierra silencioso como ella. ¿cómo había podido pasar por entre los guardias y las tinieblas? ; Ah! preguntad de lo que es capaz una mujer que obedece á la vez á las inspiraciones de la juventud, del amor y de la piedad. Elvira, por conducto de un individuo de su confianza, había tratado de arreglar la fuga con el jefe de la prisión; este había denunciado el hecho á Venegas, y recibido con sorpresa la orden para acceder á los deseos de la joven: y ella venía, en medio de la noche, con personas que tenían la consigna de obedecer sin réplica á sus mandatos.

Contempló á Enrique con atención. ¿Podía dormir tranquilo en aquel lugar húmedo, cuando otros ojos no habían cesado de llorar al recuerdo de su desgracia?—Mas, silencio—Interrumpía su sueño—Suspiraba penosamente—Se movía—Ya estaba despierto.

Enrique levantó la cabeza: deslumbrado por la lámpara, no sabía si debía creer á sus ojos: su mano hizo un movimiento: el ruido de sus cadenas le recordó que aun se hallaba en la

cárcel.—¡Qué veo! ¿es acaso una ilusión? ¿alguna divinidad ha bajado á este recinto?

—Soy yo, Enrique, le contestó Elvira, acercando la luz á su rostro. Vengo á libertarte, á sacarte de este lugar inmundo y malsano.— Y dirijiendose á uno de los hombres que la acompañaban, agregó:—Quite vd. las esposas y los grillos al prisionero, para que pueda seguirme.

—Pero ¿cómo has podido llegar aquí? preguntó Enrique sorprendido.

—Esta sería explicación larga. Por ahora lo que interesa es no perder tiempo. Sal detrás de mí; un caballo te espera en la puerta: irás á reunirte con Morelos.

—Elvira, tu has sido dos veces mi salvadora: te debo la vida y la libertad.

—Deja para otra ocasion tales palabras. En este momento importa que salgas pronto.

Y mientras quitaban á Martinez los hierros de que se hallaba cargado, éste, no obstante la prohibición de Elvira, le dirigía las más apasionadas palabras:—Elvira, los sueños de felicidad tienen siempre que desvanecerse: apenas he logrado verte, y es preciso separarnos en el mismo instante. Sin tí no puedo vivir. Es necesario que volvamos á reunirnos en un lugar donde la seguridad nos proporcione un dulce reposo. Luego que llegue al campamento independiente, mandaré un po-

der á uno de mis amigos de esta ciudad, para que pueda verificarse nuestro enlace, y te sea posible trasladarte á la población donde me encuentre.

Pero Elvira, aunque encantada de esta conversación, no quería se prolongara. Hallábase la noche avanzada en su carrera: y así fué que tomando de la mano á Enrique, lo condujo por pasadizos largos y tortuosos hasta salir á una galería abierta. Un aire suave vino á refrescar la frente del prisionero; ante sus ojos brillaban las últimas estrellas de la noche; un caballo impaciente caracoleaba en la calle. Pero Elvira ¿estamos condenados á que no haya lugar entre nosotros sino para la triste palabra "adiós"?

—Necesitamos separarnos, contestó Elvira con tristeza. Mas antes voy á hacerte una recomendación. En cuanto veas á Morelos, consigue de él la libertad del capitán Quintana. En la primera carta que te escriba te explicaré este enigma.

Martinez estrechó á Elvira entre sus brazos, y se preparó á montar en el caballo. Las lágrimas de ella corrían brillantes y en abundancia; pero sin que sus labios osaran articular un solo acento que hiciera retroceder á Enrique. Este se alejó poco á poco, volviendo á cada instante la cabeza, y con impulsos de regresar entregando al acaso su destino, mien-

tras que Elvira, con el corazón oprimido, lo contemplaba desaparecer entre las últimas sombras.

### XXXI.

Rubí, entregado moribundo á Jacinta, quedó restablecido de su herida al cabo de dos meses, gracias á los cuidados de aquella mujer cariñosa; pero él ansiaba volver á la lucha, abandonando el tranquilo país en que el amor le ofrecía sus atractivos. ¿Como decir esto á Jacinta? ¿como pretender abandonarla después de las infinitas atenciones que le había prodigado? La pasión de su amada aumentaba cada día, y Rubí consideraba la fuerte resistencia que tendría que vencer para lanzarse una vez más á la vida de los combates.

Mil proyectos diversos pasaron por su espíritu, sin lograr fijarse en ninguno: por último, después de vacilación larga, se resolvió á tomar un partido. La despedida es siempre dolorosa: preferible era llamar á sus soldados, prevenirles que se reunieran en silencio cerca del pueblo, que encubrieran bien este movimiento, y en la noche desaparecer, protegido por las tinieblas.

Todos obedecieron con alegría sus órdenes, y se apresuraron á ejecutarlas; mas ¿quién

puede engañar á una mujer enamorada? Jacinta había adivinado el engaño y sorprendido los preparativos que se efectuaban. Fué adonde se encontraba Rubí. "Has creído poderme ocultar tu partida é irte sin decirme adiós? ¿Ni nuestro amor ni mis lágrimas son capaces de detenerte? ¿preparas á tus soldados y te aprestas á volver á las batallas y á buscar la muerte? ¡Cruel! si mis ruegos no son enteramente vanos, si hay en tu corazón algo de gratitud, renuncia á ese proyecto funesto. Espera al menos que tus heridas estén completamente cicatrizadas, y que puedas sin peligro exponerte á nuevas fatigas."

Ella insistió. Rubí tuvo que reprimir en su alma la turbación que lo agitaba, y le respondió en pocas palabras:—"Jacinta, yo no negaré los beneficios que te debo; tu recuerdo me será grato mientras tenga un soplo de vida. Si pudiera disponer de mi voluntad, no vacilaría en permanecer á tu lado; pero la Nación está en peligro, sus enemigos la vejan, no puedo quedar aquí, como una mujer, de espectador impasible de los sucesos."

Jacinta tuvo que resignarse. Por una vez más se alejaba aquel amante salvado en dos ocasiones por ella misma. Su dolor fué intenso. Vio partir á Rubí, y sus amigas tuvieron que sostenerla y, desfalleciente, conducirla á su lecho.....

Cuautla había ya caído; y Rayón, después de atacar á Toluca, viéndose obligado á retirarse, había sido derrotado en el cerro de Tenango. Rubí dirigióse á Tiripitío, donde se encontraba la Junta Suprema; pero halló á esta en disolución. Berduzco iba á quedar en la provincia de Valladolid; Liceaga se retiraba á Guanajuato; Rayón encargábase del mando en una gran parte de la Intendencia de México: y á Morelos, cuarto vocal de la Junta, se le asignaba la zona del Sur.

Rubí siguió á Rayón á Tlalpujahua. A media legua de aquella población, por el lado del Poniente, se encuentra el cerro del Gallo, lugar que Rayón se proponía fortificar, estableciendo allí una maestranza y una fábrica de armas. Pero Rubí era poco á propósito para semejantes trabajos; y así fué que pronto salió con su guerrilla á auxiliar á los jefes que sostenían combates diarios. Unido á Don Benedicto Lopez, desalojó á los realistas de Telostot y Malacatepec; acompañó á Rayón en su expedición á Ixmiquilpan; y tomó después parte en el ataque de un convoy que conducía el comandante Quevedo.

Una mañana recibió Rubí noticias de Tequaloya. Jacinta no podía vivir sin él, y proponíase salir en su seguimiento. "Es una locura," contestó Rubí, agregando la prohibi-

ción de que partiera. Jacinta tenía costumbre de obedecer á su amante; y sin embargo nada es capáz de detener á una mujer arrastrada por la pasión y que no admite demoras ni treguas para volver al lado de aquel á quien ha consagrado su alma. De pronto el viaje se detuvo; pero fácil era preveer que triunfaría el deseo irresistible, y que en un día no muy lejano Rubí recibiría en su campamento la visita de su amada.

## XXXII.

Don Leonardo Bravo había sido hecho prisionero al salir de Cuautla.

Pronto fué trasladado á la soledad de un calabozo. La sombra de aquellas verjas aborrecidas, interceptando los rayos del sol, llevó á su cerebro, por el intermedio de su pupila, una sensación ardiente de pesadez y de amargura. Se hallaba al frente de esa puerta que se abría tan sólo una vez por día, y que no dejaba pasar sino alimentos sin sabor; sus comidas tenía que hacerlas, como una bestia feroz, acostado en aquella caverna, de donde no debía salir sino para la tumba; oía arriba de su cabeza los gritos prolongados y las blasfemias á medio articular de presos á quienes destro-

zaban á chicotazos; había hecho conocimiento en aquel sitio con hombres que se complacían en atormentar á sus semejantes, en acrecer los horrores de la prisión, y en servir oficiosamente á la maldad cruel de los tiranos. Con esos hombres y con sus víctimas, en medio de tales ruidos y de semejantes espectáculos, Bravo tuvo que pasar cuatro meses, al cabo de los cuales recibió la noticia de su condenación á muerte—Y bien, sea enhorabuena: iba al menos á gozar de reposo.

El 13 de Septiembre de 1812, Bravo sufrió en México la pena de garrote vil, mostrando en sus instantes postreros la calma y el valor de que dió tantas pruebas en los combates.

Morelos comunicó esta noticia á Don Nicolás, hijo del difunto, previniéndole pasara inmediatamente por las armas á los prisioneros españoles que estuviesen en su poder.

Don Nicolás se hallaba en Medellín cuando recibió el pliego de Morelos, y obrando conforme á él, mandó poner en capilla á cerca de trescientos prisioneros que habían caído en sus manos. Mas en la noche se vió al jefe insurgente recorrer repetidas veces el pórtico de la casa que le servía de habitación. La luna brillaba, y esclarecía las lozas del piso, reflejándose sobre la bóveda alta y acanalada del templo inmediato, cuyas figuras de santos, que dominaban las ventanas góticas en la so-

titud de la plegaria, parecían crecer ante el ojo en formas fantásticas. Todo se hallaba en armonía con la actitud meditabunda del caudillo insurgente, y con su faz yerta y pálida que lo hacía parecer un espectro.

¿Qué había pensado? ¿en qué meditaba tan largo tiempo? El mismo Don Nicolás Bravo lo dijo después en una de sus cartas. "En la noche, no pudiendo tomar el sueño, me ocupé en reflexionar que las represalias que iba á ejecutar disminuirían mucho el crédito de nuestra causa, y que observando una conducta contraria á la del virey, podrían conseguirse mejores resultados; pero se me presentaba el obstáculo de que mi responsabilidad quedaba sin cubrirse, por la orden que había recibido de mi jefe." En estos pensamientos pasó toda la noche, hasta las cuatro de la mañana. A las ocho, manda Bravo formar la tropa con todo el aparato que se requiere para una ejecución; hace salir á los presos, á quienes coloca en el centro; les manifiesta que el virey Venegas los ha expuesto á perder la vida, por no haber admitido la propuesta que se le hizo en favor de ellos por la existencia de D. Leonardo Bravo. Y cuando todos temen que la orden de fuego resuene, aquel jefe no sólo perdona la vida á los prisioneros, sino que les concede entera libertad para que marchen adonde les convenga. Oyéanse los gritos de

gozo y las frases de agradecimiento; nadie quiere irse, y todos quedan al servicio de la división. Se elogia en todos tonos la magnanimidad del héroe mexicano, y por primera vez se ve lucir, en medio de aquella guerra de exterminio, el noble sentimiento del perdón.

Esta acción generosa, digna del recuerdo de la historia, fué pagada á Bravo, algunos años después, con una dura prisión en la Acordada, cargándosele de cadenas. Cuando la hora de la libertad sonó al fin, y se intentó quitar los grillos al preso, estos se habían enterrado en las piernas, siendo preciso limarlos. Por algún tiempo después de salir de la cárcel, tuvo Bravo que andar con muletas. Tal fué la recompensa que el Gobierno Español dió á aquel hombre ilustre, que no había vacilado en perdonar en medio de la exaltación de las pasiones, y cuando su superior le ordenaba el castigo.

### XXXIII.

Morelos se encontraba en Tehuacán cuando lo sorprendió Enrique Martínez arrojándose en sus brazos.

—Señor, le dijo; vengo escapado de las prisiones españolas. Mi sangre pertenece á la

Patria, y pido ir á combatir á nuestros enemigos.

—Los servicios y la pericia de vd. los conocemos bien, contestó Morelos. Tiene vd. un nombre famoso entre los insurgentes. Proyecto en este momento una gran empresa, la toma de Oaxaca; pero nuestras fuerzas son aún escasas. A vd. voy á encargarle levante nuevas tropas en las provincias de Puebla y Veracruz, y dentro de tres meses lo espero, para batirnos con Saravia.

Martinez aceptó con gusto aquel nombramiento: el fuego de sus miradas garantizaba que sabría corresponder á la confianza del general en jefe. Todos los caudillos insurgentes fueron á felicitarlo: Bravo, que acaba de distinguirse en San Agustín del Palmar; Trujano, que pronto debía morir en el rancho de la Virgen; Galeana, quien no cesaba de ilustrarse con continuas proezas; y Guerrero, que ya hacía presentir lo que llegaría á ser. Enrique reunió á todos estos jefes en su habitación: preguntáronle bastante acerca de sus campañas con Hidalgo y su permanencia en las cárceles realistas, y él, por su parte, les hizo comprender que aun en las profundidades del calabozo había estado atento á todo lo que se hacía en favor de la independencia, y que conocía los notables servicios de todos ellos. Finalmente, después de algunos días

consagrados al descanso y á la expansión, Enrique se dispuso á salir de Tehuacán, á fin de cumplir su cometido.

Mas antes obtuvo orden de Morelos para que el capitán Quintana saliese del presidio de Zacatula y pudiese trasladarse al punto que le conviniera, previniéndose á las fuerzas independientes no le estorbaran en manera alguna su viaje.

Y el coronel insurgente tuvo también especial cuidado en enviar poder á uno de sus amigos de México para su enlace con Elvira, acompañando un documento para que otra persona representase á Morelos, quien iba á ser padrino en el matrimonio.

Quintana llegó á México una mañana de Noviembre, y ese mismo día el virey Venegas se trasladaba á la casa de la Srita. Elvira Villanueva, quien pronto iba á ser Sra. de Martinez.

—Vengo, dijo el virey, á dar á vd. las gracias por haber accedido á mi súplica, y como servicio se paga con servicio, vengo también á recomendarle se cuide mucho, porque tiene vd. en esta ciudad un enemigo que no descansa.

—¡Me asombra vd., señor Virey!

—¿No ha oido vd. decir lo que son los celos? Son, según dicen los poetas, una noche sin fin, un fuego que quema y no da luz, en

el cual se encuentran todos los tormentos. Mas yo, que pasé ya de la época del sentimentalismo, únicamente puedo asegurar que los celos retienen al alma en lo más bajo de las imperfecciones humanas, y que ellos convierten al hombre en cobarde y espía, y de un hidalgo pueden hacer un asesino.

—Pero yo no he dado derecho alguno al Sr. Llamas para que pueda mostrarse celoso. Ni la menor palabra de esperanza ha salido nunca de mis labios; ni el más ligero incentivo para que continuara en una empresa, que desde el principio le hice comprender que era imposible.

—Esa no era razón para que él no amara. El amor se excita á veces con el obstáculo. Y amando, vd. comprenderá que puede estar celoso, porque los celos siguen al amor como la sombra al rayo de luz. Son en el corazón el espectro de la materia levantado detrás del ideal.

—Pero veamos cuales son los peligros que me amenazan para poder precaverme de ellos.

—Pocos, mientras yo esté en el poder: yo velo y velaré por su seguridad. Llamas ha sabido el casamiento secreto que va vd. á efectuar con el coronel Martinez; ha ido á recordarme servicios anteriores, con objeto de que le proporcione fuerza para impedirlo. Disgustado conmigo por no haber escuchado esa pre-

tensión inicua, se ha separado de mi Estado Mayor; ha buscado apoyo cerca de Calleja. Anoche mismo proyectó robarse á vd.; pero se lo impedí con la policía.

—Gracias; señor Virey: mas entonces contando, como cuento, con la generosa protección de vd., no tengo motivo para alarmarme.

—¿Olvida vd. que frente á mi poder se alza en México el de Calleja? Mientras yo conserve el bastón de mando, nada podrán hacer. Pero se intriga, se trabaja activamente en España para que se me nombre pronto un sucesor: tengo malas noticias en este sentido. Por eso he venido á ver á vd. y á decirle: antes de que yo abandone el puesto supremo, salga vd. de esta capital.

—Y ¿tendré seguridad en el camino?

—Esto me es mucho más difícil garantizarlo. Vd. comprenderá que á Llamas le es fácil salir de aquí ocultamente y reunir un grupo de hombres con armas. En fin, quizá nos estamos alarmando demasiado. Espero nuevas noticias de Europa. En todo caso, vd. puede estar completamente tranquila mientras yo sea virey.

—Vuelvo á manifestar á vd. mi agradecimiento. Escribiré pronto á Enrique, para que me diga lo que debo hacer. No había querido hasta ahora hablarle de las persecuciones de Llamas, y siento que la primera carta después

de nuestra unión sea para comunicarle una desagradable noticia.

Venegas se despidió de Elvira, y ésta quedó entregada á una meditación profunda. Sus ensueños de felicidad apenas iban á realizarse, y ya se interponía entre ellos la amargura, viniendo á ofrecer su cáliz.

#### XXXIV.

La laguna de Chapala es una vasta extensión de agua que mide mas de cien leguas cuadradas de superficie, en cuyo centro se alza, aunque algo aproximada á la costa del Norte, la isla volcánica de Mexcala. Esta isla fué teatro de una empeñada lucha, durante un largo período de la guerra de independencia.

El cura Don Marcos Castellanos se había refugiado allí con soldados valientes y emprendedores. Después de derrotar á Iñiguez en las cercanías de Mexcala, á Serrato en San Pedro Ixican, á Alvarez en Poncitlán y á Linares en la misma laguna, atrajo sobre sí toda la atención del comandante de Nueva Galicia, D. José de la Cruz, quien mandó á combatir la insurrección á su mejor teniente, Ne-

grete. Al mismo tiempo ordenaba la formación de una escuadrilla, enviando orden tras orden á San Blas, para que se remitiesen las lanchas que debían formarla.

Terminaba el año de 1812. Rubí, después de dejar á Rayón en el cerro del Gallo, fatigado de las disensiones que el Presidente de la Junta Suprema sostenía con sus colegas Liceaga y Berduzco, y no queriendo coadyuvar á ellas, determinó trasladarse á Méxcala, con el objeto de tomar parte en las gloriosas aventuras de aquel grupo de valientes, llegando cuando los españoles se preparaban á atacar la isla, y en momentos en que podía prestar sus servicios para la memorable defensa que Castellanos iba á hacer de aquel lugar.

La escuadrilla estaba dispuesta, y solo esperaba la orden respectiva, para tomar á bordo las tropas escogidas que mandaba Negrete, y rodear por completo la posición. La señal de partida se dió al cabo de poco tiempo. A la cabeza de la escuadrilla avanzaba la lancha del jefe de la expedición, Don Felipe García, distinguido marino español que había navegado en los mares más tormentosos del globo y concurrido á varios combates navales. Seguía Don Pedro Celestino Negrete, hendiendo las olas con la proa de su embarcación. A sus órdenes militaban mil doscientos soldados, adiestrados en todos los trabajos de la guerra, perfecta-

mente armados, y con absoluta confianza en su jefe, formando un batallón compacto erizado de bayonetas, á cuyo empuje parecía que nada era capaz de resistir.

Llegaron frente á la isla, y los cañones hicieron oír su voz, las banderas se desplegaron, y los guerreros se dispusieron al desembarco. De pié, en la extremidad de la popa, Negrete señalaba como punto de arribo, las rocas escarpadas de la costa; pero en aquel momento una bala le llevó los dedos de la mano derecha. Las balas llovían numerosas y apretadas, semejantes á las grullas que atraviesan las llanuras del aire y huyen de la tempestad arrojando gritos.

El ardor de los asaltantes fué contrariado por el arrojamiento de los sitiados. Al aspecto de la laguna cubierta de lanchas, y de las proas dirigidas hacia la playa, Castellanos contestó con los relámpagos de su artillería y con el fuego nutrido que vomitaban los fusiles de sus infantes. Eran los cometas arrojando lúgubres claridades; ó más bien, eran los fulgores del ardiente Sirio que entristecían el cielo con su brillo fúnebre. Mas Negrete no perdía la esperanza de apoderarse de la costa. Exhortaba, animaba á los suyos: "Saltemos, les decía; no pueden resistir nuestro empuje. Soldados vencedores en cien combates, adelante."

Y las lanchas atracaron y comenzaron á de-

sembarcar las fuerzas que conducían. Mas en ese instante una granizada de piedras causó en ellas inmenso destrozo. Sucumbieron el Comandante García y varios marinos y soldados; muchas lanchas se rompieron dejando á los tripulantes á merced de las ondas; los restos flotantes de las embarcaciones hicieron aún más difícil el acceso de la playa, de donde el reflujo las rechazaba con violencia; y ese momento lo había aprovechado Castellanos para reunir sus tropas, las cuales presentaban ya un conjunto formidable.

Los clarines se hicieron oír. Rubí, el primero, cayó sobre las bandas realistas, y arrojó el espanto entre ellas. Lo siguieron el bravo Santa-Ana y Encarnación Rosas. Pronto tuvo Negrete que ordenar la retirada: más entonces los indios de la isla se embarcaron en multitud de canoas, y sólo pudo el jefe español volver á tierra dejando en poder de los independientes algunas lanchas, numerosos prisioneros, un cañón y bastante parque.

Negrete se disgustó por el fracaso de la expedición, y obtuvo que se le relevara del mando. Por su parte Castellanos felicitó á sus oficiales, muy particularmente á Santa-Ana y á Rubí.

—¿Se quedará vd. con nosotros? añadió Castellanos, dirijiéndose al último.

—Sólo vine á prestar mi concurso para la

acción de guerra que se preparaba. Hoy, que ya no hay enemigo, me moriría de fastidio dentro de estas fortificaciones.

—Saldrá vd. á expedicionar con Santa-Ana y con Rosas. Combates no han de faltar... Ya los realistas no intentaráu ningún ataque á viva fuerza; pero van á bloquear la isla, y para proveernos de víveres tendremos que sostener continuas luchas. Conque resuélvase vd. á permanecer.

—Acepto su amable invitación, Señor Cura. Mas tengo una amiga en Tecualoya que se ha empeñado en venir á buscarme. Yo le he dicho que es una locura, y aun le he ocultado el lugar donde me encuentro. Pero sí, á pesar de eso, viene, ¿habrá lugar para ella?

—¡No ha de haber! ¿No sabe vd. que hasta en el paraíso era indispensable Eva? cuanto más en estas rocas agrestes..... Hasta me comprometo á volver á desempeñar mis funciones curales, si de ellas hay precisión.

Y riéndose un poco Castellanos, y dando un ligero golpe á Rubí en el hombro, retiróse á descansar.

### XXXV.

Las comarcas que tuvo que atravesar Enrique Martínez, en el desempeño de la comisión que Morelos le había confiado, son de lo

más hermoso que tiene México. Bosques frondosos en los que un céfiro juguetón, que se bambolea en la atmósfera, hace estremecer las ramas suavemente enlazadas; suspiros acompañados de mil pájaros cantores; ruidos de manantiales que bajo frescas sombras precipitan su carrera; multitud de sonidos variados; multitud de acentos á la vez, que se prolongan, tiemblan, murmuran, retumban, y llegan á confundirse en un solo tono.

Este murmullo de flores, de pájaros y de fuentes, es singularmente propio para el que ama. Enrique, en medio de aquellas selvas, evocaba frecuentemente la figura de Elvira, de esa beldad de garganta de alabastro, que hubiera podido convertirse en la Diosa de aquellos lugares. Le parecía al joven guerrero tornar á ver esas facciones divinas, y distinguir el negro de aquellos ojos en los que la alegría y el duelo se dibujaban con perfección; le parecía verla pálida, y más bella aún, dejar caer con voz encantadora palabras llenas de turbación y embriaguez.—“¿Eres tú, Elvira? ¿mis miradas no se engañan? ¿vienes á animar la soledad de este desierto? Extendidos sobre esta alfombra de colores variados, entre las esencias de la reunión de flores, déjame con mis brazos rodearte, que tu mano oprima la mía, y que un largo beso de amor nos una para siempre.”

Pero pronto era preciso volver á la realidad, y Enrique reanimaba entonces el patriotismo de los habitantes de las localidades, y les pedía recursos, y con ellos organizaba sus escuadrones. Así llegó el mes de Noviembre, tiempo en que Martínez había logrado formar un regimiento de ochocientos hombres, con el que cuidó de abrir á Morelos el camino de Oaxaca, ocupando el paso de barrancas, ríos y desfiladeros, que se multiplican en el trayecto de Tehuacán á dicha ciudad. El 20 de aquel mes se le previno que se reuniera con el general en jefe, y realizó esta unión á los cuatro días, á las puertas mismas de la plaza que se deseaba tomar. La orden del día siguiente, que recibió en la noche, fué de todo su agrado. Estaba concebida en los siguientes términos lacónicos: "A acuartelarse en Oaxaca."

Muy temprano tuvo Martínez preparadas sus tropas. Los otros jefes de columna eran Galeana, Don Miguel Bravo, Sesma y Victoria; el punto de reunión, la plaza de armas. A las diez se dió la señal de ataque. Martínez tomó el rumbo de la Merced, y fué el primero que desembocó en la plaza. Una vez allí, mandó parte de su fuerza á auxiliar á Galeana, detenido por el difícil obstáculo de Santo Domingo, y otra parte al *Juego de Pelota*, donde el coronel Victoria había tenido

que arrojarse al foso y pasarlo á nado, llegando al pie de los parapetos enemigos envuelto en el humo de las descargas.

Fueron necesarias tres horas de obstinada lucha; mas al fin Morelos pudo entrar vencedor, al estruendo marcial de las dianas y á las aclamaciones entusiastas de sus tropas. Los jefes españoles Saravia, Régules, Bonavía y Arista habían sido hechos prisioneros. Se tenía ya una provincia que iba á suministrar á la revolución grandes recursos en hombres y dinero, y que por algún tiempo haría lucir para los patriotas el iris de la esperanza.

## CAPITULO SEPTIMO.

### ACAPULCO Y CHILPANCINGO.

#### XXXVI.

Pocos meses después del triunfo de Oaxaca, el ejército de Morelos fué á acampar cerca del sitio donde Acapulco se eleva á orillas del mar. No se prolongan allí esos terrenos arenosos, propios de Veracruz y de otros puer-

tos del Golfo, terrenos en los que el sol refleja todos sus fuegos y á los que el viento Norte agita en torbellinos: por el contrario, pinos encinas y cipreses esparcen todos sus perfumes sobre las olas espumosas. En ese clima la tierra no necesita arado, y ella misma se adorna de ricas cosechas; plantas sin cultivo prodigan sus frutos y su frescura de ambar; un calor igual conserva los pastos; los céfiros acarician las praderas, y mueven en el oro de las nubes flotantes el carro voluptuoso de la Primavera.

Acompañaban al caudillo insurgente, en esa expedición, algunos de sus colaboradores más ilustres: Galeana, el que siempre se distinguía por su intrepidez en el ataque; Avila, el soldado fiel que había conservado la posición del Veladero; por último, Martinez, el oficial instruido y sagaz que daba cada día conspicuas pruebas de sus talentos militares.

Por la parte contraria mandaba en la plaza el coronel Pedro Velez, mexicano de origen, y jefe rígido y severo. Había cerrado con fuertes trincheras todas las avenidas que conducían á Acapulco, apoyando su principal defensa en el Castillo de San Diego. Contestó con altivez la comunicación que se le dirigió para que se rindiese, y habíase dispuesto á rechazar con energía el asalto.

—Señor, dijo Martinez á Morelos, vamos á

perder mucho tiempo delante de estas murallas. Calleja va á ser nombrado virey, y no es hombre á quien se pueda dejar tranquilo. Mientras nos hallamos aquí detenidos, el va á destruir otras partidas independientes. Me escriben de México que se organizan expediciones contra Rayón, que se ha fortificado en el cerro del Gallo, y contra los Villagranes de Huichapan.

—Pero ¿no ve vd., Enrique, que necesitamos un puerto? ¿Por donde podemos proveer nos de armas, que nos son tan indispensables, sino por los puntos que comunican con el extranjero?

—Nos falta dinero para comprar esas armas.

—El dinero nos lo proporcionarán los puertos. Y dígame vd., ya que tiene tan buenas noticias de México, ¿qué nos dice mi ahijada Elvira?

—Que el matrimonio se verificó con bastante dificultad, por lo indispensable que era ocultarlo á las autoridades. Figúrese vd. lo que habrían hecho los españoles, si hubiesen sospechado siquiera que una persona representaba á vd. como padrino.

—¿Y Elvira no corre peligro?

—De eso quería yo hablar á vd. La carta que me envía, la cual he recibido con mucho atraso, me ha alarmado bastante, y le he di-

cho se venga luego para Chilpancingo. Pero como en el camino puede haber riesgos, deseo se dé orden á alguna de las partidas más inmediatas á México, para acercarse á la capital y acompañar á Elvira en su viaje.

—Se hará como vd. indica; y además, luego que llegue á Chilpancingo, pondré á su disposición una preciosa quinta que me han ofrecido á dos leguas del pueblo.

—Gracias, General; tengo que agradecerle mucho ese servicio: el campo es muy á propósito para los que se acaban de casar.

—Pero hay que tomar pronto á Acapulco, para que pueda vd. ir á ver á su esposa.

—Acapulco no es lo que me preocupa; no podrá resistir al empuje de valientes como Galeana y Avila. Pero del Castillo de San Diego va á ser algo más difícil posesionarnos. Hacerse dueño de una fortaleza sin artillería de batir, es nuevo en los anales de la guerra. Será menester algún ardid; valernos de la astucia, y no de la fuerza.

A los pocos días se verificó la toma de la plaza, tal como Martinez lo había previsto. Galeana asaltó la fuerte posición de Casa Mata; Avila acampó vencedor en la cumbre del cerro de la Mira; Martinez atacó el baluarte del Hospital. Los realistas, después de una enérgica y tenáz resistencia, huyeron desordenadamen-

te al castillo, en las primeras horas de la noche del 12 de Abril de 1813.

## XXXVII.

Eran las cuatro de la mañana del 13 de Junio cuando Morelos, abandonando el lecho, fué á reunirse con Don Pablo Galeana, que lo esperaba en la playa con ochenta hombres. —“Pablo, le dijo, ¿están ya las tropas dispuestas? que nada te detenga. Marcha y apodérate de la isla de la Roqueta, que es el lugar de donde reciben víveres en abundancia nuestros enemigos. Don Hermenegildo te apoyará con dos piezas de artillería situadas en la Calera.

A esa orden del general en jefe, los héroes viajeros se lanzaron en varias canoas, y pronto las olas los levantaron, como á esas hojas errantes que de lo alto de una encina ha hecho caer el viento. En el timón de una barca ligera se veía al joven Galeana, el jefe de la expedición: estaba en la primavera de sus días; su cara, en la que se pintaba su alma entera, ofrecía un aspecto franco y simpático; sus cabellos caían negligentemente sobre sus sienes; sus armas brillaban en la oscuridad en círculos radiosos, cual si fuesen el plumaje

de un hermoso pájaro, cuya pompa inconstante y confusa encanta las miradas, las deslumbra y las engaña. La pequeña partida se alejó pronto de la playa; abandonó las velas á las caricias del aire, y los esquifes resbalaron sobre las aguas como un relámpago. El mar, con frecuencia tan amenazador, había apaciguado su oleaje; la tempestad había huido; el cielo estaba puro, y la calma empezaba á recostarse perezosamente sobre su trono azul.

Las canoas pasaron bajo los fuegos del castillo sin ser descubiertas, y á la vista de los tripulantes aparecieron, entre las sombras, los contornos de la isla, lugar de su destino. Al principio, la forma de una roca que del seno de las aguas se levantaba en prisma, hizo creer en algún gigante que pretendía desafiar al cielo con su cólera inflamada. Mas después, las primeras claridades del alba mostraron cerca de la enorme peña, árboles que enlazaban sus ramas tortuosas, céspedes frescos y flores de todos matices. Allí también la rosa se levantaba ufana; la violeta exhalaba sus perfumes modestos; y el lirio recibía sobre su copa de plata las lágrimas de la aurora.

Galeana había escogido la roca para efectuar el desembarco: la vigilancia de la guarnición en la parte accesible de la isla no prometía éxito favorable.—¿

bata<sup>s</sup>” dijo Damián (quien acompañaba á la expedición) al contemplar aquella altura. Pero, á pesar de sus protestas, el ex-sacristán fué empujado de piedra en piedra, y de abismo en abismo, hasta escalar la cima de aquella elevada muralla de granito. Al acabar de subir, Galeana mandó romper el fuego sobre la guarnición, la cual fué al mismo tiempo atacada, en el lado opuesto, por los soldados de otras canoas que allí habían arribado. El estupor causado por la sorpresa produjo la derrota de los realistas, quienes, sin orden ni concierto, huyeron á sus embarcaciones, con intención de retirarse al castillo. Pero no se les dió tiempo para ello, y gran número de prisioneros, tres cañones, parque, armamento, la goleta Guadalupe, y sobre todo, la adquisición de la Roqueta fueron el fruto de este audacísimo asalto.

Galeana, al volver á Acapulco, fué felicitado por Morelos. En este momento, dijo este último, me llega la noticia de un brillante hecho de armas de Matamoros en las inmediaciones de Tonalá, noticia que no había podido llegar antes por haber estado interceptadas las comunicaciones con Oaxaca. Tu triunfo, Pablo, va á estar ligado con el de uno de los capitanes más ilustres que tenemos entre nosotros, y voy á mandar se echen á vuelo todas

las campanas de Acapulco para celebrar ambas victorias.

### XXXVIII.

No lejos de las tiendas donde flotaban los brillantes colores de los estandartes de Morelos, se prolongaba, en el año de 1813, una selva extensa, bajo cuya sombra casi podía decirse que reinaba una eterna noche. En vano el sol en medio de su carrera dirigía allí sus fuegos; el seno del bosque apenas llegaba á esclarecerse por un día descolorido y dudoso: y cuando el astro de luz se ocultaba bajo las olas vecinas, tinieblas profundas esparcidas en aquel lugar vertían en él la noche del caos. A ese sitio ningún pastor había conducido sus rebaños, ningún viajero había buscado allí reposo. Abundaban las relaciones maravillosas de brujas y de hechizeras que bajo diversas formas descendían á media noche, y llegaban arrojando alaridos á desplegar el aparato de un festín sangriento; y aun se aseguraba que los diablos se reunían en multitud, y habitaban en los brazos de aquellos árboles corpulentos, entreteniéndose con frecuencia en arrastrar el carro ruidoso de las tempestades y de los rayos.

Damián, el criado de confianza de Morelos, estaba aterrizado con semejantes consejas. Una noche en que fué enviado por el general en jefe á llevar un mensaje al campamento de Galeana, al pasar cerca del bosque, un temor extraordinario se apoderó de sus sentidos y fascinó su vista. Creyó ver errar en las sombras fantasmas lívidos, y escuchar llantos, suspiros y sollozos, y el sonido de una trompeta, y gritos de buitres, y rugidos de osos y de panteras. Morelos tuvo que tranquilizarlo diciéndole, que al día siguiente echaría en el bosque agua bendita, para que quedara purgado de duendes y aparecidos.

El temor supersticioso que aquella soledad infundía, hizo concebir á Enrique Martínez la idea de aprovecharla para un trabajo secreto. El Castillo de San Diego resistía aún, no obstante la escasez de víveres causada por la toma de la Roqueta. Martínez propuso á Morelos la construcción de un subterráneo, que partiendo de la selva fuera á terminar al castillo, preparándose en ese subterráneo una mina que hiciera saltar parte de las murallas.

—¿Es éste el ardid de que me habló vd. al principio de la campaña?

—Este es; y agregó que en él se halla fundada nuestra única esperanza de éxito.

—Podemos mandar traer de Ouxaca grue-

sa artillería, ó esperar á que la guarnición capitule por falta de provisiones.

—Ambos medios son lentos. Abrir un camino de Oaxaca á este puerto exigiría varios meses; y en cuanto á la incomunicación del castillo, no es completa; hace pocos días ha recibido comestibles de San Blas por el bergantín "San Carlos."

—Bien se conoce que habla un enamorado que quiere terminar pronto.

—Próximamente llegará Elvira á Chilpancingo, y confieso que esa circunstancia me tiene ansioso y violento. Pero atiendo también al prestigio militar de vd., y á que no perdamos un tiempo precioso que está siendo hábilmente aprovechado por Calleja.

—¿En cuantos días quedará terminada la obra que vd. propone?

—En quince, con tal que se me suministren luego zapadores inteligentes.

—Y si hacemos saltar el castillo, ¿no se acuerda vd. de los sentimientos humanitarios?

—No será preciso ir tan lejos. Avisaremos á Velez á lo que se expone por su obstinación, y entonces podrá rendirse sin perjuicio de su honor de soldado.

—Bien, Enrique; á trabajar: doy á vd. las facultades más amplias.

Al cabo de algunos días Martínez condujo una noche á Morelos á la selva misteriosa. En

el suelo hallábase un agujero sombrío encubierto con espinos y zarzas. Bajaron conducidos por un oficial que lleva una linterna, siguiéndolos varios soldados; caminan un poco; examinan una bóveda colocada á la terminación del antro profundo, en la que se hallan amontonados gran número de quintales de pólvora; siguen trabajando en una de las paredes del subterráneo; y penetran, después de algún tiempo, en el aposento del gobernador de la fortaleza.

Velez, al ver que algunos hombres se introducen en su habitación, quiere hacer uso de sus armas. Pero Martínez lo detiene y le dice:

—No venimos á causar á vd. mal, sino á salvarlo. Escuche vd. con calma, y que nadie se entere de esta entrevista.

—¿Qué quieren vdes.? pregunta Velez sorprendido.

—Soy el general contrario, manifiesta Morelos. Vengo á enseñar á vd. la mina que tengo dispuesta para que vuele el castillo esta misma noche, y á proponerle entre en arreglos, para evitar graves é inútiles desgracias.

—Somos soldados que sabemos cumplir con nuestro deber.

—Y mexicanos que saben combatir contra su Patria. Pero no es tiempo de tocar esta cuestión. Vamos á convencer á vd. de que ya

no es posible la resistencia por más tiempo, y en esos casos el honor permite capitular con condiciones dignas.

Velez desciende al subterráneo, y se cerciora de que toda esperanza se halla perdida. Ruega á Morelos le permita que otros jefes examinen los trabajos; y cuando oye la opinión de ellos, unánime en la imposibilidad de salvarse, se resuelve á firmar el tratado que se le ha propuesto.

Galeana esperaba á alguna distancia, emboscado con sus tropas, y á él determinó Morelos se entregasen las llaves de la fortaleza. Velez, trasfirió á Morelos el bastón con que había gobernado, y el jefe independiente quiso tomar una copa con aquel militar entendido y pundonoroso.—“Por España,” exclamó Velez.—“Por España, hermana, y no dominadora de México” replicó Morelos. Después invitó á Velez á tomar pártido por la independencia; pero éste rehusó tenazmente, prefiriendo volver á México á que el virey lo sometiera á un consejo de guerra.

Mientras tanto Martínez había llamado aparte á Morelos.

—Nuestra empresa ha concluido, le dijo. Permítame vd. ponerme en camino para Chilpancingo esta misma noche.

—Vaya vd., Enrique, contestó el general en jefe, y prepare todos los trabajos para la

instalación de un congreso que deseo se reúna en aquella ciudad.

—¡Cómo! ¿va vd. á resignar el mando que tan bien ejerce, y á entregarlo á abogados que no sabrán sino discutir?

—Este es asunto largo del cual ya hablaremos extensamente. Por ahora póngase vd. en camino, que estoy seguro lo esperan con impaciencia.

### XXXIX.

La salida de México no había podido efectuarla Elvira sin dificultades.

Esperó antes de todo la respuesta de Enrique, la que no llegó sino con considerable atraso.

Cuando tuvo ya la autorización de su esposo, recibíase en México la orden de la Regencia relevando del vireinato á Venegas y nombrando para sucederle al mariscal Calleja.

Esto venía á arrojar sombrías nubes sobre la situación de la joven, dejando á Llamas el campo expedito para satisfacer sus celos y su venganza.

Elvira no se consideró con seguridad en su morada, y se trasladó á la casa de sus amigas, las Sritas. Rul.

Por su parte Llamas buscó el apoyo del nuevo virey.—Es la mujer de un insurgente, dijo; del que nos combate con tenacidad en Acapulco. Venegas, faltando á sus obligaciones, la protegía; dejó escapar á Martinez, y aun permitió que en el matrimonio una persona representase á Morelos.

Mas Calleja contestó que la casa de las Señoritas Rul era inviolable.—Son hijas de un amigo mio, de un valiente que murió por la causa de España en Cuautla. En cuanto salga de allí, puede vd. obrar con libertad.

Elvira no salió sino para evadirse misteriosamente. Un día trasladóse la familia á una casa de campo que poseía en Tlalpam, y mientras tenía lugar una fiesta, Elvira, de acuerdo con una partida independiente, tomó con prontitud la carretera de Cuernavaca, viéndose rodeada, á las dos ó tres leguas de camino, por los soldados que Enrique había enviado para custodiarla. Cuando Llamas supo lo anterior, Elvira se hallaba fuera de su alcance.

## XL.

—Después de los peligros de la guerra, los trabajos de la paz; decía un mozo que atre-

MORELOS.—22

glaba la iglesia principal de Chilpancingo para la primera reunión del Congreso. Cuando ya había logrado acostumbrarme á las balas, y era yo tan valiente como mi General Morelos, tenemos que detenernos en este pueblo, elevado al rango de ciudad, y disputar con los abogados sobre donde reside la soberanía, y como debe dividirse el poder, y cuanto tiempo han de durar los miembros del Congreso, y si los americanos han de ocupar puestos públicos, y si ha de abolirse la esclavitud, y que sé yo cuantas cosas que ya me traen verdaderamente mareado. Afortunadamente el General ha dicho que me va á mandar á la quinta con los novios, y ciertamente prefiero la vida del campo á esas eternas discusiones que oigo aquí todos los días. Me dicen que la novia es hermosísima, y que el coronel Martínez ha tenido buen gusto. Ya conoceré pronto á mi nueva ama.

En efecto, á los pocos días Damián fué colocado al servicio de Enrique Martínez, quien habitaba con su esposa, la quinta ofrecida por Morelos, situada á dos leguas de la población.

Era aquella una morada favorecida por la naturaleza con mano pródiga. Había allí una mezcla feliz de arroyos movedizos, de céspedes esmaltados y de juvenes arbustos. Por un lado, frescos valles, sotos risueños y mil en-

Jambres embalsamados de plantas y de flores, que hacían flotar sus delicados tintes en el cristal de las aguas; hacía otros lugares, cavernas, lagos, grutas y montañas: en todas partes, la naturaleza superando el poder del arte, y prestando á aquella mansión un encanto no exento de admiración y de asombro. Elvira se hallaba seducida por los atractivos de aquel sitio: contemplaba con delicia á los pájaros confundiendo entre los árboles sus suspiros amorosos, y á la parra ostentando con orgullo el rico aparato de sus racimos de rubies.

Un poeta ha dicho que el amor nació en el campo. Y en realidad, los latidos confusos del corazón, los despechos simulados, las repulsas atrayentes, las languideces del placer. . . . todo esto se armoniza con la rosa que se escapa del botón, con la paloma que persigue con sus besos á su compañera, con la yedra que se enlaza á la encina, y con todo ese conjunto de amantes que en el campo saborean el placer de un largo abrazo, y tiemblan atormentados por los estremecimientos del deseo.

Elvira recibía al fin el premio de su abnegación y de sus sacrificios. El hombre á quien amaba, salvado por ella, estaba allí á su lado. Y lo veía loco de ventura, prodigándole sin cesar miramientos y atenciones, extasiándose constantemente en la negra pupila de los

ojos de su adorada, y no teniendo más ilusión ni más deseo que serle agradable. Sentados sobre flores los dos amantes, rodeados de sus brazos, con la cabellera á la voluntad de un viento juguetón, cubría Enrique de besos la frente de marfil y los labios de rosa, devorando con mirada ávida las bellezas y gracias de Elvira. Ella sonreía al escuchar sus frases apasionadas, y lo dejaba respirar amor bajo su boca bermeja, oprimiendo sobre su corazón á aquel hombre que, en cambio de los tormentos que por él había sufrido, la recompensaba al fin con un cielo de felicidad.

## XLI.

—Conque no es vd. partidario de la reunión del Congreso, decía Morelos á Enrique Martínez.

—No, francamente: tarde ó temprano va vd. á tener que sufrir la envidia política de los mismos á quienes hoy eleva.

—Yo busco el establecimiento de un gobierno libre, algo que nos distinga bien de nuestros enemigos. Contra el dogma del derecho real, proclamado por ellos, es preciso asentar la base de la soberanía pública.

—Conozco esas ideas políticas sobre las que

nos escribió Hidalgo antes de pronunciarse en Dolores, y que él creyó necesario sacrificar en aquella época. Yo me permito aconsejar á vd., lo que vd. mismo dijo á Hidalgo en Querétaro, cuando él nos habló de reformas sociales: hagamos primero la independenciam, y después la nación arreglará esos asuntos.

—Pero las ideas económicas de Hidalgo podían atraernos fuertes oposiciones.

—De algunos interesados en el monopolio de las tierras: en compensación nos aseguraban el poderoso concurso del pueblo. Las teorías políticas no tienen esa ventaja; porque nuestros indios están todavía demasiado atrasados para concebir el ideal de la libertad, mientras sí comprenden que se les dé tierra, que se les procure bienestar, que sus familias tengan un pedazo de pan que llevar á la boca. Por eso á Hidalgo lo siguieron con entusiasmo las masas populares; por eso los diez hombres que lo seguían en Dolores se convirtieron en cien mil al poco tiempo; y derrotado el caudillo en Aculco, encontró en Valladolid y Guadalajara nuevas fuerzas con que combatir, y habría hallado nuevo concurso en las poblaciones de la frontera, y hubiera al fin realizado la independenciam, valiéndose de instrumentos tan poderosos como son la voluntad y el interés del mayor número, si Allende no interviene en Pabellón, trastornando todos

sus planes..... Muerto el Generalísimo, quitado de la escena el hombre superior á cuya voz poderosa se conmovían y levantaban los pueblos, aparece vd. con dotes notables y extraordinarias para organizar y dirigir ejércitos: reúne en su derredor una pléyade de colaboradores ilustres como son Matamoros, los Galeana y los Bravo; emprende vd. una marcha victoriosa del Veladero á las inmediaciones de México; sostiene el glorioso sitio de Cuautla; toma vd. á Oaxaca y á Acapulco; demuestra su genio militar en una multitud de combates y acciones de guerra; se hace vd. nuestra única esperanza..... y en los momentos supremos ¿insiste vd. en dimitir el mando y en que una reunión de hombres medianos se constituyan árbitros de nuestros destinos?

—Esos hombres medianos son los representantes de la Nación.

—Ni aun eso es exacto. No se han llegado á verificar elecciones más que en las provincias de Oaxaca y de Tecpam: en los demás puntos del país no ha podido saberse el resultado de la voluntad pública.

—A falta de voluntad expresa, imposible de obtener en lugares ocupados por el enemigo, se ha atendido á la voluntad presunta, creyéndose, no sin fundamento, que las personas más caracterizadas de las localidades habrían sido las favorecidas por el escrutinio.

—Es sin duda bello y digno de encomio fundar las bases de un sistema republicano; y abrir las puertas á la libertad. Mas tal vez no haya llegado el momento oportuno; tal vez esto cause divisiones entre nosotros y enerve la fuerza del mando. Dejemos esa obra para más adelante.

—¡Más adelante! es palabra que me he repetido á menudo, y con la que he sofocado hasta ahora los sentimientos que desde hace mucho tiempo dominan mi alma. Pero ya no es posible esperar. Me pesa la dictadura que, contra mis inclinaciones, he tenido que ejercer en las comarcas ocupadas por mis tropas; deseo que concluya esa Junta Suprema establecida en Zitácuaro, junta llena de disensiones y que no tiene el voto popular por origen; quiero que mi patria sea digna, y para eso hacerla libre. Hay que fundar la libertad desde el principio, para que los futuros gobernantes de México tengan ya una senda trazada que seguir en lo futuro.

—Son esos bellos ideales, en los que se reconoce que es vd. discípulo de Hidalgo, filósofo y pensador profundo.

—Sí; mas no un discípulo como Rayón, que toma la proclamación de Fernando VII á lo serio; yo conocía todas las ideas y aspiraciones de mi maestro. Mucho antes de pensar en el levantamiento por la independencia,

discutíamos en el colegio de Valladolid sobre los asuntos públicos; pero mientras él se entusiasmaba ante las mejoras económicas y sociales, yo lo que más admiraba era sus ideas políticas. De él aprendí el odio á la tiranía bajo cualquier forma que se presente: y ese culto á la libertad, que no había podido sostener antes, hoy que las victorias obtenidas me colocan á la cabeza de la revolución, no tengo obstáculo en proclamarlo abiertamente.

—Yo también soy partidario de esas doctrinas; mas temo que el establecimiento de un Congreso nos quite la fuerza de acción indispensable, y retarde un poco la independencia. La libertad es una hada bella y llena de encantos, que por una desconocida ley de la naturaleza, está condenada á aparecer en ciertas ocasiones bajo la forma de una serpiente venenosa.

—Yo no me engañaré por ese disfraz, y la protegeré á pesar de su aspecto repelente.

—Respeto ese sentimiento, aunque dudo que sea aceptable. Y ahora ha acabado de hablar el amigo del General en Jefe, y toma la palabra el soldado. Me ha mandado vd. llamar: estoy á sus órdenes.

—Quiero que vaya vd. al campamento de Matamoros con una misión urgente. Es preciso que se mueva en auxilio de Bravo, sitiado en San Juan Coscomatepec.

—Me pondré en marcha esta misma tarde. Enrique se despidió de Morelos, y se dirigió hacia la quinta.

Elvira lo esperaba.

—Tengo que salir hoy mismo, dijo á su esposa el coronel insurgente, después de saludarla con afecto.

—Te acompaño donde quiera que vayas, respondió ella con resolución.

—No es posible. ¡Una mujer delicada en un campamento!

—Sabré hacer lo que hace toda mujer de soldado, atenderte y curarte si te ocurre una desgracia.

—Prefiero prescindir de tu compañía y de tus cuidados, con tal de no exponerte á los riesgos é incomodidades de una campaña.

—¿Te has olvidado de Llamas?

—No podrá llegar hasta aquí.

—Las fuerzas realistas se hallan á orillas del Mexcala. ¿Qué trabajo es pasar el río y caminar después algunas leguas?

—Tenemos en Chilpancingo un ejército numeroso.

—Que se lo llevará Morelos el día que crea conveniente moverse.

—Siempre quedarán fuerzas suficientes para el resguardo del Congreso.

—No sabes lo que es Llamas, y olvidas

también lo que son los celos. Yo no me considero en seguridad mas que á tu lado.

—Pero vas á sufrir mil molestias.

—Contigo no las hay para mí. Al contrario, mi mayor tormento sería que nos separásemos, cuando hace tan poco tiempo que nos hemos reunido y que somos felices.

Y siguieron la insistencia y las súplicas de Elvira.

—Pero es una locura, exclamaba Enrique.

Al fin no pudo resistir.

Mandó que dispusieran el mejor caballo, precioso animal que se distinguía por la arrogancia de su andadura y por la flexibilidad de sus corvas. Su talla era alta, su cabeza delgada, su vientre corto, su anca redonda: sus músculos resaltaban sobre su pecho vigoroso: su espesa crin flotaba y volvía á caer sobre el cuello derecho: su pie hendía la tierra que retumbaba bajo la pezuña sólida.

—Irás siempre á la cabeza del regimiento, dijo Enrique á su esposa. Este caballo es el primero que atraviesa los ríos y que tienta el paso de los puentes. No se espanta con vanos ruidos. Cuando á lo lejos resuene el estrepito de las armas, verá que todo su cuerpo entra en agitación, que se estremece, levanta las orejas, y revuelve constantemente en su nariz el fuego que se escapa de ella. A pesar

de este ardor es obediente, docil y capaz de ser gobernado por una mano femenina.

Y volviéndose al ayuda de cámara enviado por Morelos, agregó Martínez.

—Damián, tu quedas encargado del servicio especial de la Señora.

### XIII.

¿Tendrá razón Enrique? pensaba Morelos algunos días después de su conversación con Martínez. ¿De la instalación del Congreso va á datar la era de nuestras desgracias? ¿van á sobrevenir la desunión y la discordia como efectos precisos de la falta de unidad de mando? ¿las ventajas obtenidas se disiparán como el humo, y pronto tendremos al enemigo persiguiéndonos con la punta de la espada, no dando cuartel, y esparciendo por doquiera la desolación y el exterminio? En todo caso, si esto ha de suceder, hay que resignarse á la fatalidad que nos rige. Yo no puedo prescindir de estos instintos de libertad; me siento arrastrado, arrebatado por ellos: los he contrariado en multitud de ocasiones, los he aplazado para más adelante, y ellos reaparecen, como una eterna esfinge, y me violentan, y me empujan, y me llevarían aún al abismo.

El alma no es libre; no puede sofocar las inclinaciones: ¿á qué preocuparme de lo porvenir? ¡Si ellas me han de conducir á la muerte, si derrotados nuestros ejércitos he de ser presa del cruel adversario, no hay más que aceptar 'con frente erguida la mala estrella y someterme al destino que no puedo alterar, porque para esto sería preciso volver á nacer, y que se renovara por completo la cubierta de nervios que me ciñe por todos lados, y que tal vez me devore como la túnica de Nesol!

Pero no se trata únicamente de mi porvenir, sino de la suerte de la Patria. Aquí es quizá posible alguna modificación. Si temo cometer un error político al cual no puedo resistir, debo alejarme de los negocios públicos. Que Rayón, que Liceaga, que Berduzco, que otros muchos que ambicionan el puesto supremo, realicen al fin sus votos. Yo me separaré satisfecho, quitándome un grave cargo de la conciencia y un fuerte peso del corazón.

Mas ¿es realmente un error el establecimiento del gobierno libre? ¿es una falta llamar á la Nación á que sea dueña de sus destinos? Todavía no puedo convencerme de ello. Suponiendo que se difiriera nuestra emancipación por quebrantarse en los momentos de lucha la fuerza del mando, la independencia tiene al fin que realizarse en lo futuro, sembrada como se halla la idea en todo

el país, y habremos desde el principio acostumbrado al pueblo á la libertad, fundando las bases de una buena administración.

Sin embargo diferir la independencia, permitir que sigan corriendo arroyos de sangre por un largo periodo, es asimismo una gran responsabilidad. El mal éxito, que todo lo opaca, arrojará lodo, al rodar por el polvo nuestra gloriosa bandera, y los que sostenemos la lucha vamos sin duda á ser vilipendiados, tan sólo por el delito de no haber sido siempre felices. ....

En aquel instante entró el secretario Rosains con el semblante lleno de satisfacción.

—Señor, dijo á Morelos; los jefes y oficiales del cuerpo de ejército han elegido á vd. generalísimo entre los cuatro capitanes generales, y su designación la ha aprobado el Congreso por unanimidad de votos, quedando vd. además investido del Poder Ejecutivo con plenitud de facultades.

—Conteste vd., replicó secamente Morelos, que agradezco la confianza que en mí se deposita; pero que renuncio ambos cargos, por considerarlos superiores á mis merecimientos y capacidad.

—Pero, Señor..... se atrevió á replicar Rosains.

—Haga vd. luego lo que le mando.

Y Rosains, ambicioso que esperaba elevar-

se al lado de Morelos, vió en un instante trastornados todos sus planes.

No era hombre, empero, capaz de desalentarse, y fué inmediatamente á divulgar la noticia entre los militares y el pueblo, á fin de que pidieran al Congreso no se aceptase la dimisión.

Le costó poco trabajo conseguirlo, porque el prestigio de Morelos era universal.

El Cuerpo Legislativo volvió á reunirse en la tarde, y después de alguna deliberación insistió en que Morelos fuese el primer jefe del ejército y el depositario del Poder Ejecutivo, mandando además que llevara el título de Alteza.

Rosains volvió con la noticia á Morelos.

Este se halló contrariado.

—¿Va vd. á ser el primero que dé el ejemplo de la resistencia? dijo el secretario con alguna energía.

Morelos hizo una señal de impaciencia; mas al fin juzgó indispensable inclinarse ante la decisión suprema.

Dirigióse entonces hacia la iglesia, lugar donde el Congreso se hallaba reunido, y después de dar las gracias al presidente de la corporación, manifestó que aceptaba el doble mando que acababa de conferírsele. Únicamente hizo observaciones respecto del tratamiento:—Yo no quiero mas que un solo título

ló, exclamó ante la Asamblea, el de *Siervo de la Nación*.

El Congreso acordó se asistiera á un solemne *Te Deum*, y el acto terminó entre los aplausos y calurosos plácemes de todos.

### XLIII.

Mientras tanto Enrique había salido con su esposa para el cuartel general de Tehuicingo, llevando, como hemos dicho antes, la orden á Matamoros para que se moviese en auxilio de Bravo, quien resistía en Coscomatepec heroicamente.

Matamoros, luego que recibió la comunicación de Morelos, se dirigió en auxilio de su compañero de armas: pero las lluvias habían hecho intransitables los caminos, y al llegar á la Hacienda de San Francisco, supo que Bravo se había visto obligado á romper el sitio. Se disponía, no obstante, á avanzar hacia San Andrés, cuando tuvo noticia de que un valioso convoy, escoltado por una división realista, marchaba de Orizaba á Puebla, y que esa misma noche dormiría en San Agustín del Palmar.

A la luz del nuevo día pudo el general independiente distinguir el convoy, el cual ca-

minaba con lentitud. Iba á la vanguardia la caballería de Morán, formando una espesa selva de lanzas ante la que se abría la senda, y los arbustos de los costados, inclinados ó rotos, cedían con estrépito. Continuaban las mulas de carga, custodiadas por combatientes que no tenían el uniforme ni la carabina del soldado, cubiertos de cuero, y usando como armas el machete y el lazo. Formaba la retaguardia el batallón de Asturias, con soldados que las montañas más célebres de España enviaban al combate, valientes como pocos, é insignes por sus gloriosos hechos de armas y por su felicidad en la guerra. A la cabeza marchaba el comandante Cándano: llevaba su espada en la mano, y su sombrero adornado de un vistoso penacho la hacía discernir fácilmente entre las brumas de la mañana.

Matamoros dió la orden de ataque, y la acción de guerra comenzó. No era esta una de esas lides del principio de la insurrección, en que los independientes peleaban con piedras ó palos pesados y endurecidos: aquí un horrible conjunto de bayonetas y de sables desnudo herizaba la llanura; el acero resplandecía a la luz del sol, y desde el primer momento se anunciaba el soplo del viento tempestuoso ante cuyo impulso las olas iban á enblanquecerse y á inflarse. Pronto levantadas del fondo del abismo, se elevarían hasta las nubes.

El fuego se rompió por todas partes, y el humo cubrió el campo de batalla. Las mulas del convoy aceleraron su paso, y casi todas las fuerzas de los independientes cayeron sobre la retaguardia, rodeando al batallón de Asturias. Este formó un cuadro reforzado, á tres de fondo, sostenido por la caballería, y en esta actitud marchó á través de la llanura el espacio de dos leguas, sin dejar de mantener un vivísimo fuego. Un rastro sangriento, marcaba el camino de los combatientes: á lo lejos se oían los últimos lamentos de los moribundos y los gritos de los heridos: la muerte agitaba su segur con rapidíz, y la tierra iba quedando sembrada de armas inutilizadas y de miembros dispersos.

Así pasaron algunas horas. Matamoros se hallaba impaciente por terminar en su favor la lucha, pero al mismo tiempo vacilaba en comprometer su reserva. Formaba ésta el regimiento escogido que mandaba Martinez. De repente se escuchó un grito agudo. Era Elvira que no había podido contenerse al percibir á un teniente-coronel que se hallaba al lado de Cándano.—“Es él, es Llamas: allí entre ellos,” había dicho á Enrique al acercársele.

El odio largo tiempo comprimido se desbordó. Sin esperar Martinez la orden del General en Jefe, mandó tocar á deguello, y se lanzó, sable en mano, contra el enemigo, acu-

chillando á todos los que se oponían á su paso. Matamoros se sorprendió de aquel ataque emprendido sin su anuencia: quiso indignarse; pero no era posible hacerlo ante tanto valor. Por otra parte, aquel movimiento había decidido el éxito. Enrique con sus soldados había destrozado el cuadro, y ya se veía á varios realistas rendir las armas, y á otros muchos que huían precipitadamente en direcciones diversas.

Cándano y sus oficiales no quisieron retroceder, y fueron hechos prisioneros. Por el contrario Llamas había confiado su salvación á la ligereza de su caballo. Enrique no pudo darle alcance, volviendo contrariado á presentarse al General en Jefe. Quinientos fusiles, un cargamento de tabaco y otros muchos despojos eran los frutos de aquella victoria.

Matamoros, en el parte oficial á Morelos, recomendaba á Inclán, Herrería, Pezera, Molina, y principalmente al coronel Martínez.

## CAPITULO OCTAVO.

## VALLADOLID Y PURUARÁN.

## XLIV.

El 7 de Noviembre de 1813 Morelos salió de Chilpancingo á la cabeza del grueso de sus tropas, y reuniendo en Cutzamala las divisiones de Matamoros y de Don Nicolás Bravo, se presentó el 23 de Diciembre á la vista de Valladolid, lugar adonde se había determinado fuese trasladada la residencia del Congreso.

El ejército insurgente desplegábase en la llanura, bien provisto de armas y de caballos, y con estandartes de colores resplandecientes. Galeana mandaba las primeras filas: las últimas marchaban bajo las órdenes de Matamoros. En el centro veíase á Morelos: tal cual un río hinchado con sus afluentes, avanzaba en una calma majestuosa.

Los españoles han descubierto la aproximación de los independientes por las espesas

nubes de polvo que se elevan en el aire y por las tinieblas que cubren el terreno. Landázuri, el jefe de la guarnición, ha sido el primero que, desde lo alto de una torre, ha observado el torbellino que se adelanta.—¡“A las armas, soldados! ¡á las trincheras! ¡tenemos enemigo al frente! ¡que se avise á Llano y á Iturbide, que se hallan Indaparapeo, la necesidad de un violento socorro!” Los realistas corren á las puertas de la ciudad, y cubren las fortificaciones. La orden prescrita por su jefe es que por ningún motivo salgan á campo descubierto: su tarea es defenderse al abrigo de las murallas. Dóciles á la consigna que han recibido, oponen sus puertas al enemigo, y esperan armados y atrincherados en las garitas.

A la cabeza de su división se ve á Galeana desprenderse del resto del ejército y avanzar hacia la ciudad. Monta un caballo alazán con manchas blancas, y sobre su sombrero galoneado ostenta una lujosa toquilla.—“Soldados, dice, síganme: veamos quien es el primero que llega á Valladolid.” Dichas estas palabras se lanza orgullosamente en el espacio descubierto que lo separa de la plaza. Un vivo clamor se eleva entre sus tropas, las cuales lo siguen con entusiasmo. Los cañones enemigos se hacen oír; pero no detienen á aquellos valientes, quienes llegan pronto ante la

garita del Zapote, y buscan alguna parte accesible por donde penetrar. Tal cual un lobo explora todas las entradas de un redil, así el jefe insurgente busca un medio de introducirse en la población, salvando aquellos atrincheramientos que detienen su audacia.

Las fuerzas que defienden la garita son arrolladas, y Galeana llega á las primeras calles de la ciudad. Un nutrido y formidable tiroteo se escucha: las trompetas hacen resonar á lo lejos los terribles acentos del metal sonoro, y el ejército les responde con exclamaciones de guerra. Ya los insurgentes comienzan á horadar los edificios; ya avanzan hacia el centro, protegidos por todo lo que pueden encontrar en su camino propio para formar un obstáculo..... De improviso un ruidoso tropel de caballos se escucha á retaguardia. Son Llano é Iturbide que vienen en auxilio de la plaza. Galeana se encuentra entonces entre dos fuegos: no obstante, previene á sus soldados que hagan frente por todas partes, y se oye el choque repetido de las armas en medio de una pelea espantosa, y una lluvia de balas inunda el lugar del combate, como cuando el cielo en cólera, desencadenados los vientos del Norte y con ellos las negras tempestades, destroza el flanco de las nubes cargadas de granizo.

Galeana no pudo resistir más, y se abrió

paso entre la multitud de enemigos que lo rodeaban. Cuando volvió á salir á la llanura, Matamoros se movía en su auxilio; pero ya no era tiempo. Habíanse perdido setecientos hombres entre prisioneros y muertos.

## XLV.

Pocas horas después de los sucesos que acabamos de referir, un soldado ebrio disputaba con un sargento en el campamento de Matamoros.

—Déme mi dinero, sargento, decía el primero al segundo.

—¿Qué dinero?

—El que gané: yo dije al cuatro.

—Al cuico dijiste.

—Al cuatro, hombre.

—Mira, ya estás muy *mono*, y es bueno que te vayns á acostar.

—Eso es: me despacha á dormir, después que me ha desplumado. ¡Sacristán!

—¿Y que otra cosa quieres que haga?

—No estoy tan *chispo* que no haya visto sus trampas. ¡Sacristán!

—Vamos; poco á poco. No me recuerdes mi vida pasada, porque puede costarte caro. Sí, fui sacristán; pero el sacristán á quien

mandó el cura Hidalgo tocar á misa el 16 de Septiembre: ¿entiendes?

—Y yo he hecho todas las campañas con mi general Morelos.

—Y yo también, imbécil. Y concurrí últimamente á San Agustín del Palmar, donde tú no estuviste; allí donde hemos hecho mor-  
der el polvo á los vencedores de Bailén. ¿Sabes tú donde está Bailén?

—No.

—Ni yo tampoco; pero eso no importa. Esos soldados triunfaron de los franceses, y nosotros los hemos vencido.

—Sacristán, repitió el soldado con voz aguardientosa.

—Si es vano querer razonar con un borracho. Vaya: te he dicho que no me recuerdes mi vida anterior, si no quieres pasarla mal.

—¿Yo? si soy de la Costa Chica.

—¿Y que me importa que seas de la Costa Chica ó de la Costa Grande? Tu eres del Sur, agregó Damián sacando el sable, pues yo soy de Salvatierra: vamos ¿y qué?

En ese momento pasaba por aquel lugar Enrique Martínez, coronel del regimiento.

—¡Hola! ¿que es eso? gritó desde lejos.

—Es este soldado que se halla ebrio y que trata de faltarme, manifestó Damián.

—¡Ebrio cuando se está al frente del enemigo! Y además, ¡faltar al superior, al sar-

gento! Vamos, Damián; recoge el arma á ese hombre, y condúcelo á la cueva que nos sirve de calabozo.

El soldado entregó su sable, y Enrique continuó su camino.

—Sargento, dijo el soldado cuando el coronel se halló á distancia, si hubiera yo dicho que todo fué porque nos puso el monte.

—Veo que has sido suficientemente hombre para callarte, y que me has hecho una buena *valedura*.

—Pues ahora, va á hacerme una á mí, sargento.

—¿Qué deseas?

—No quiero ir al calabozo: mire, mejor me voy á tirotear al enemigo.

—Pero, hombre ¿no ves que puedes *pescar un pelotazo*?

—¡Pelotazo! Mire; si estoy viendo la ciudad muy chica, y los que están dentro se me hacen unos enanos. Si voy con mi arma, echo á to lo afuera, y tomo la plaza.

—No es mala *toma* la que tú tienes en la cabeza. Si no estuvieras tan *trompeto*, te diría que se ve la ciudad chica porque estamos lejos.

—¿Qué dice?

—Que si lo sabe el coronel, es capaz de mandarme dar cuatro tiros.

—No lo sabe: yo estoy aquí á buena hora.

—Bueno, hombre, ve. Dice el refrán que hay un Dios para los borrachos: que él vaya contigo.

Al comenzar la noche vuelve aquel soldado gritando que el enemigo se acerca.

Llevado inmediatamente ante Enrique, da la siguiente explicación:

—Iba yo un poco tomado. De repente me encontré entre soldados vestidos lo mismo que nosotros.—A alinearse, me gritó un oficial cuya voz desconocí.—Dígame vale, pregunté al soldado que iba junto, ¿quién es el que nos manda?—¿Tan chispo estaba cuando salimos de Valladolid que no ha conocido al coronel Iturbide?—¿Adonde vamos?—A atacar el campamento de las Lomas de Santa María. Comprendí entonces que me hallaba entre los contrarios. Al acercarnos aquí, me he escapado. No me han hecho fuego tal vez por no hacer ruido, pero ahí vienen.

En efecto, ya se oían los primeros tiroteos con las avanzadas, y se distinguía entre las sombras una masa de hombres considerable.

Enrique, dejando por un momento el mando del cuerpo al teniente-coronel, corrió en su caballo hacia una tienda de campaña inmediata, donde se encontraban Morelos y Matamoros.

—¿Qué ocurre? coronel, dijo el primero.

—Tenemos al enemigo sobre nosotros.

—No importa: vd. lo recibirá como se merece.

—Vienen mandados por Iturbide.

—Bueno, que lleguen; hay fuerzas suficientes que oponerles. No se olvide, Enrique, de que la posición que vd. ocupa es la llave del campamento. En ningún caso hay que abandonarla. Pronto estaré allí yo mismo con refuerzos.

Y después de recibir esta orden de Morelos, Martínez se dispuso á volver adonde se batían sus soldados.

## XLVI.

Algo le indicaba el corazón al coronel insurgente, cuando en vez de tomar el camino por donde se oían los disparos de las avanzadas, siguió la dirección de otra pequeña tienda de campaña algo distante de las líneas, lugar en que se hallaba Elvira.

La noche estaba oscura, y al través de sus velos cree Enrique distinguir un grupo de soldados de caballería que se aproximan á la tienda: vé aún más; en el jefe que manda aquella tropa, le parece que reconoce á Ila-mas. ¿Es por ventura un delirio de su imaginación? En todo caso él y su escolta ponen

desde luego sus caballos al galope; mas es en vano. Al acercarse, han oído varios tiros disparados sobre la tienda, y un grito de mujer que ha salido de allí.

—¿Que ha sucedido, Damián? dice Enrique al llegar, con voz que apenas puede emitir.

—Una gran desgracia, mi coronel. La señora ha sido herida.

Enrique quiere bajarse del caballo; pero piensa en aquel instante en los enemigos que se alejan, y la ira que de él se apodera domina todos sus otros sentimientos.

—Llama luego al médico de la división, mientras yo persigo á esos bandidos. Qué se prodiguen á Elvira todos los socorros: te la recomiendo mucho, Damián.

—Pierda el coronel cuidado: todo se hará como si aquí estuviera presente.

Y sin esperar más. Enrique se lanza á todo escape en persecución de los asesinos.

Ya les había dado alcance, ya se había cerciorado por algunos soldados caidos en su poder de que el jefe de aquella partida era Llamas, cuando al llegar á la línea de batalla, vé Martinez con sorpresa, que su propio regimiento les abre paso.

—¿Por que ha dejado vd. escapar á esos malvados? exclama con cólera, dirigiéndose á un oficial,

—Son los soldados de Galeana.

—No señor: son realistas que se han introducido en el campamento.

—Traen la cara teñida de negro; y así se previno á las fuerzas de Galeana la tuvieran, por orden del General en Jefe.

—Pronto: que todo el regimiento se reuna en su persecución.

El clarín da los toques respectivos, y los escuadrones siguen al coronel impaciente.

Enrique olvida en aquel instante la orden de Morelos, olvida que la loma que abandona es el punto indispensable para la batalla que comienza. No se acuerda sino de Elvira herida, y siente la necesidad de vengarse de un rival aborrecido é inicuo.

Cuando Morelos llega á aquel lugar con los refuerzos, se lo encuentra ocupado por tropas de Iturbide, que lo reciben con una granizada de balas. No debe su salvación sino al valor de su escolta.—Pero Martínez, exclama ¿donde está Martínez?

Martínez atravesaba en aquellos momentos las hileras del ejército realista, esparciendo por to las partes la muerte y el exterminio.

## XLVII.

Morelos había prevenido á Galeana atacárse

por retaguardia, mientras él y Matamoros resistían de frente.

—Martinez que ignoraba esa orden, después de abrir con su regimiento un ancho surco de sangre por entre el ejército español, se encuentra con las fuerzas de Galeana, á las que toma por enemigos, y emprende con ellas una pelea tenaz y desastrosa.

Para colmo de males cree que el jefe que manda es Llamas, y trata de abrirse paso hasta él, y le grita y lo insulta desde lejos.

Galeana, con el sable desnudo, viene adonde se halla Martinez.

—¡Eh! coronel español, le dice, ¿para qué tanta faufarronada? Yo no soy Llamas, soy Hermenegildo Galeana, y voy á darle lo que se merece.

—¡Galeana! exclama Enrique, ¡es imposible! No soy coronel español, sino Enrique Martinez.

—Pero. . . . ¿se ha pasado vd. al enemigo?

—¿Quién me hace semejante injuria?

—Pues si no es cierto, ¿por que se bate vd. con mis tropas?

—He creído que eran realistas. Todo el ejército de Iturbide viene con la cara teñida de negro, exactamente como las fuerzas de vd.

—Esa orden dió el General en Jefe, pre-

cisamente para que no se me confundiera con los españoles.

—Sin duda Iturbide interceptó la orden, y ha pintado también de negro á sus soldados.

—Ya comprendo el equívoco, exclamó Galeana con desesperación; y lo peor es que en todas partes está causando sus funestos resultados. En todos los lugares del campo nos estamos batiendo insurgentes contra insurgentes.

Efectivamente oíase un fuego atronador en torno de Valladolid.

Iturbide lo había dejado establecido, y después habíase retirado en silencio dentro de las murallas de la plaza.

### XLVIII.

Cuando Martínez se convenció de que no le sería posible vengarse de Llamas, y que lo único que obtendría sería matar á sus mismos compañeros, se dirigió, con los restos que le habían quedado de su regimiento, hacia el lugar donde había dejado á Elvira.

Una gran inquietud lo atormentaba. Quisiera tener las alas del halcón ó del águila, para lanzarse con la rapidez de una flecha. Apenas se fija, en su veloz carrera, en los

charcos de sangre que cubren el suelo, en los restos mutilados de sus amigos, y en los nobles estandartes de los defensores de la independencia arrojados en el polvo..... Descubre al fin la tienda de campaña: una claridad siniestra brilla en ella: no es la luz que está acostumbrado á distinguir..... Llega; vé á Danián que lo espera en silencio; no se atreve á interrogar. Penetra ¡y sus ojos distinguen entonces lo que su corazón no podía creer, y lo que sin embargo había presentado!.....

En medio de cuatro cirios se hallaba el cadáver de Elvira. La llama de la belleza se conservaba aún carmesí sobre sus labios y mejillas; la pálida bandera no se desplegaba todavía. Viva era tan tranquila y tan hermosa, que en la muerte mantenía una dulce serenidad. La franja negra de sus largas pestañas velaba los astros de luz en un prolongado y último eclipse; pero el semblante guardaba aún su encanto, y pudiera creerse que se hallaba entregada á un sueño, que no duraría sino cortos instantes.

Enrique no habló: su mirada estaba fija; su cuerpo que la inquietud hacía antes temblar, se encontraba ahora inmóvil. El amor de su juventud, la fuente de sus aspiraciones más dulces, el ser á quien había idolatrado, lo perdía para siempre en aquel momento. ¿Quién

puede ver friamente que se le arranque todo lo que formaba sus delicias? Ninguna palabra es suficiente para descorrer los misterios del alma en una calamidad semejante, porque la verdad rehusa toda elocuencia al dolor. Martínez sentía su espíritu abrumado por este golpe súbito, y el estupor le dió por algunos instantes una especie de reposo. Había, no obstante, que tomar una resolución. La orden del General en Jefe para la retirada del ejército acababa de llegar, y Enrique tenía que reprimir sus lágrimas. Mandó llamar al único capitán que había quedado en su regimiento, y le dijo:

—Capitán Jurado, va vd. á marchar con lo que queda del cuerpo. D. rá vd. al General en Jefe que me han matado. Prométame vd. solemnemente que cumplirá esta última disposición que le comunico.

—Pero vd., coronel, ¿adonde se dirige?

—Voy á buscar con algunos hombres fieles y con el cadáver de mi esposa un asilo entre los bosques. La noche está oscura, añadió señalando hacia el horizonte; pero no hay sombras comparables á las nubes del alma. El rayo se oye á lo lejos; pero ya que ha destruido al gracioso lirio, que destruya también al duro granito, y que no queden de él sino ennegrecidos fragmentos esparcidos sobre el suelo.

Y montando violentamente en su caballo, como un loco, y seguido de Damián y algunos soldados, Enrique desapareció en las tinieblas.

## XLIX.

Doce días después de los acontecimientos que acabamos de referir, Morelos creyó necesario contrarestar por alguna acción importante el desaliento que se había apoderado de sus tropas con motivo de los sucesos funestos de las Lomas de Santa María. Una inmensa corriente de fugitivos, de oficiales separados de sus cuerpos, de caballos sin ginetes, de trenos y carros faltos de conductores, llenaba los caminos, y la retirada tenía lugar en desorden, dejándose por donde quiera heridos y despojos. Era preciso restablecer el prestigio militar perdido, y á semejanza del león tocado por los cazadores, prepararse nuevamente al combate, rompiendo el dardo con que había logrado herir el enemigo emboscado.

Matamoros hizo al General en Jefe algunas observaciones. Las mejores tropas habían sido destruidas. El mejor regimiento de la división que él mandaba, había sido deshecho, pereciendo su jefe. Galeana y Bravo

habían sufrido mucho en el ataque de la Garita del Zapote, y el primero aun más en el choque nocturno con Martínez. ¿Qué quedaba? algunos batallones de menos confianza, y con ellos no era posible hacer frente á enemigos que marchaban engreidos por la próspera fortuna.

La llegada de Don Ramón y Don Rafael Rayón decidió al fin una nueva acción defensiva en la Hacienda de Puruarán. Se fortificaron los edificios de la finca con troneras y parapetos, y se reforzaron las cercas de piedra suelta que los rodeaban. Morelos se preparó á la lid haciendo venir su mejor caballo, y ajustando á su cintura la espada que había brillado victoriosa en Tixtla, Chilapa, Taxco, Oaxaca y Acapulco. Su cara lanzaba ardientes chispas, y el fuego brillaba en sus ojos inflamados. Así como algunos ruminantes ensayan sus cuernos contra los troncos de árbol, así el ejército insurgente se preparaba para la nueva lucha con ejercicios continuos.

Llano é Iturbide se aproximaban con sus fuerzas victoriosas. Los jefes independientes temen entonces que caiga prisionero el sostenedor de la revolución, y todos en cuerpo se dirigen á Morelos, suplicándole no se exponga en aquel choque decisivo: él reúne un alto cargo militar y el poder ejecutivo de la república. Morelos insiste en estar presente á

la batalla; pero sus consejeros se lo llevan, casi por fuerza, á la hacienda inmediata de Santa Lucía, y hacen que entregue la dirección militar á Matamoros.

Es éste un estoico á quien la vida poco importa, y que, á pesar de creer que la defensa es imposible, se resuelve á esperar allí á las fuerzas adversarias. Don Ramón Rayón insta sobre la necesidad de elegir otro punto para la resistencia; pero Matamoros se encoje de hombros, manifestando que á él sólo toca obedecer las órdenes que ha recibido del Generalísimo. En tales momentos, preséntanse á la vista Llano é Iturbide.

Los clarines se hacen oír. Orrantia y Claverino atacan amenazando el frente y la izquierda de las posiciones, mientras Llano dirige los fuegos de su artillería sobre las cercas, produciendo el efecto de metralla al hacerlas saltar, y causando con esto formidable estrago en los que se hallan guarecidos tras de ellas. Los caudillos insurgentes contestan haciendo prodigios de valor: allí está Bravo, lleno de confianza en su juventud y en su fuerza; allí aparece Galeana de brazo vigoroso que sostiene una espada resplandeciente; allí está Rayón que ha perdido un ojo en Zitácuaro; y allí Matamoros, que desafía con calma los rayos continuos de la artillería, y se burla

con irónica sonrisa del plomo candente que rebota en su derredor.

La acción es refida y sangrienta. Del mismo modo que los vientos libran combate en el mar, no cediendo ni ellos ni las olas; así al entrar los soldados realistas por los portillos que la artillería ha abierto, se chocan con las falanjes insurgentes pié contra pié, guerrero contra guerrero, sin que ninguno ceda en la lucha.

Mas al fin la victoria se decide por los soldados del rey. Los independientes tienen que huir en desorden. Matamoros trata en vano de detenerlos.—“No es á la agilidad de los piés á la que debe confiarse la salvación; es el hierro el que debe abrir un camino por entre las filas enemigas.” Pero toda exhortación es inútil. El mismo general en jefe se ve obligado á vadear el río que se halla á su espalda, y al efectuarlo es hecho prisionero por un soldado del batallón de Frontera.

De esta manera terminó la desgraciada campaña de Valladolid, perdiéndose un inmenso material de guerra aglomerado á costa de trabajos y de constancia infatigable: todo, por el deseo de que el Congreso se trasladara á una población importante. El adalid de la revolución comenzaba á recoger los amargos frutos de la organización política que había imaginado, y el prestigio que se había queri-

do dar á la Magestad Legislativa costaba á la nación la sangre de sus mejores hijos.

## L.

Morelos no era hombre que se abatía en la adversidad. Con los dispersos recogidos después de las desgraciadas acciones de Valladolid y Puruarán, reúne á orillas del Mexcala un nuevo ejército de mil hombres. Pero esto no le basta: á su espalda tiene las dos provincias de Tecpan y Oaxaca, teatros de sus victorias; con los recursos que en ellas existen puede aún batir con éxito al enemigo orgulloso. Don Víctor Bravo, sin embargo, acaba de ser derrotado por Armijo, y urge salvar al Congreso, y hay que hacer frente por tercera vez á las tropas realistas, sin descuidar la formación de nuevas fuerzas. En semejantes circunstancias tiene que dejar un jefe que contenga á Armijo, mientras él va hacia el Sur á adoptar medidas capaces para hacer volver la fortuna á las banderas de la insurrección.

Mas ¿en que jefe se fijará para dejarle el mando? Galeana y Bravo son sin duda los más inteligentes; pero participan quizá de ciertos sentimientos hostiles que hay en el ejército hacia el Cuerpo Legislativo, pues se

inculpa á este alto Poder, cuya soberanía interviene en todas las decisiones, por la marcha poco feliz de los asuntos públicos. Puede intentarse algún golpe de Estado, ó cuando menos, dejar que el enemigo avance y se apodere de los Representantes. Estas reflexiones preocupan el ánimo de Morelos, y repitiéndose la vacilación de Chilpancingo, duda al resolver sobre lo que pueda ser oportuno.

Al fin deja confiado el ejército á su secretario Rosains. Aunque abogado, no es extraño á los asuntos de la guerra: antes de ir á Chilpancingo, había levantado en armas cerca de mil hombres en la zona comprendida entre Chalchicomula y Tepeyahualco, figurando entre los bravos guerrilleros de la provincia de Puebla. Le encarga proteja la retirada del Congreso; sacrifique hasta el último hombre, antes que permitir ataque alguno á los depositarios de la Soberanía Pública. Hechas tales prevenciones, parte á promover el levantamiento en masa de los pueblos, y á organizar una vigorosa resistencia contra el enemigo que se acerca.

Con infatigable actividad recorre diversas poblaciones. Desde Coyuca escribe al Virey proponiendo doscientos prisioneros por la vida de Matamoros; en Huehuetlán recibe la noticia de que las fuerzas de Rosains se han desbandado, y de que el jefe ha escapado á duras

penas de la muerte. No importa: la recluta de nuevas tropas adelanta rápidamente, y las montañas cercanas á la costa van á ser poderosos baluartes para defenderse del invasor. A estos importantes trabajos se halla dedicado Morelos, cuando recibe orden del Congreso de presentarse en Tlacotepec.

La Asamblea Legislativa, como todo cuerpo colegiado en los momentos de peligro, pretende salvar la situación, dictando sin orden ni concierto un buen número de disposiciones. Confiere á Rayón el mando militar en las provincias de Oaxaca, Veracruz, Puebla y México, y á los pocos días da igual nombramiento á Rosains en Veracruz y Puebla, con lo que produce entre ambos jefes una abierta rivalidad, que es seguida de disensiones á mano armada. Aumenta el Congreso de una manera irregular el número de sus vocales: mas, sobre todo, está resuelto á retirar á Morelos las amplias facultades políticas que se le habían concedido, y en tal virtud es llamado el caudillo insurgente para que presente su dimisión.

Morelos renunció el poder á las primeras insinuaciones que se le hicieron: tan sólo pidió seguir sirviendo á su patria como soldado. Sus anteriores y brillantes hechos de armas se hallaban eclipsados por la desgracia; pero en todo tiempo conservaba el derecho de sacrifi-

car su vida por la salvación del país. El Congreso entró á ejercer el Poder Ejecutivo; y Morelos aceptó la misión de ir á dismantelar el castillo de Acapulco, poniéndose en marcha, sereno y tranquilo, hacia el lugar de sus primeros triunfos.

## CAPITULO NOVENO.

### EL MÁSCARA NEGRO.

#### LI.

El año de 1814 es considerado como uno de los periodos más cruentos en la guerra de independencia. Después de la sangrienta hecatombe de Puruarán, siguió la de Chichihualco, punto en que Rosains fué derrotado. Tuvo lugar la ocupación de Oaxaca por el coronel Melchor Alvarez, el cual inauguró su gobierno con la ejecución del alférez Aguilera y de algunos indios que el cura Terrón le envió en calidad de prisioneros. Matamoros fué fusilado el 3 de Febrero en Valladolid, y á este acto de rigor siguieron las sentencias de

muerte pronunciadas contra Ayala y Don Miguel Bravo, el incendio del campo del Veladero, las huellas de sangre dejadas por el coronel Andrade al recorrer la provincia de Valladolid, los sistemas de exterminio observados por Cruz en Nueva Galicia, por Hevia en Veracruz, por Concha en la zona de Toluca, y sobre todo las matanzas efectuadas constantemente por Don Agustín de Iturbide en la provincia de Guanajuato: en Villela mandó fusilar á una mujer, entre otros prisioneros; y dió muerte al padre Luna, su discípulo de colegio, después de haberlo recibido afablemente y de haber ordenado que le sirvieran chocolate.

Como en represalia de estas ejecuciones continuas, había aparecido en las inmediaciones de Pátzcuaro un guerrillero misterioso, que tampoco dejaba con vida á ninguno de los que caían en sus manos. ¿Quién era? ¿de donde había venido? eso nadie lo podía asegurar. Una noche, un grupo de hombres armados había llegado al borde de la laguna con un fardo conducido con mucha precaución, y que contenía sin duda un objeto precioso: aquellos hombres tomaron una barca, y ordenaron al patrón los alejara un poco de la orilla, hasta llegar al sitio en que el agua duerme sombría y profunda. En aquel lugar sumergieron el fardo, que se hundió con len-

itud, extendiéndose hasta la playa el cabrilleo de la ola pacífica. El jefe se había quedado contemplando aquel objeto que desaparecía, y que llegó á no ofrecer á la mirada más que una mancha blanca que brillaba en el fondo. Después aquella pequeña tropa hizo volver á la barca, internándose en el bosque contiguo al lago. Desde entonces nadie pudo cruzar aquel sitio: tiros que parecían salir de las peñas ó de los árboles dejaban sin vida á todos los que osaban aventurarse por semejante lugar.

Desde la primera noche que apareció el jefe de aquella guerrilla llevaba un traje negro y la cara cubierta con un antifaz del mismo color. Así había continuado en lo sucesivo, sin inquietarse por los fuertes calores de aquel punto. Bien es verdad, que poco salía en el día: durante la noche era cuando se le veía avanzar como un rayo, montado sobre un negro corcel de riendas flotantes y de brincos rápidos. El ruido de los piés de hierro de aquel caballo despertaba el eco en las cavernas de alrededor, y la espuma que surcaba sus ijares parecía la del oceano. Corría, corría, y las miradas sorprendidas seguían aquella huida veloz. El ginete aguijoneaba al animal con las espuelas: helo allí que se acerca á una roca escarpada, que da la vuelta de ella, que se aleja aún, arrojando detrás de él una mi-

rada cual si hubiese sido la última. Detenia su cabalgadura un momento, la dejaba respirar, se levantaba un poco sobre los estribos. ¿Qué era lo que observaba al través de los pinos y de los cedros? Parecía el demonio de la noche: la memoria turbada retenía aquel aspecto y aquel aire, y no llegaba á borrarse la impresión cuando alguna vez se había logrado distinguir al *máscara negro*.

Este personaje tenebroso, aunque, como hemos dicho, tuviese su guarida en las inmediaciones de la laguna de Pátzcuaro, salía con frecuencia á expediciones lejanas, y recorría con su fuerza de cien hombres diversas comarcas. Se le había visto en Guanajuato, en el Sur de México, y en las más remotas provincias de Oaxaca y Veracruz; en todas partes donde había realistas que perseguir. No obedecía á los otros caudillos independientes: en Veracruz no había hecho caso ni de Rosains ni de Rayón que se disputaban el mando, y en Michoacán se había negado á acatar las determinaciones del Congreso, contestando que él no quería entenderse con abogados. Sólo á Morelos conservaba una respetuosa deferencia, y al saber que en Acapulco había mandado fusilar á algunos oficiales de los batallones de Asturias y Fernando VII, le había escrito la siguiente esquela, en la que se reflejaban sus sentimientos: "Cuenta vd. con-

migo para hacer lo mismo con todos los prisioneros que se hallan en Zacatula. La sangre de Matamoros pide venganza. Nuestros enemigos no perdonan, y nosotros no podemos ser misericordiosos."

## LII.

El Congreso había tenido que trasladarse de Tlacotepec á Uruapam.

—¿Qué sabe vd. de nuevo? decía, en esta última población, el representante por Durango al diputado de Tecpan.

—Malas noticias. Sé que se ha perdido Acapulco, y que las posiciones del Veladero fueron tomadas á pesar de la enérgica resistencia que Galeana hizo. Mas no es lo peor esto: en Veracruz continúan los disturbios causados por Rosains; Don Miguel Bravo ha sido fusilado en Puebla; Rayón ha tenido que retirarse al cerro de Cóporo; Don Benedicto Lopez es perseguido por Andrade. En todas partes la suerte nos abandona.

—No hay que perder la esperanza. La fortuna es una Diosa inconstante, y tal vez nos reserve una de sus sonrisas.

—Mientras tanto tendremos que salir de

este lugar donde estamos amenazados seriamente.

—Tomaremos el camino de Tiripitío ó de Apatzingán. Volveremos á dividir con los soldados la ración de arroz y carne sin sal, á hacer vida común con ellos, y á alojarnos en las chozas que hallemos á nuestro paso.

—Celebraremos nuestras sesiones bajo los árboles.

—No por eso dejaremos de formar la Constitución, y de atender á las demas graves cuestiones de las que depende la salvación pública. ¿Qué hay á discusión esta tarde?

—Las facultades del tribunal de residencia.

—¡Asunto importante! pero que dejaremos para otro día. Ahora lo más urgente es procurar dar fin á las escandalosas disidencias entre Rayón y Rosains.

—Nombraremos un comisionado para que los oiga en juicio.

—Me parece á propósito para ese cargo Don Carlos María Bustamante.

—¡Buena idea! y es preciso también ir preparando un manifiesto al pueblo, haciéndole ver que no estamos divididos de Morelos por odios ni rivalidades.

—Esa calumnia, Don José de la Cruz la hace circular en Guadalajara.

—No conocen á Morelos quienes aseguran

tal cosa. El es el que más respeta las decisiones de la Soberanía Nacional.

—Nos queda por último un punto, el más delicado de todos.

—¿Cuál es?

—Ayer llegó la noticia de que una guerrilla, que se introdujo en Zacatula de noche, se llevó á todos los prisioneros que había allí, y los ha fusilado, sin dejar uno vivo.

—¿Y quién mandaba esa tropa?

—El máscara negro.

—Pero ese guerrillero á nadie obedece.

—Desprestigia nuestra causa con excesos, pero ¿qué remedio? ¿Podemos trasquilar á un lobo? Los españoles, con todos sus elementos, no han llegado á forzar la madriguera de Pátzcuaro ¿qué seríamos capaces de hacer nosotros?

—Tiene vd. razón. Además no hace sino corresponder á las crueldades de nuestros adversarios.

—Y es el único jefe independiente que en este momento obtiene victorias. La derrota de Obeso fué debida á su oportuna marcha en auxilio de Herrera.

—Tendremos, pues, que dar carpetazo á ese asunto.

—Así lo exigen las circunstancias.

## LIII.

—Amigo, lo siento mucho; pero la cosa no tiene remedio. Me veo obligado á colgar á vd. de ese árbol: así lo manda el jefe. Sin embargo, soy buen cristiano, no quiero gravar mi conciencia, deseo que no se vaya vd. al infierno. Conque, ¿á qué santo quiere vd. que invoque para ayudarlo á buen morir? ¿al gloriosísimo Señor San Francisco, ó á mi patrón Señor San Antonio?

Y el antiguo sacristán se preparaba á sacar del bolsillo varias oraciones, cuando oyó una voz imperiosa que le gritaba:

—¡Hola! Damián; no estés ahí charlando, ni perdiendo el tiempo. Te he dicho que fuéiles á ese hombre.

—Señor, contestó Damián después de un corto intervalo. dice que tiene que hacer revelaciones, y que comunicar á vd. asuntos que mucho le interesan.

—Yo no tengo negocios con ningún español. Pero en fin, es lo mismo matarlo cinco minutos más tarde. Traelo á mi presencia.

Y Damián condujo al cautivo ante el *máscara negro*. Ninguna palidez se notaba en el semblante del preso, y parecía que estaba seguro de su salvación.

—Sr. Enrique Martinez, dijo al quedar solo con el comandante de la guerrilla, ¿recuerda vd. á su esposa asesinada la noche del 23 de Diciembre? ¿tiene vd. conocimiento de quien fué el que dirigió aquel asalto?

—¿Cómo sabe vd. que soy Enrique Martinez y sobre todo con qué derecho se mezcla vd. en mis asuntos particulares?

—¿Cómo sé que es vd. Martinez? el odio me ha hecho descubrirlo. Los dos tenemos fuertes agravios que vengar de Llamas, y yo he venido aquí, me he expuesto á que se me fusile, con el derecho que todo hombre tiene de buscar aliados.

—Ese es un pretexto que vd. inventa para disfrazar su espionaje.

—Yo no soy espía. Tenía necesidad de abocarme con vd.: nadie puede penetrar á este bosque, porque lo cazan como á una fiera, sin que se sepa ni aun de donde salen los disparos: lo sabía así, y me propuse vagar por las inmediaciones hasta llamar la atención de los soldados de vd. y ser aprehendido. Si me hallo aquí, es porque lo he deseado.

—¿Y cuál es el agravio que tiene vd. que vengar de Llamas?

—La noche del 20 de Diciembre de 1811 se daba un baile en el palacio de México. Al día siguiente Venegas debía ser capturado en el paseo de la Viga por algunos conspirado-

res, los cuales intentaban conducirlo á Zitácuaro: entre esos conspiradores se encontraba mi hijo. La empresa iba á costar varias vidas, y yo tenía una antigua deuda de gratitud con el ayudante que debía acompañar al Virey: Llamas me había libertado del presidio en España. Me dirijo á verlo, le manifiesto lo que va á ocurrir, le suplico que no vaya al paseo el siguiente día, y él, en premio de este aviso amistoso, me hace conducir al calabozo del tormento, y me obliga á delatar hasta á mi propio hijo, quien permanece aún en las prisiones de la capital.

—¿Qué clase de liga es la que vd. viene á proponerme?

—Una muy fácil de comprender. Vd. podrá matar á los españoles que encuentre en los caminos ó en los campos; pero jamás alcanzará tocar á Llamas, porque el antiguo ayudante del Virey, una vez conseguido su objeto al frente de Valladolid, ha vuelto á su empleo primitivo, y no sale ya de México. Si vd. fuese allí sin amigos que lo ocultaran, á las pocas horas caería en manos de la policía, que es hoy muy vigilante. Solamente en mi casa no inspirará vd. sospechas: soy español, y además paso por haber delatado á mi propio hijo á causa de mi adhesión al realismo, pues Llamas se abstuvo de referir lo del tormento.

—Déme vd. pruebas en que poder confiar.

—Conservo todavía las marcas de la tortura; y aquí, en la guerrilla, tiene vd. un oficial que conoce perfectamente toda esta historia, por haber tomado parte en la conspiración á que me referido.

Martínez mandó llamar al oficial indicado, y conferenció con él secretamente. De seguida hizo venir á Damián, y le dijo:

—Que quiten los grillos al señor, y que le pongan un asiento en mi mesa.

Damián se quedó asombrado. Era el primer caso de haber salvado con vida el que entraba al bosque.—¿Es debido este milagro á Señor San Antonio, dijo para sí, ó á mi glorioso padre San Francisco?

Y cuando vió en la tarde que Martínez y Morante departían amigablemente, el sacristán continuó fatigando su imaginación, para saber qué santo era el que había llegado á tocar el corazón de un hombre, quien desde hacía varios meses se mostraba inaccesible á la misericordia.

#### LIV.

Galeana, después de haber seguido á Morelos á Acapulco y de haber defendido heroí-

camente la posición del Veladero, se retiró á las espesas selvas que están próximas á la Costa Grande, y unido allí al coronel Don Juan Alvarez, hicieron ambos caudillos independientes algunas expediciones felices. Cuando Galeana ya se creyó con fuerzas suficientes, marchó sobre Coyuca el 25 de Junio, y dos días más adelante acometió reciamente en aquel pueblo al teniente coronel Avilés.

Sus tropas enardecidas por el ejemplo que él daba siempre en la hora del combate, cargaron sobre una avanzada realista que defendía las boscosas márgenes del río, y en un momento la destrozaron, lo mismo que al refuerzo que acudió á sostenerla. Mas Avilés observó que toda la fuerza de Galeana se había aglomerado en un solo punto, y dispuso que algunas de sus tropas marchasen violentamente á atacar la retaguardia. Este inesperado asalto hizo que los independientes se desconcertasen, que comenzaran á flaquear, y que luego se desbandasen en diversas direcciones. Galeana quedó solo en medio de una multitud de enemigos.

De un salto lanzó su caballo sobre la orilla del río: el que más de cerca lo seguía cayó muerto á sus piés; otro sufrió la misma suerte: pero un enjambre de realistas lo cercaba... A derecha, á izquierda, intentaba él abrirse paso: ya casi tocaba los linderos del bosque,

en cuya espesura juzgaba encontrar refugio. Un grupo de sus soldados lo había visto en peligro, y volviendo á la lucha, hacía esfuerzos desesperados para llegar donde se hallaba. ¿Podía salvarlo? Los sables brillaban al través de los árboles: los auxiliantes, infatigables y ardientes, peleaban contra el adversario; algunos caían por tierra..... Habían venido para aumentar el número de víctimas: su sangre enrojecía el suelo que bajo sus plantas se encontraba.

Galeana había intentado desde el principio reunirse al grupo de aquellas fuerzas que combatía á su lado: ya había logrado abrirse paso hasta cerca de él; su brazo daba tal vez el último golpe..... De improviso tropieza con un árbol, y recibe en la cabeza dos fuertes golpes que lo derriban del caballo: los dragones de Avilés lo rodean: ninguno, sin embargo, se atreve á herirlo: hasta que al fin un soldado, llamado Joaquín León, le dispara atravesándole el pecho; y, bajando del caballo, le corta la cabeza.

Tal es el fin del héroe. Tres días después no quedaban de aquel combate sino pocos trofeos. El teatro de la carnicería conservaba aún algunos vestigios, tales como pedazos de sable, rastros de caballos marcados sobre la tierra, carabinas rotas, y en medio de algunos zarzales un capote con una gran mancha rojiza.

Los cuervos hacían oír sus gritos al destrozarse los cadáveres.

Al separarse la aurora lentamente las nubes y esparcir sobre aquel lugar un gris sombrío, una guerrilla de cien hombres, con un personaje enmascarado á su cabeza, recorría ese sitio, en busca del mutilado cuerpo de Galeana. Lo encontró, lo recogió con respeto, y le dió sepultura. Incontinenti el jefe hace fusilar á cinco prisioneros que lleva consigo; les manda cortar la cabeza; y colocados en una cesta estos despojos sangrientos, los envía á Avilés con esta esquela lacónica: "Remito á vd. al soldado Joaquín León y á los demás que insultaron á Galeana.—*El máscara negro.*"

Avilés encontró natural la represalia, y estuvo lejos de indignarse por ella. El mismo había dicho á los que en la plaza del pueblo se burlaban de la cabeza de Galeana colocada en un árbol de ceiba:—"Esa cabeza es la de un hombre valiente y honrado." Y había dispuesto que el resto ensangrentado se quitase de allí, y que se le diera sepultura en la puerta del templo.

## LV.

Jacinta, no obstante las repetidas y terminantes manifestaciones de Rubí para que no se

moviera de Tecualoya, se resolvió á ir á reunirse con su amante. Hacía dos años que no lo veía, y no le era posible continuar en ese estado. Abandonó, pues, sus lares, tomando la dirección de la isla de Mexcala, y tocando á Valladolid en su expedición.

El hijo del comandante militar de la provincia era un joven vicioso que, prevalido de lo mucho que lo consentía su padre, se abandonaba fácilmente á las maldades. Era estúpido, vanidoso, pendenciero, lascivo; su humor pasaba sin cesar de lo malo á lo peor: y sin embargo, entre ese conjunto de vicios, poseía una cualidad: era valiente, pero valiente con imprudencia; no tenía miedo al peligro, porque le faltaba el juicio, que es á menudo causa de temor. Esta alteza salvaje, este hijo mimado del despotismo, vió á Jacinta, le pareció hermosa, le hizo la corte, y no obteniendo nada por los halagos y lisonjas, se decidió á satisfacer sus deseos por los medios violentos.

Los comandantes militares realistas eran en aquella época una especie de bajás turcos, que con impunidad podían entregarse á toda clase de abusos y arbitrariedades. Luego que Jacinta supo de lo que era capaz el hijo de Andrade, trató de huir secretamente de Valladolid; pero su perseguidor estaba alerta, y apenas había tenido tiempo la joven para atra-

vesar la garita, cuando ya su enamorado tenía noticia de la salida, y se aprestaba á seguirla. Jacinta apresuró su marcha, el temor le dió alas, y caminó varias leguas sin interrupción ni descanso.

Llegaba ya á Pátzcuaro, cuando distinguió á Andrade que venía á lo lejos á todo el galope de su caballo. La infeliz mujer, sin protección alguna en el pueblo, donde todo sería permitido al hijo del gobernador, dirigió su cabalgadura hacia el bosque cercano. Ignoraba que no era posible entrar allí sino bajo pena de muerte. Percibió una cueva, y se introdujo sin vacilación en aquel antro misterioso.

Por su parte Andrade no era capaz de retroceder. El tampoco sabía que aquel sitio era la madriguera de la cuadrilla del *máscara negro*.—Pero ¿adonde se ha ocultado Jacinta? ¡ah! es sin duda en la caverna; allí la iré á buscar.

Jacinta avanzó algunos pasos en el subterráneo: de repente la detuvieron algunas luces que distinguió á distancia y el ruido de varias voces.—¡Cosa más extraña!—Se aproximó.—Escuchó.—Eran muchas personas que rezaban el rosario.—¿Será alguna comunidad de frailes retirada bajo tierra? No: es Damián que ha quedado como jefe durante una ausencia de Martínez, y el ex-sacristán acostumbra

reunir á los soldados en la tarde para el ejercicio de la oración y de la plegaria. A eso deben Jacinta y Andrade haber ilegado hasta aquel lugar.

Jacinta oyó pasos á su espalda, y sospechando que fuese Andrade, no tuvo otro recurso que avanzar, cayendo de improviso entre aquel grupo de personas que no la aguardaban, y que tomaron inmediatamente sus carabinas, creyendo en algun ataque imprevisto. Pronto, sin embargo, se tranquilizaron, viendo únicamente á una mujer.

—Señores, dijo Jacinta, no me hagan vdes. mal. He entrado aquí, porque el hijo del comandante de la provincia me persigue, y no encuentro en ninguna parte asilo para librarme de él.

—¡El hijo del comandante en este sitio! exclamó Damián.

Pero Jacinta no tuvo tiempo de responderle. Andrade se presentó en ese momento.

—¡Hola! vagabundos, dijo, ¿qué están vds. haciendo aquí?

--Su Alteza, contestó Damián, se cree sin duda en las salas del palacio de Valladolid. Vamos muchachos, agregó haciendo una seña, expliquen vds. al señor en lo que nos ocupamos en esta cueva.

Y acto continuo, cuatro soldados se arrojaron sobre Andrade; pero no antes de que

éste hubiera tenido tiempo para disparar su pistola, hiriendo á dos de los asaltantes.

Al fin lo desarmaron y encadenaron.

—Ahora sí, Alteza ilustre, dijo Damián, voy á colgar á vd. del palo más alto que hay en el bosque; pero antes es cristiano proporcionarle confesión: ¿á que cura quiere vd. que se mande llamar?

—A ninguno; yo no necesito confesarme.

—¡Ah! ¿es también hereje? pues en ese caso lo quemaremos: leña no ha de faltar.

—Hagan lo que quieran, bandidos, pero háganlo presto; porque si logro escapar, pido á mi padre soldados, y vengo á fusilar á vdes.

—No nos asuste con papá: si papá, con sus soldados y todo, no ha podido con nosotros. En fin le doy tiempo para que piense: que lo lleven al fondo de la cueva, y si quiere confesarse me avisa.

Luego volviéndose á Jacinta, añadió Damián:

—Señorita, aquí está vd. segura. Mañana llegará mi jefe, el *máscara negro*; á él podrá vd. dar explicaciones de lo que ha ocurrido, y él determinará lo que corresponda. Mientras tanto ¿quiere vd. acompañarnos á seguir rezando el rosario?

Al día siguiente llegó en efecto El ríque Martínez, en los momentos en que Damián se preparaba á ejecutar á Andrade.

Se informó de lo acaecido, y dijo á su segundo:

—Tu tienes la culpa, por tus prácticas devotas, de que haya necesidad de trasladarnos á otro lugar. Si no te hubieras puesto á rezar el rosario, no habrías descuidado la entrada del bosque. Y ahora es imposible hacer mal á esa niña, y por otra parte es indispensable que nadie sepa donde vivimos. Te irás, pues, con la guerrilla, escoltando á Jacinta hasta el lago de Chapala; allí buscarás una embarcación para que la joven vaya á reunirse con su amante; después, no vuelvas á este sitio, porque lo encontrarías desierto: te aguardo en la provincia de Veracruz, en la cueva que hemos reconocido juntos cerca de las barrancas de Jamapa. Déjame diez hombres de toda confianza.

Damián se apresuró á cumplir aquellas disposiciones, y partió á los pocos minutos, escoltando á Jacinta.

Entonces Martínez mandó desencadenar á Andrade.

—Es vd. un valiente, le dijo, y no quiero tratarlo como á los demás prisioneros. Además, no soy ahora el comandante de una guerrilla insurgente, sino el defensor de una mujer. ¿Qué arma elige vd. para que nos batamos?

—La que vd. quiera.

—Le prevengo que manejo bien tanto la pistola como la espada.

—Nada me importa.

—Está bien, elegiré la menca ventajosa. Aquí tiene vd. un par de pistolas para que nos le dividamos. Coloquése vd. á la distancia que crea más conveniente.

Y luego que Andrade hubo tomado la pistola y hecho alto en su posición de combate, añadió Martínez:

—¿Estamos listos?—Fuego.

Dos detonaciones se oyeron, y Andrade cayó sin vida en el polvo.

El guerrillero llamó á algunos soldados.

—Arrojen vdes. ese cadáver á la laguna, dijo; pero antes, que se sepa quien lo ha matado.

Y un cabo hundió en el cuerpo de Andrade una daga pequeña con esta inscripción en letras realzadas: "*El máscara negro.*"

## CAPITULO DECIMO.

## UN NUEVO INSURRECTO.—CÓPORO.

## LVI.

Hay un arte que ha hecho perder al hombre la costumbre de aplacar el hambre con bellotas, que le ha enseñado á cubrir de verde follaje las estrechas cabañas, y que sometiendo el buey á la esclavitud, ha colocado el carro rústico bajo un empuje vigoroso: arte por el que la humanidad ha renunciado á los alimentos salvajes, por el que se han plantado árboles, y por el que las aguas son conducidas á refrescar las mieses y á fertilizarlas. Por él, la uva dorada oprimida con el pié da su licor, los campos producen cosechas, y la tierra se despoja anualmente de su rubia cabellera. Por la agricultura la abeja reúne en la colmena el jugo de las flores, atenta á llenar los panales de dulce miel. En el campo se han trenzado las primeras coronas; y allí, para dar ocupación á las juvenes, se ha hecho que la oveja entregue su suave y brillante vellón: tal es el origen de la tarea diaria, de la rue-

ca y del huso que dan vueltas bajo los dedos, y del lienzo que una infatigable ama de casa forma cantando y haciendo que resuene la lanzadera en el telar.

A esta industria benéfica y útil se hallaba dedicada, en el año de 1814, una honrada familia. Don Pedro Moreno, dueño de la hacienda de la Saucedá cercana á Lagos, vivía en aquella finca con su esposa é hijos. Era envidiable la vida tranquila y metódica de aquel grupo de personas. El padre y el hijo mayor cuidaban de los trabajos agrícolas; la madre atendía á la casa; á la hija mayor, Beatriz, había correspondido el cultivo de los jardines: los demás hijos de Moreno aun no salían de la infancia.

Es imposible dar una idea con palabras de lo interesante que era Beatriz, joven, á lo más, de diez y siete primaveras. Ella no había menester el lujo ni los atractivos del tocador. El artificio era impotente para adornar una tan hermosa cabellera, y para ataviar una cabeza tan linda. ¿La seda podía dar lustre á cabellos que opacaban su brillo? ¿Y para qué redondear las innumerables trenzas? gustaban más sin arte y sin afectación.

¿Para qué se necesitaba que el oro luciese sobre su cuerpo, cuando sin adorno alguno, ella brillaba más que ese metal precioso? ¿Para qué se quería que los diamantes y los ru-

bies serpenteasen sobre un cuello de alabastro, que la sola naturaleza había embellecido? ¿Para qué un cinturón pérfido había de impedir á su vestido flotar al capricho del viento, cuando su talle parecía divino sin ese lazo extraño? ¿Para qué sus dedos graciosos habían de estar cargados de sortijas, si ellos serían entonces los que dieran realce á tales alhajas?

Engalanada en los tesoros de la naturaleza, Beatriz podía despreciar la compostura; podía desprenderse de ornato superfluo la que era demasiado bella con su sola belleza. Sus encantos naturales bastaban para seducir. Al verla no se trataba de combatir una inclinación tan dulce; y para amarla, no había necesidad de que fuese una Diosa cubierta de riqueza.

Los relámpagos de sus ojos podían luchar con los dardos abrasadores del astro del día. Su cuello era deslumbrador como la nieve. Las selvas en la primavera se hallaban menos perfumadas que aquella mujer: ninguna pradera esmaltada de mil colores, ningún campo cubierto de sus más ricos tesoros, podían comparársele. La blancura del jazmín no se aproximaba al color de su tez, que eclipsaba los lirios elevados sobre la verde alfombra. Ninguna rosa podía igualar el encarnado de sus mejillas, y la gracia que se observa en la

violeta que empieza á abrirse, delante de ella no tenía encanto.

A Beatriz estaba confiado el cuidado de la gran huerta de la hacienda. Por ella Flora ostentaba su cabellera brillante sol re el fértil césped, y Pomona jugaba con frutos maduros en aquel jardín. Ella sabía cubrir los árboles de un follaje extraño y de frutos adoptivos; sabía corregir el gusto de las peras por el ingerto del manzano, y forzar los duraznos á tomar el lugar de las ciruelas precoces. Mandaba dirigir las corrientes límpidas por entre las siembras; corrientes que, antes de llegar á su destino, paseaban su cristal tembloroso al pié de los lirios y en medio de las vides cubiertas de sus racimos rojizos.

Alejandro, el hijo mayor, descuidaba á menudo sus ocupaciones, para satisfacer su pasión favorita, la caza. Su aposento se veía regado de carabinas y de balas; su atención se concentraba, una gran parte del día, en los perros, pues abundando en la finca los animales feroces, y siendo la persecución de ellos á lo que más se dedicaba Alejandro, tenía necesidad de que sus auxiliares fueran de buena ley. Todas las razas las había mezclado de una manera inteligente, á fin de que las cualidades de cada una de ellas se encontrasen en la prole. Se veía á los mastines descubrir la pista y la retirada del animal salvaje, ma-

nifestar su alegría agitando la cola, y destruir el rastro hendiendo la tierra con las patas. Alejandro tenía especial cuidado en no tener mas que perros cuyos valor y destreza fuesen bien conocidos. Cabeza alta, orejas derechas, gran boca, dientes amenazadores, aliento ardoroso, vientre firme, cola corta, ijares prolongados, cuerpo suficientemente velludo para aguantar el frio, lomo vigoroso, pecho elevado permitiendo sostener fuertes brincos, tales eran las cualidades de sus perros de caza, cualidades que Alejandro había logrado reunir con constancia extraordinaria.

El mejor vástago de la raza lo tenía Beatriz. Un día distinguió un pequeño can, que apenas podía sostenerse, pero cuya petulancia lo elevaba ya sobre sus iguales. En tanto que una dulce temperatura ejercía su influencia, á nadie permitía sobre su espalda; y sólo cuando el viento de la tarde traía consigo el frío, cesaba su despotismo, y dejaba á sus hermanos cubrirlo: pretendía dominar á todos. Su arrogancia cayó en gracia á Beatriz, y desde ese día hizo de Selim su compañero inseparable.

Tales eran los entretenimientos y ocupaciones de aquella familia, cuando una noche, al regresar Moreno de un corto viaje, hizo reunir á su esposa é hijos en una sesión solemne.

—Vdes. conocen, les dijo, mi adhesión á la causa de la independencia. Si hasta hoy no he tomado las armas, si no he ido á combatir por los principios de libertad, cuyo triunfo debe desear todo hombre digno, ha sido por vdes., por lo mucho que me preocupa su porvenir. Yo no podía arrancarlos á las comodidades de que disfrutaban y á la perspectiva de heredar una mediana fortuna, para lanzarlos en la senda de lo desconocido. Pero ahora el mismo interés de vdes. me manda obrar conforme á mis sentimientos. La revolución se ensangrienta, y las pasiones exacerbadas no reconocen ya dique. Traigo malas noticias de Lagos. Únicamente porque no me es simpática la dominación de España, las autoridades se aprestan á perseguirme y á confiscarme los bienes; se ha pedido al Virey autorización para efectuarlo, y evidentemente vendrán de México órdenes en ese sentido. Antes de que tal cosa se lleve á cabo, pienso realizar todos mis intereses, guardando el dinero en punto donde no pueda llegar el alcance de mis enemigos: mañana salgo para Valladolid con tal objeto. Con los réditos que ese capital produzca, vdes. pueden vivir en cualquier ciudad: yo me voy á las montañas á luchar por la Patria.

—¿Y has creído que te abandonaría? con-

testó la esposa de Moreno. La mujer deba seguir á su marido donde quiera que vaya.

—Nosotros también te acompañamos, dijeron Alejandro y Beatriz arrojándose al cuello de su padre.

Moreno no esperaba esta respuesta, y no pudo impedir que una lágrima brillase en su pupila.

—¿Pero lo han reflexionado vdes. bien? manifestó. ¿No saben que tienen que sufrir una vida de privaciones y de peligros? Tú sobre todo, agregó dirigiéndose á su esposa, estás criando, tienes que atender á los niños, ¿como va á ser posible que vivas entre los montes, y estés oyendo el disparo de los fusiles, y te muevas violentamente cuando sea necesario cambiar de sitio, y te expongas á todos los demás trabajos de la vida de un soldado?

—Yo y mis hijos, contestó la señora, tenemos ante todo un deber que cumplir, no abandonarte en el peligro. Si en esa tarea nos sucede alguna desgracia, no hay sino resignación. Mientras tu asistes á las batallas, yo cuidaré de que á la vuelta á tu campamento nada te falte.

—Y yo te acompañaré á los combates, padre mío; dijo Alejandro. Tengo ya alguna preparación: la guerra es poco diferente de la caza.

—Yo curaré á los heridos, añadió Beatriz.  
 —¿Y la niña que se halla en el colegio de Lagos? ¿y los demás pequeñuelos? ¿quién los atenderá?

—Mis hijos me seguirán donde yo vaya, expresó la señora.

—Pues bien, agregó Moreno, tendré entonces que modificar mi plan. En vez de ser un guerrillero que recorra el país, me estableceré en una comarca: fortificaré algún punto donde quede la familia en seguridad, y Alejandro y yo saldremos á las expediciones.

—Nos haremos fuertes en la Sierra de Comanja, expuso Alejandro.

—Ya lo pensaremos bien. Por de pronto, mañana marchó á Valladolid, á vender todo lo que nos pertenece.

## LVII.

Hemos dejado á Morelos convertido en simple soldado, después de dimitir el mando supremo. Encargado por el Congreso de dismantelar el castillo de Acapulco, cumplió esta comisión; y dejando á Galeana para que defendiese la posición del Veladero, él se dirigió á la Costa Grande á organizar nuevas fuerzas. En esta ocupación se encontraba

cuando supo la desgracia ocurrida en el ataque de Coyuca. "Me han quitado los dos brazos" exclamó. El otro brazo era Matamoros.

Los que no saben comprender á los héroes, los que son incapaces de discernir los grandes sentimientos que forman el móvil de las acciones de estos seres privilegiados, empezaron á echar al viento hablillas de toda clase. Morelos se hallaba disgustado con el Cuerpo Legislativo; no podía olvidar la injuria que se le había hecho, al insinuársele descendiera del puesto prominente en la nueva democracia. Los rumores fueron demasiado lejos para que llegasen á oídos de los realistas, y Don José de la Cruz los hizo circular en Guadalajara, exajerándolos y abultándolos. Según él, Morelos y el Congreso estaban divididos por una rivalidad manifiesta y por un odio mutuo y profundo.

El general independiente juzgó necesario contrariar estas voces, y se movió de su campamento de Atijo para ir á encontrar á los miembros de la Representación Nacional en Santa Efigenia. Allí se le recibió con grandes demostraciones de respeto. Pero era preciso algo más. El Congreso, trasladado á Tlaxiaco, publicó un manifiesto, negando que la discordia se hubiese introducido entre las autoridades, y que la ambición agitara los espíritus. Morelos añadió su palabra á estas afir-

maciones, para que el efecto fuese más eficaz: "Señor, decía en una exposición al Cuerpo Legislativo, nada tengo que agregar á lo que V. M. ha manifestado al pueblo en cuanto á la anarquía mal supuesta, lo primero, porque V. M. lo ha dicho todo, y lo segundo, porque cuando el Señor habla, el siervo debe callar. Es notorio que saliendo de la costa varié tres veces mi marcha en busca del Congreso para Huayaméo, Huetamo y Canario, á tratar sobre la salvación del Estado con el acuerdo conveniente. Digan cuanto quieran los enemigos, jamás variaré del sistema que justamente he jurado, ni entraré en disensiones de que tantas veces he huido. Las obras acreditarán estas verdades, y no tardará mucho en descubrirse á los impostores, con lo que el pueblo quedará satisfecho."

Poco tiempo después publicóse con gran pompa la Constitución en Apatzingán. Morelos se hallaba presente. Veía al fin realizados sus ideales de libertad, y esto lo indemnizaba un poco de sus infortunios en la guerra. Un banquete tuvo verificativo el día en que se promulgó el Código político, banquete al que asistieron los principales personajes. Morelos tomó la palabra, y expuso sus más culminantes pensamientos.

"Comienzo, dijo, haciendo justicia á los autores de la nueva obra legislativa. Ellos han

arrostrado con serena intrepidez los peligros, y no han vacilado en dar su vida por la libertad de su país. Goces sociales, familia, intereses, todo lo han abandonado sin sentimiento, para llevar sus luces, su ardiente fe y su actividad á una causa nobilísima. Hombres como Quintana Roo, Rayón, Cos, Alderete, Soria y Sesma habrían recibido distinguidas consideraciones del gobierno virreinal, si sus almas altivas no hubieran preferido, como dice Tácito, las tempestades de la libertad á la quieta servidumbre. Han optado por la muerte, por el hambre, por la miseria, por las penalidades de una vida errante, y han hecho frente al destino con el valor estoico que da á los hombres superiores la conciencia del deber. Si es digno de admiración el denuedo del guerrero que desafía á la muerte en los campos de batalla, merecedora de no menos valiosos timbres es la serenidad de aquellos que, expuestos á los mismos riesgos del soldado, no pueden tener, como éste, la excitación embriagadora de la lucha."

Después habló Morelos de los más elevados preceptos contenidos en la Constitución.

"La Carta sancionada hoy, agregó, más que como un conjunto de principios prácticos de gobierno, debe considerarse como una condensación de declaraciones generales: es la teoría de la revolución colocándose frente á

frente del hecho, el despotismo arraigado en la colonia con el trascurso de tres siglos. Al derecho divino de los reyes se ha opuesto la soberanía nacional como base del orden político; se ha erigido el sufragio público en origen y fuente del poder; se han fijado las atribuciones de las diversas autoridades; y se han consignado los derechos de todo hombre á la libertad, á la igualdad, á la propiedad y á la libre emisión del pensamiento, abriéndose de este modo la senda hacia un ideal de paz, de fraternidad y de reivindicación de la dignidad humana." \*

Una voz interrumpió á Morelos.

"—!Cuanto mejor hubiera vd. obrado, Señor, fijando por sí mismo esos principios generales, y no formando una autoridad que ha sido el germen de nuestras funestas catástrofes! Los desastres coinciden con la instalación del Congreso en Chilpancingo. Y no terminan aún los errores: va vd. á ser nombrado miembro del Poder Ejecutivo, inhabilitándose de esta suerte para las operaciones de la guerra al único jefe capaz de reanudar la serie de nuestras campañas felices."

El que dijo lo anterior fué un individuo que sin invitación alguna se había introduci-

---

\* México á través de los siglos. Lib. 2.º páginas 450. y 451.

do en el comedor, llevando cubierta la cara con un antifaz.

—¡El máscara negro! exclamaron todos.

—Falta al respeto debido al Congreso.

—Que se le forme causa por ultrajes á la Majestad.

El máscara negro lanzó una mirada de desprecio sobre los que arrojaron estos últimos gritos, y esperó, cruzado de brazos, lo que se quisiera hacer en su contra.

—Señores, dijo el que iba á ser Presidente de la Cámara, no estamos constituidos en Cuerpo Legislativo. Por otra parte, debemos ser consecuentes con nuestros principios ¿hay ó no libertad para emitir el pensamiento?

Ante estas observaciones los gritos cesaron.

El máscara negro salió entonces de la pieza, y después de bajar tranquilamente la escalera, tomó un caballo que lo esperaba en la plaza del pueblo.

Mientras tanto Morelos había quedado entregado á una profunda meditación.

—He creído reconocer la voz de Enrique Martínez, ujo al cabo de corto rato. Y sin embargo, personas fidedignas me aseguraron haberlo visto cubierto de sangre y sin vida en las Lomas de Santa María.

## LVIII.

Damián, escoltando á Jacinta, no pudo llegar sino con grandes dificultades á las márgenes del lago de Chapala, pues D. José de la Cruz había resuelto bloquear la isla, y á aquellos valientes que habían sabido resistir al plomo y al hierro, hacerlos rendir por la falta de víveres.

Mas al fin Jacinta obtuvo una embarcación, y burlando en la noche la vigilancia de la escuadrilla española, desembarcó en Mexcala. ¡Qué desengaño después de tantas penalidades y de tantos trabajos sufridos! Rubí oyó con mal humor la relación de Jacinta, y á pesar de las protestas de inocencia, no pudo admitir que su amada hubiese salido ilesa de las asechanzas del hijo de Andrade y de la cueva del *máscara negro*.

El mayor agravio para una mujer que se estima es suponer que, aun intunada, haya podido violar el pudor. Jacinta se ofendió gravemente con el falso juicio de Rubí, y después de algunas explicaciones, al ver la insistencia de éste, quedó muda, no permitiéndole su dignidad herida agregar una palabra más.

Volvió á tomar una de esas atrevidas ca-

noas que desafiaban en las aguas de la laguna á las lanchas realistas, y pudo, corriendo algunos peligros, regresar á tierra firme. Quedó sobre la orilla, sin saber adonde dirigirse, con el corazón henchido aun de amor, viendo alejarse á la ligera embarcación que la había conducido. Abandonada sobre aquella playa, la infortunada no podía creer á sus ojos. El hombre en quien había concentrado su porvenir y sus esperanzas quedaba á lo lejos sin acordarse de sus promesas. Jacinta, con los ojos bañados en lágrimas, pero inmovil como una estatua de mármol, distinguía el lugar donde permanecía el ingrato, y su espíritu incierto flotaba al capricho de mil sentimientos opuestos. Se le habían caído las cintas que detenían las trenzas de sus cabellos rubios, el velo que cubría su seno, y la mascarada de seda anudada en su garganta: estos y otros adornos se hallaban á sus piés, jugando las olas con ellos. ¿Qué le importaba que se sumergiesen entre las aguas? En su delirio, Rubí era el que llenaba su alma, el que absorbía sus pensamientos, y á quien llamaban todos sus deseos.

Al fin tuvo que ponerse en camino. ¿Adonde iba? ¿qué senda intentaba seguir? Ella no lo sabía. Caminaba sin detenerse, no haciendo caso de la mordedura de los guijarros, de la hambre que roía sus entrañas, ni del frío

que atrofiaba sus nervios. Devoraba la distancia con un continuo ejercicio, que no podía sostener más largo tiempo. Por último, su vista se anubla, la tierra le da vueltas, cae sin sentido..... ¿Va á morir en medio de los campo? A-í lo hubiera creído cualquiera, á juzgar por el número de horas que permaneció sin recibir ningún auxilio.

En la mañana siguiente un perro descubrió aquel cuerpo frío, y fué á dar la noticia á su ama por medio de ladridos y continuas carreras al lugar del suceso. Beatriz, que se paseaba á caballo con Alejandro á alguna distancia de la Saucedá, atendió sin demora á las indicaciones de Selim, y se trasladó al lugar donde se hallaba Jacinta. ¡Qué hermosa joven allí rendida de cansancio! Beatriz adivinó que en aquel acontecimiento había oculto un misterio de amor. Mandó que condujeran á Jacinta á la hacienda, y se le prodigasen toda clase de cuidados.

Cuando ésta se hubo restablecido, contó á Beatriz toda su historia. La joven se impresionó ante aquel amor profundo.— Ese mal no tiene remedio, dijo á Jacinta, pero podemos mitigarlo, quedando vd. en medio de nuestra familia, y tratándola como á una hermana.

En ese momento retornaba Don Pedro Moreno de su viaje á Valladolid.

—Nos vamos á la Sierra de Comanja, dijo.

—Tenemos una nueva compañera, manifestó Beatriz presentando á Jacinta.

—Pero no sabes si esta joven querrá arros-  
trar los peligros á que vamos á estar expues-  
tos.

—Mi mayor deseo sería que fuese yo útil, y que pudiera recompensar de algún modo la benéfica hospitalidad que he recibido. Admítame vd., Sr. Don Pedro, en su nuevo ejército, y disponga de mis servicios y de mi vida como le plazca.

—Vd. y Beatriz, replicó Moreno sonriéndose, he aquí dos reclutas capaces de vencer por la seducción á dos divisiones del enemigo.

—Venceremos, sin seducir, atendiendo y cuidando á vdes. de quienes esperamos el triunfo.

## LIX.

Llano y su segundo Iturbide habían recibido orden de atacar el cerro de Cóporo, lugar donde estaban fortificados Don Ignacio y D. Ramón Rayón. Por todas partes centinelas vigilantes cruzaban el campamento realista: apagábanse los fuegos encendidos en su contorno: jefes de confianza organizaban diversas columnas, yendo de un lugar á otro con

fin de levantar á los soldados extendidos sobre la yerba, los cuales acababan de vaciar á la luz de las hogueras sus copas de hoja de lata. Se aguardaba tan sólo que la oscuridad fuera completa para dar principio al asalto.

Por su parte los sitiados, desde las murallas colocadas cerca de la cumbre, trataban de adivinar los proyectos del enemigo. Rayón en persona visitaba las trincheras, y hacia llevar á ellas municiones en abundancia. Los oficiales excitaban el valor de la tropa. Todo el ejército, en previsión de un combate próximo, velaba á lo largo de las fortificaciones, y ocupaba los diversos puntos que era preciso defender.

Mas la noche había pasado casi entera sin novedad, y ya llegaba á creerse que el ataque quedaba diferido para otro día, cuando cerca de las cuatro de la mañana se escucharon los ladridos de varios perros. Eran la avanzada de las tropas de un joven recientemente llegado al campamento, quien había pedido ser colocado en el puesto de mayor peligro. Se decía que su padre, situado en la Sierra de Comanja, lo había enviado á Rayón para que lo hiciese recibir el bautismo de fuego. Los perros, en efecto, se habían arrojado sobre varios soldados que subían la vereda, recibiendo en cambio algunas heridas aquellos valientes animales. A sus ladridos multiplicados, los

centinelas habían dado la voz de alarma. Moreno había acudido con cinco hombres al lugar amenazado; en seguida se habían agolpado otros cincuenta; y por último Rayón llegaba á sostener la defensa, atacando á los realistas por unos caminos laterales. Era la lucha: lucha sangrienta y terrible que saludaba con su ronco estruendo al nuevo día que se vislumbraba en el horizonte.

Iturbide no había tenido opinión favorable al ataque de C6poro: en la junta de guerra reunida por Llano expuso por escrito este parecer contrario al asalto, fundándolo en lo innaccesible del cerro, la numerosa artillería de los indios pendientes, y el foso profundo que defendía los baluartes. Cuando su dictamen fué rechazado, confió la primera columna á Filisola, uno de los oficiales de más merito, que era el que había atacado el punto guardado por Moreno. Pronto vió Iturbide comprometida la reputación de las armas del rey; distinguiendo que sus soldados habían llegado al parapeto, pero no podían forzar la posición: entonces avanzó al frente de la segunda columna. Mas cuando estuvo en la altura, encontró á Filisola herido, y á las fuerzas en el mayor desaliento. Tuvo que ordenar la retirada, habiendo apenas tiempo para recoger los heridos rezagados entre las breñas y quebraduras. Rayón estaba triunfante.

Este desgraciado hecho de armas produjo diversos efectos en el general en jefe y en su segundo. Llano, que era escaso de inteligencia, publicó una proclama absurda, llamando invencibles á sus soldados. Iturbide, que tenía buen sentido pero á quien la pasión dominaba, juzgó indispensable reparar el descalabro con una nueva y audaz empresa. Determinó destruir el centro directivo de la revolución, apoderándose del Congreso por medio de una expedición rápida: mas el cura de Tigambato avisó al Cuerpo Legislativo reunido en Ario la aproximación del jefe realista, y cuando éste llegó á la población la encontró abandonada. Mientras tanto, él había estado próximo á perder Guanajuato, capital de la provincia confiada á su custodia; y al regresar de su expedición, encontróse con una reprimenda de Calleja. Iturbide tenía una completa fe en su buena suerte; los augurios le habían prometido altos destinos; se había declarado él mismo invencible, con alguna más razón que la que Llano tenía para llamar así á sus soldados; y por lo mismo, los últimos sucesos ocurridos lo irritaron y lo sorprendieron. Desahogó su mal humor de la manera que él acostumbraba, y mandó fusilar en Pátzcuaro á todos cuantos cayeron en sus manos.

## LX.

Luego que se publicó la Constitución de Apatzingán, Morelos, Liceaga y Cos fueron nombrados miembros del Poder Ejecutivo.

El artículo 168 de la Carta prevenía que no pudiesen los individuos del gobierno mandar ninguna fuerza armada, sino en circunstancias extraordinarias y con aprobación del Congreso.

La persecución hecha por D. Agustín de Iturbide dió motivo á Cos para reunirse á las guerrillas de Vargas y del padre Carbajal, y después no quiso volver al seno del gobierno.

El Congreso le previno regresara á ocupar su puesto.

Cos contestó con un manifiesto en el que desconocía la legitimidad del Cuerpo Legislativo, y acusaba á éste de traición.

La Asamblea mandó á Morelos aprehendiese á Cos, y lo fusilara si hacía resistencia.

Cos se había distinguido hasta aquel tiempo por su acrisolado patriotismo, por su inteligencia en los consejos, y por su impávido valor en el peligro.

A Morelos le fué sensible, por lo mismo, la

recepción de aquella orden: no obstante, se dispuso á cumplir la misión que se le confiaba.

Morelos presentó á Cos al Congreso, y éste juzgó y sentenció al rebelde á ser pasado por las armas.

El clero y el pueblo de Uruapam imploraron la gracia de Cos.

El Congreso conmutó la pena capital en prisión perpetua en los calabozos de Atijo.

Y el prisionero fué á entretenerse en ver á los lobos y á los tigres que bajaban de los montes á beber agua en un arroyo que corría cerca de la ventanilla de su calabozo.

La expedición de Iturbide fué también causa de otro suceso importante.

La Cámara Legislativa determinó trasladarse á Tehuacán, dejando una junta subalterna de gobierno en las provincias occidentales.

Se previno á Morelos tomara el mando de las tropas que habían de escoltar al Congreso.

Morelos comprendió la dificultad de atravesar con una numerosa comitiva ciento cincuenta leguas de territorio ocupado por divisiones realistas, pasando á la vista de puntos fortificados y guarnecidos.

A pesar de eso, se dispuso á obedecer.

Aquel era su último acto de abnegación.

Acto que debía costarle la vida.

## CAPITULO UNDECIMO.

TESMALACA.—LA MUERTE DEL HÉROE.  
CONCLUSIÓN.

## LXI.

A principios de Noviembre de 1815 un vago rumor circulaba en la ciudad de México. Se decía que el famoso guerrillero conocido bajo el nombre de *El Máscara Negro*, notable por sus atrevidas correrías en Michoacán y Veracruz, se hallaba oculto en la capital, y que no era la primera vez que se presentaba allí. El virey, el día de su cumpleaños, había recibido una tarjeta de ese individuo, juntamente con un papel del que en la guerrilla hacía de segundo, recordando este último cierta paliza sufrida en Aculco y ofreciendo un desquite para más adelante. El jefe del Estado Mayor, Coronel Llamas, había encontrado sobre su mesa una pequeña esquila, en la que se veía dibujado un corazón atravesado por una daga. A Iturbide había llegado, con el sello del correo de México, una carta lla-

mándolo traidor; y otros de los más prominentes jefes realistas se veían continuamente amenazados con mensajes firmados todos por el *El Máscara Negro*.

La policía, no obstante sus multiplicadas pesquisas, nada había podido descubrir. De aquí había venido una doble opinión. Para el vulgo ignorante, que creía en hechizeras y sortilegios, el máscara negro había encontrado el jugo de alguna flor para hacerse invisible; era Puck, burlándose al mismo tiempo de Lisandro y de Demetrio. Para la gente instruida, no se trataba sino de zumbas ideadas por algún chusco. ¿Cómo había de estar el máscara negro en México, si su guerrilla se batía todos los días, en la provincia de Veracruz, con las tropas de Hevia?

Dos sujetos bien vestidos se paseaban una tarde por las avenidas de árboles que bordeaban La Alameda.

—Conque está vd. seguro de que Llamas desea obtener los favores de esa joven, decía uno misteriosamente al otro.

—Está verdaderamente encaprichado por ella.

—Disponga vd. del dinero que se necesite para que nos ayude. Que le dé cita en alguna casa apartada del centro.

—Y que esa cita sea de noche.

—Entonces, en lugar de ella nos presenta-

remos nosotros, y arreglaremos antiguas cuentas.

—Yo exijo de vd. que no lo mate. Sólo corresponde á vd. el primer golpe; la terminación queda por mi cuenta.

—Ya veremos lo que las circunstancias exigen. Por ahora, silencio, porque veo que se acercan dos amigos de vd.

En efecto dos personas, que también paseaban, se aproximaron á saludar á Morante.

—Ya conocen vdes. á mi primo, dijo éste á los nuevos interlocutores: llegó hace poco de Guanajuato con sus carros.

—¿Hay muchos insurgentes en el camino?

—Casi ninguno. Iturbide ha acabado con ellos.

—¿Y como marcha el negocio?

—Bastante bien en Guanajuato. Llevo á Iturbide el maíz de las haciendas, para que no vaya á caer en manos del enemigo.

—Y para que lo pueda revender en cuatro tantos más de lo que lo compró ¿no es cierto? agregó uno de los amigos de Morante.

—Qué quiere vd., á mí me paga bien el flete.

Nadie sospechaba que, simulando la vida y ocupaciones de un dueño de carros, se ocultaba en la capital el máscara negro. Sólo dos individuos estaban en el secreto: Morante, que había ofrecido su casa como un asilo seguro,

vistas las muy buenas relaciones que entre los españoles tenía; y un joven de 19 años, quien ya poseía en su temprana vida la reserva y circunspección de la edad madura. Dicho joven era Francisco Linarte, casi el hermano de Elvira. Habíase visto en México en la miseria, después de la partida de ésta para Chilpancingo, y de haber sido confiscados por el Virey los intereses de la familia Villanueva. Enrique encontró á Linarte estudiando en una de las plazas públicas á la luz de la fogata de un puesto de comestibles, porque el joven no tenía para comprar una vela, y juzgó necesario descubrirse á él, auxiliarlo y llevarlo consigo á casa de Morante. Linarte ignoraba por completo los planes tenebrosos de Martínez, y le instaba para que saliese de la capital, y no cometiera imprudencias que podían revelar su estancia y hacer que fuera aprehendido.

## LXII.

Las tropas reunidas por Morelos para al custodia del Congreso habían salido de Uruapan el 29 de Septiembre, y después de una rápida y peligrosa excursión, tocando en Tutzamala, Tlachapa, Poliútla y Pescapán, se

hallaban el 3 de Noviembre en el pueblo de Tasmalaca.

Calleja dió orden para que fuerzas superiores rodeasen aquel convoy, posponiéndose por entonces las demás atenciones á la empresa de apoderarse de los individuos que componían el gobierno de la insurrección mexicana. De acuerdo con estas instrucciones, el teniente-coronel Concha entraba á Tasmalaca el 5 de Noviembre á las nueve de la mañana, cuando las fuerzas de Morelos acababan de abandonar la población, y su retaguardia se dejaba ver ascendiendo la cumbre del cerro inmediato.

Concha siguió presuroso á los independentes, y Morelos dictó sus disposiciones á fin de resistir hasta donde fuese posible. Dividió su línea de batalla en tres cuerpos: quedando el de la izquierda á las órdenes de Bravo, el de la derecha al mando de Lobato, y colocándose él mismo en el centro. La acción de guerra comenzó; y un fuego vivo se hizo oír por algún tiempo en aquellos sitios.

El ala derecha mandada por Lobato fué la primera en desordenarse, desconcertando al centro y á la izquierda. Viendo eso Bravo, quiso salvar á Morelos; pero Morelos le previno que atendiera á la salvación del Congreso.—“Aunque yo perezca, importa poco,” dijo; y con algunos soldados siguió batiéndose

en retirada, hasta que las balas enemigas dieron muerte á sus pocos compañeros.

No tuvo otro medio de salvación Morelos que internarse en un bosque cercano, seguido de un asistente. Mas mientras se detiene á quitarse las espuelas, para marchar con desembarazo, es rodeado por una partida de realistas, que le apunta con los fusiles y va á hacer fuego.—“Parece que nos conocemos, Señor Carrasco,” dice Morelos dirigiéndose al jefe. En efecto, Carrasco había servido á las órdenes del caudillo independiente el año de 1812: el destino había querido que su aprehensor fuese un tráfuga.

Prisionero Morelos, fué encaminado hacia México.

A su llegada á Tlalpam, una multitud salida de la capital para admirar al famoso adalid, lo vió pasar, demostrándole gran respeto. Martínez creyó que un levantamiento podría formarse. Pero el virey desbarató este complot, disponiendo que al amanecer del siguiente día se condujese á Morelos, en un coche cerrado, á las cárceles secretas de la Inquisición.

De allí, al cabo de poco tiempo, se le trasladó á la Ciudadela.

## LXIII.

Llamas había recibido la mañana del 21 de Diciembre una esquela, citándolo á una entrevista amorosa para la noche de ese día.

Comunicó sus esperanzas de ventura á su amigo Don Agustín de Iturbide, quien había llegado de Guanajuato con el solo objeto de presenciar el fusilamiento de Morelos.—Es una mujer hermosísima, dijo Llamas á Iturbide: su conquista me ha costado algún tiempo; pero al fin voy á ser feliz.

Iturbide, que también era inclinado á las damas, recomendó á su amigo, que en el caso de que la joven tuviese una hermana que se le pareciera, no dejara de avisárselo.

Los dos amigos se separaron en la noche con el mejor humor.

Llamas tomó el rumbo del barrio de Santa Ana.

En una de sus obscuras calles había una casa de un solo piso, pero de decente apariencia: en la sala de dicha habitación brillaban algunas bujías. Llamas distinguió, al pasar por las ventanas bajas, la bella forma de una mujer; y acercándose á una de las vidrieras, dió un pequeño golpe.

—Pase vd., le dijo una voz dulce, entreabriendo la puerta.

Llamas tocó en el zaguán, y al atravesar el dintel, notó que cerraban con llave y con varias trancas.

—¿Para qué tantas precauciones? dijo entre sí.

Penetró en la sala, y la joven no se encontraba allí.

—¡Coquetería femenina! pensó: ha ido al tocador á darse la última mano.

Mas, trascurridos pocos minutos, en lugar de la que él esperaba, apareció en la puerta de la alcoba un hombre cubierto con un antifaz.

—¿Se acuerda vd. de cuando se tiñó la cara de negro, Sr. Llamas; dijo.

Llamas llevó instintivamente la mano al puño de su pistola.

Pero otro hombre, que se hallaba atrás, le detuvo el brazo.

—¡Auxilio! ¡socorro! gritó el ayudante del virey.

—Cállese vd. luego, manifestó el máscara negro, si no quiere que le mande poner una mordaza. Tenemos que hablar de asuntos importantes.

Y ordenando á dos hombres que se habían presentado en la sala, cerrarán bien todas las

puertas y desarmasen á Llamas, quedó solo con el coronel español.

—Soy Enrique Martínez, dijo quitándose el antifaz. Vengo á pedir á vd. cuenta de la sangre de mi esposa, Elvira Villanueva, asesinada por vd. vilmente en las Lomas de Santa María.

Llamas se quedó petrificado. Creía que Martínez había muerto, y juzgó que aquella era una aparición de ultra-tumba.

Apenas pudo murmurar vagamente entre sus labios la palabra *perdón*.

—Vd. quitó la vida á esa joven, continuó Martínez, para ejercer una venganza que no tenía fundamento alguno, pues ella no fué culpable en no sentir amor hacia vd. Con esa muerte se amargó para siempre mi existencia, y yo soy hombre que jamás olvido. Podría devolver asesinato por asesinato, pues tengo aquí gente dispuesta á arrojarse sobre vd. á la primera señal; pero me repugna ese medio. Voy á decir dén á vd. una espada exactamente igual á la mía, y nos vamos á batir hasta que uno de los dos quede sin vida.

—Pero, no sería posible otro medio, murmuró Llamas.

—Ninguno, replicó Martínez con impaciencia.

Él inmediatamente mandó se le entregase una espada á Llamas.

La lucha no fué de larga duración. Martínez era muy diestro en el manejo de las armas, y pronto dió una estocada á Llamas que imposibilitó á éste para seguir el combate. Martínez determinó se quitase al herido la ropa que llevaba, se limpiaran bien las manchas de sangre, y se registrasen los bolsillos para buscar unos papeles que sin duda eran interesantes. Cuando los tuvo en su poder, una señal de satisfacción apareció en su rostro, y pidió su caballo, que se encontraba ya preparado en el patio. Mientras tanto Llamas se quejaba y gritaba.

—Que lleven á ese hombre á las piezas interiores, dijo Martínez. Aun tiene que arreglarse cuentas con Morante.

Llamas, herido y casi desnudo, fué conducido hacia el fondo de la casa. Morante lo esperaba con todos los instrumentos propios para la tortura.—La ley del talión, amigo Llamas, le dijo al entrar; ojo por ojo y diente por diente.

El suplicio comenzó.

En ese tiempo Martínez, vestido con el traje de Llamas, dirigióse á la Ciudadela.

El caballo no quería tomar aquella dirección, como si un presentimiento funesto lo acosara: dos veces se encabritó. Martínez le clavó las espuelas, y lo hizo obedecer, llegando al fin al lugar donde se había propuesto ir.

—Soy ayudante del virey, dijo en la Ciudadela: traigo estos pliegos para el jefe de la fortaleza, y necesito hablar en seguida con el prisionero Morelos.

Se le abrieron sin demora todas las puertas, pues se consideró llevaba alguna misión secreta é importante.

Mientras tanto Don Agustín de Iturbide, retirado á su habitación, no había podido dormir. Comenzaba á tomar el sueño, cuando una fuerte pesadilla lo acometió: vió á Llamas que le decía fuera pronto á darle auxilio, porque un gran peligro lo amenazaba.

—Pero este sueño es absurdo, dijo el coronel realista serenándose. Llamas se halla en los brazos de una mujer hermosa, y el único riesgo que corre es el de morir de placer.

Mas al volver á dormirse, otra vez la misma visión se le apareció; y ahora Llamas se encontraba cubierto de sangre, y le instaba á que fuera para comunicarle noticias de la mayor gravedad. \*

Iturbide era supersticioso, y algo creía en los sueños.

Mandó ensillar su caballo, y fué á llamar á algunos soldados, dirigiéndose con ellos á la

---

\* Un caso análogo se halla referido en Cicerón, tratado de *divinations* lib. 1.º párrafo XXVII.

casa cuyo número le había comunicado Llamas.

Llegado allí, dió fuertes golpes en el zaguán.

Nadie le fué á abrir.

Entonces ordenó que se rompiera la puertá.

Morante habia sido interrumpido en su obra de crueldad: tuvo que escaparse con todos los que le acompañaban, saltando las tapias del fondo de la casa. Más antes dió á Llamas una puñalada cerca del corazón, y dejó ocultos dos soldados de la guerrilla para que le refiriesen lo que iba á pasar.

Iturbide entró, y halló á Llamas revolcándose moribundo en su sangre.—Me ha matado Enrique Martínez, dijo el herido con voz desfallecida. El es el máscara negro: se ha llevado mis vestidos y mis papeles.

Y no pudo decir más, porque sobrevino un síncope en el cual expiró.

En ese momento una idea cruzó por la mente de Iturbide. No le era desconocida la audacia del guerrillero independiente: sin duda se había apoderado de los papeles de Llamas para salvar á Morelos, á su jefe cautivo.

Y sin más vacilación, el incansable coronel realista montó apresuradamente á caballo, y se dirigió con su escolta á la Ciudadela.

## LXIV.

Morelos se hallaba en su calabozo entregado á profundas reflexiones.

Había oído, hacía algunas horas, la lectura de su sentencia de muerte; y juzgaba llegado el caso de hacer una recopilación y examen de los principales acontecimientos de su vida pública.

Había seguido los pensamientos de Hidalgo, no irreflexivamente ó cediendo á un instante de entusiasmo, sino después de una madura deliberación de muchos años. Desde antes de que se pensara en el levantamiento de Dolores, había acostumbrado, en el colegio de Valladolid, discutir los asuntos públicos con su antiguo maestro, admirando las ideas generosas y atrevidas del que fué después promotor de la independencia. Sacar al país del estado de abatimiento á que había llegado por la ignorancia, fanatismo y abyección en que se hallaba sumergido por la dominación española; llamar al indio á la comunión de la vida civilizada; destruir la injusta preponderancia de los conquistadores; suprimir los monopolios y la multitud de abusos establecidos en

la colonia; le parecieron empresas asaz dignas de intentarse, cualesquiera que fuesen su dificultad y los obstáculos opuestos á su realización. A Hidalgo lo preocupaban mucho las soluciones económicas: la división de la propiedad territorial en pequeños lotes le había parecido siempre un gran medio para interesar al pueblo en la independencia, y un camino seguro para que en pocos años la nueva nación llegase á la opulencia y al bienestar. El, en las concepciones de su maestro, preferiría la parte política; y se entusiasmaba ante la perspectiva de que la nación sacudiese para siempre el despotismo, y entregándose á la libertad obtuviera, por ese instrumento poderoso, todo lo que le hacía falta para un porvenir próspero y ambicionable.

De esta divergencia en ideas, había provenido diferencia en los medios empleados para lograr la emancipación. Hidalgo había llamado á las clases bajas, las más interesadas en las reformas económicas y sociales; las había conmovido con su voz poderosa, y estuvo próximo á destruir en mes y medio el poder español. El no poseía el arte de Hidalgo para levantar como un solo hombre esas inmensas multitudes, y además les tenía escasa confianza: eran preferibles pocos, pero escogidos: Aculco y Calderón estaban allí para acreditarlo. Apoyado en esa experiencia, for-

mó un ejército en el Sur; lo lanzó contra el centro en una marcha señalada por multitud de etapas victoriosas. Si Rayón resiste un poco más en Zitácuaro, si Matamoros logra introducir víveres en Cuautla, el dominio extranjero estaba destruido. Y después obtenidas nuevas victorias en Oaxaca y en Acapulco, puesto á la cabeza de la revolución, llegó á creer que era llegado el tiempo de saludar á México independiente, y que la declaración hecha sobre el papel en Chilpancingo iba á ser pronto una realidad y un hecho consumado en toda la extensión del territorio.

Pero entonces convocó el Congreso, origen de todas las desgracias, como se lo había pronosticado Enrique Martínez: la fuerza se desvaneció al dividirse en varias manos; las Asambleas nunca fueron á propósito para las épocas de revolución y de lucha..... No importa: la independencia se haría; quedaba únicamente diferida. En compensación, al trasladar al Cuerpo Legislativo la ilimitada autoridad que ejercía, había mostrado que no lo guiaban miras de engrandecimiento personal, había fundado los verdaderos principios liberales, y había marcado una senda de desinterés y de patriotismo para que la siguieran los futuros gobernantes.

Cansado al fin de esta meditación, Morelos se reclinó sobre su lecho.

—Ayudante del Señor Virey, gritó lá guardia.

Un hombre se acercó á la cama donde comenzaba á dormir Morelos.

—¿Es sueño ó realidad? dijo este último al caer la luz sobre el rostro del recién-llegado. Me parece que vuelvo á ver á un antiguo amigo, que me dijeron había muerto. Y sin embargo ese grito que he oído, ese traje..... ¿qué es lo que anuncian?

—Este traje es el de un coronel español á quien acabo de dar muerte. Soy el máscara negro: ¿no me reconoció vd. en Apatzingán?

—En efecto, creí distinguir la voz de vd. Pero en todo caso, ¿qué ha venido á hacer á este calabozo.

—Vengo á salvarlo á vd.; á salvarlo y á pedirle perdón.

—¡Perdón! ¿por qué motivo?

—Yo fui el que causó el desastre en las Lomas de Santa María. Estaba loco: Llamas acababa de matar á mi esposa, y por perseguirlo abandoné el puesto que vd. me había confiado, punto que era la llave del campamento. Y ni aun siquiera logré la venganza: hasta hoy he experimentado ese placer de los dioses.

—No necesita vd. perdón, Enrique. Sus servicios en favor de nuestra noble causa serían suficientes para hacer olvidar cualquier

falta, si falta puede haber cuando se obra dominado por la ira. Por otra parte, un descalabro en la guerra no proviene jamás de un solo origen, y tal vez exajera vd. la importancia que tenía la conservación del punto entregado á vd.

—En todo caso no hay tiempo para que hablemos sobre esto. Aquí tiene vd. los vestidos que traigo, y papeles que lo acreditan como ayudante de Calleja: va vd. á salir disfrazado, y yo me quedo en este sitio.

Morelos no esperaba esa propuesta, y no pudo dejar de enternecerse ante tal acto de abnegación.

—Es vd. un corazón generoso, dijo á Enrique cayendo en sus brazos.

—Vamos; no hay que perder tiempo: agregó éste.

Y comenzó á quitarse los vestidos.

Pero Morelos lo detuvo.

—¿Cree vd. que había de aceptar que otro muriese por mí? dijo á Martínez. No: estoy ya preparado para comparecer ante el Eterno.

—Pero ¿olvida vd. la Patria? ¿olvida vd. la salvación pública? Que yo muera importa poco: soy un soldado. Pero que muera el jefe, que muera el caudillo de la independencia.... esto si tiene inmensa importancia.

—La idea no morirá en ningún caso. Ade-

más yo he sido un mal jefe; he sacrificado la emancipación á mis ideas políticas. Si quedara libre, volvería á hacer lo mismo. Vd., que no comparte mis sentimientos entusiasmados, que es ante todo un hombre práctico, es el á propósito para dirigir la revolución en estos momentos. Supera vd. en pericia militar y en buen sentido á todos demás caudillos independientes. Voy á escribir á mis amigos pongan á disposición de vd. su valer é influencia.

—No se moleste vd. Yo he venido aquí con dos objetos, libertar á vd. y buscar la muerte. Para mí la existencia es, desde halá algún tiempo, un campo inculto con malas yerbas. Mañana hará dos años que perdí clea mujer que idolatraba, y quisiera se solemnizara ese aniversario, fusilándoseme en la plaza de México.

—Deseche vd. esa melancolía impropia de la juventud.

—Cambiemos traje, insistió Enrique.

—No acepto el sacrificio. ¿No ha dicho vd. que el mundo es una región siniestra? pues entonces los privilegiados son los que se van, no los que quedan. Yo también he sufrido ¿para qué prolongar mi agonía? Sería aborrecimiento, extenderme más tiempo sobre la rueda de la vida: hay que dejarme partir.

Y como si los soldados hubiesen querido cumplir la última voluntad de Morelos, se

presentó en aquel instante la escolta que debía conducirlo al cadalso.

Eran las cinco de la mañana.

El prisionero salió, y Martínez quedó en el calabozo.

Trascurrió un corto rato.

—Ya que la muerte no quiere admitirme en su mansión sombría, dijo Enrique, salgamos á combatir por la salvación del país.

Y esperó que desfilase la división de Concha encargada de custodiar á Morelos, y se dispuso á salir de la prisión.

—¡Alto! le gritó el centinela.

—¿Que es esto, imbécil? ¿no conoces al ayudante del Virey?

—No es ayudante del Virey, gritó un oficial que venía con algunos soldados á toda prisa; es un guerrillero insurgente, *el máscara negro*.

Iturbide había llegado momentos antes, y había revelado quien era el individuo que se hallaba con los vestidos de Llamas.

Martínez no pudo por más tiempo conservar el disfraz.

—Sí; soy el máscara negro, gritó con resolución: pero á mí no me asesinan como á Hidalgo y como á Morelos. Yo muero combatiendo.

E hizo inmediatamente fuego á dos manos con dos pistolas que llevaba prevenidas.

—Fuego, gritó el oficial á sus soldados.

Siguió una escena de confusión y tumulto en que el humo de las descargas cubrió por completo aquella parte del edificio. Cuando algo pudo distinguirse, se vió á Martínez caído, para no levantarse más. No le quedaba de vida mas que un ligero estremecimiento que recorría sus miembros: un relámpago brillaba aún en sus ojos, para dar pronto lugar á las tinieblas eternas. Su frente y su pecho estaban manchados de sangre, y en su craneo se percibía una ancha herida.....

Ni una palabra, ni un suspiro, ni una lágrima lo acompañaban en su muerte.

## LXV.

A las doce de ese mismo día, varios soldados extraían misteriosamente un cadáver de la Ciudadela, enterrándolo en el cementerio de una iglesia cercana.

Calleja había ordenado que no se divulgasen los sucesos ocurridos en la mañana, quizá para que la noticia no diera lugar á comentarios desfavorables, ó mas probablemente, para que los patriotas no se viesen tentados á iniciar empresas tan atrevidas como el último proyecto de Martínez.

Mientras tanto el joven Francisco Linarte se hallaba en una grande inquietud. ¿Qué le había pasado á Enrique? No se había presentado en casa de Morante, ni á dormir, ni á comer. Morante también había desaparecido, diciendo á su familia que iba á hacer un corto viaje. Damián se encontraba tan inquieto como Linarte. Algunos hombres de la guerrilla habían seguido á Enrique á la Ciudadela; los que Morante ocultó sabían que Iturbide habíase dirigido igualmente á aquel lugar. Todo hacía presumir un desenlace funesto.

A las seis de la tarde supo Damián que un cadáver había sido sacado de la prisión que ocupaba Morelos. Sus temores aumentaron, y se los comunicó á Linarte.

—Yo, antes de sacristán, fuí sepulturero, dijo. Esta noche vuelvo á mi antiguo oficio, no para inhumar, sino para desenterrar. Voy á saber si el coronel ha muerto.

—Te acompaño, Damián, dijo Linarte.

Cumplieron lo dicho, y á las doce de la noche, auxiliados de algunos hombres, cavaban una fosa, y descubrían en el interior de ella un cuerpo frío.

Era Martínez.

Linarte y Damián se arrojaron sobre el cadáver, y lo cubrieron con sus lágrimas.

—¡Ah! dijo Linarte; á los españoles los

perdono, porque al fin defienden su rey y su patria; pero á los mexicanos traidores, como Iturbide, es imposible disculparlos.

Y poniéndose en pié, y extendiendo el brazo hacia la fosa abierta, agregó:

—Un juramento te exijo, Damián, sobre esta tumba. No descansaremos hasta castigar esta delación odiosa de que ha sido víctima Enrique.

¡En efecto, aquel era el prólogo de una tragedia que debía terminar en Padilla!



# INDICE

## SEGUNDA PARTE.

	Página.
Capítulo Primero.—El Veladero.....	3
„ Segundo.—Primera campaña de Morelos.....	32
„ Tercero.—La Junta de Zitácuaro.....	50
„ Cuarto.—Conspiración en México. El Valle de Toluca.....	74
„ Quinto.—El Sitio de Cuautla...	100
„ Sexto.— Principales acontecimientos hasta la toma de Oaxaca.....	128
„ Septimo.—Acapulco y Chilpancingo.....	156
„ Octavo.—Valladolid y Puruarán.....	187
„ Noveno.—El Máscara Negro...	208
„ Décimo.—Un nuevo insurrecto. Cópore.....	228
„ Undécimo.—Tesmálaca. La muerte del héroe. Conclusión..	250

## Fe de erratas.

Línea.	Dice	Debe decir
15	enarbolada	enarbolada
16	última en vez	ultima vez en
7	quedaba su cargo	quedaba su cargo
18	vientos hijo	vientos, hijo
18	sin demora casti- gando	sin demora, castigando
24	gruta	cueva
4	cañon o	cañoneo
7	momonto	momento
18	os	los
7	absorbió;	ab-orbió,
8	orillas,	orillas;
16	marca las	marcadas
21	Morelos en	Morelos.—
26	verá	verás
24	desnudo	desnudos
25	resplandecía a	resplandecía a
15	faufarronada	faufarronada
20	expiró	espiró
14	Que	Qué